

Irene Romo

… como una bola de nieve
(Nivi 2)

Irene Romo

© 2023, Irene Romo
Autoría y derechos: Irene Romo
ISBN: 9798377261001
Ilustración de cubierta: Lorena Pacheco
Maquetación y composición de cubierta: Roma García

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o medio (digital, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

A Maru,
No me habría atrevido a contar la historia de Nivi de no ser por ti.
Gracias por darnos alas a las dos, a ella y a mí.

A quienes, inconscientemente, se aferran al pasado. A veces,
también es importante saber cuándo dejarlo atrás.

Oh, simple thing, where have you gone?
I'm gettin' old, and I need something to rely on.
So, tell me when you're gonna let me in.
I'm gettin' tired, and I need somewhere to begin.

[Oh, cosita, ¿adónde has ido?
Me haciendo mayor y necesito algo en lo que confiar.
Así que dime cuándo me vas a dejar entrar.
Empiezo a estar cansado y necesito un lugar donde comenzar.]

Somewhere only we know, Keane

Prólogo

Hay recuerdos, experiencias y momentos que deberían poder revivirse una y otra vez y otros que, en cambio, no tendríamos que conocer nunca. De esos que se destierran, se olvidan y se entierran tanto en la nieve que nada ni nadie puede alcanzarlos jamás para no tener que sufrir lo que sufrimos nosotros. Porque sí, hay cosas que no desearíamos ni a nuestro peor enemigo, un dolor tan inmenso que nos rompa por dentro, por fuera y en todas direcciones.

Es curioso y extraño cuánto poder tienen las acciones de los demás sobre nosotros, cuánto puede marcarnos y condicionarnos tomar una decisión o saber algo en menos de un minuto. En menos de un segundo. Es innegable. Cuando menos lo esperamos, la vida, el destino, Dios o quien sea nos pone del revés, nos obliga a contener la respiración o nos hace pensar en todos los horribles escenarios que pueden suceder a raíz de ese momento.

La calma posterior solo resulta ser el ojo del huracán. Cuando nos confiamos. Cuando pensamos que eso ha sido todo, que ya ha pasado lo peor. Y ese ha sido siempre nuestro mayor error: creer que ahí acababa todo, que esa fuerza suprema que controla nuestra existencia no tenía nada más preparado para nosotros. Que, cuando encontramos ese lugar seguro, nos encerramos en nuestra falsa estabilidad y nos obcecamos en que eso ha sido todo, nada puede tambalearlo y hacerlo añicos en cuestión de segundos.

Y yo no soy una excepción. Nunca lo he sido, por mucho que en mi infancia y en mi adolescencia me haya sentido así. Sola, castigada y apartada. Sin un lugar al que pertenecer. Al final, yo también he participado en esta montaña rusa en la que, cuanto más alto estás, más fuerte, rápida y violenta es la caída. Menos te lo esperas, porque ahí arriba sientes que lo tienes todo, que puedes hacer lo que sea. Que eres invencible. Como una bola de nieve que has formado y moldeado con cariño y dedicación, creyendo que es fuerte y resistente, y no frágil y vulnerable, capaz de romperse y escaparse de entre nuestros dedos solo apretando un poco más de la cuenta.

Entonces llega el punto de inflexión, el vagón se estabiliza y, justo cuando pensabas que ahí te quedarías, inmóvil y permanente, ves el precipicio.

Fue lo que me ocurrió a mí. Después de varias subidas y bajadas, de creer tenerlo todo y de perder a personas indispensables para mí, llegué al punto de inflexión. Un instante de varios años durante los que creí que la balanza se había equilibrado y que mi vida por fin

alcanzaba la estabilidad que tanto había buscado. Fue con esa llamada, de un segundo a otro, que llegó mi abismo.

No sé si para todo el mundo ocurrirá igual o si cada uno tendrá su versión. Yo lo viví a cámara lenta y con ese pánico que siempre había habitado en mí despertando de ese letargo para ponerme alerta. Coger el teléfono, ver un número desconocido, pulsar el botón verde y llevármelo a la oreja para después dejarlo caer al suelo cuando mis manos empezaron a temblar.

Catorce segundos cambiaron mi vida. Catorce segundos en los que el acantilado se acercó a mí, borró mi sonrisa y me hizo darme cuenta de la realidad. Que aquellos años no habían sido mi llegada al final de la atracción, sino solo una parada antes de la gran caída. Probablemente, la peor que viviría y la que rompería mi preciada bola de nieve.

Capítulo 1
Nivi

Febrero de 2021

Por mucho que nos quieran hacer creer que es monótona y aburrida, la rutina, en realidad, nos aporta estabilidad y mejora nuestra salud y nuestro ánimo. Quizás por eso llevo años obligándome a seguir todos los días el mismo orden desde que me levanto hasta que me acuesto, al menos, de lunes a sábado. El domingo es día de descanso y ahí me doy el lujo de no hacer nada.

Hoy, sin embargo, es martes. Para mí, el peor día de la semana. Porque un lunes lo afronto con las pilas cargadas; el miércoles ya me he acostumbrado al trabajo y las obligaciones; el jueves me doy cuenta de que solo quedan dos días para poder descansar; el viernes casi puedo sentir el fin de semana; y el sábado es cierto que tengo que trabajar, pero ya no es tan intenso como el resto de los días.

No soy la única que nota que hoy es martes. Jacob e Ethan también lo sufren y no me hace falta mirarlos a través del retrovisor para saberlo. Tienen siete años, pero son tan intensos como el Alek de diecisiete. Ay, cómo echo de menos a Nora; ha sido la única chica a mi cargo y, por mucho que digan, sí que se nota la diferencia.

Hace menos de dos años que me trajeron a estos gemelos que en lo único que se parecen es en el físico. Al principio apenas notaba el carácter tímido de Ethan y el descarado de Jacob, pero, a medida que han ido creciendo, la personalidad de ambos se ha desarrollado por caminos distintos y se parecen lo mismo que dos copos de nieve: similares en apariencia pero muy distintos en esencia.

Al principio, pensé que a Alek le costaría adaptarse a compartir techo de nuevo con más personas; desde que Nora se marchó, habíamos sido solo nosotros dos. Sin embargo, se ajustó bastante bien. Creo que le hacen gracia algunas ocurrencias de los gemelos. Más de una vez se ha ofrecido para quedarse haciendo de canguro en compañía de Ivana, su novia desde hace dos años. A mí me viene bien que se quede con ellos, a decir verdad; así puedo desconectar durante una noche y tomarme una copa con Becca, probablemente la única amiga que conservo de mi adolescencia.

Siempre fuimos cinco los «hermanos» en la casa de acogida donde ahora vivo con Alek y los gemelos. Sin embargo, entre unas cosas y otras, al final nos hemos quedado las dos solas, intentando apoyarnos la una a la otra en todo lo que pudiéramos. Cuando ella me ha necesitado, yo he estado ahí, y cuando yo la necesitaba a ella —en

bastantes más ocasiones—, siempre ha estado para mí. Sabe toda mi historia, o casi toda, y no hay nadie en quien confíe más.

Sin embargo, y volviendo al tema inicial, por desgracia para mí, ese día de desahogo no llegará hasta el viernes por la noche, cuando no tenga que preocuparme por madrugar el sábado, ya que trabajo desde casa y, al ser la jefa, puedo ponerme a trabajar cuando quiera. Hoy, de momento, tengo que conformarme con una buena taza de café para soportar la jornada.

Cuando dejo a los gemelos en el colegio, asegurándome de que no se olvidan nada en el coche, arranco de nuevo y me pongo en camino a la cafetería de la señora Norris, posiblemente la que tiene el mejor café de todo el pueblo. También es una excusa para ver a Becca aunque sean diez minutos cada mañana, desayunamos juntas y después cada una se marcha a su trabajo.

Aparco junto a la acera de enfrente del local y cruzo la calle. Entro en la cafetería, con tanto ambiente como todas las mañanas, y saludo a la señora Norris cuando compruebo que Becca todavía no ha llegado. Me acomodo en un taburete junto a la barra y espero a que me atienda. Ni siquiera tengo que pedir el café. Enseguida aterriza una taza blanca frente a mí y una jarra comienza a verter el líquido de los dioses, dibujándome una sonrisa en la cara al instante.

—Gracias, señora Norris. —Sonrío mientras veo cuatro gotas de leche caer en el recipiente.

Después, levanto la cabeza y la veo sonreírme entre resignada y divertida, con su pelo blanco corto y ondulado que decidió dejarse cuando empezaron a salirle las primeras canas. Es una mujer mayor, eso está claro, pero se conserva tan bien y tiene tanta energía a sus setenta y dos años como yo a mis treinta y cinco.

—Tomar tanta cafeína no es bueno —me regaña como todas las mañanas.

—Solo es un café —me excuso rodeando la taza con ambas manos para entrar en calor y dejando que el olor entre por mi nariz.

—Si solo fuera uno al día…

Mi sonrisa se ensancha y se me escapa alguna risilla al escuchar su tono resignado. Siempre me regaña por tomar demasiado café —puede que unos cinco o seis—, pero entre que me gusta y que necesito energía para aguantar todo el día, no tengo muchas más opciones.

Muevo la cuchara en círculos y miro hacia la puerta, pero Becca sigue sin venir. Qué raro. Normalmente llega incluso antes que yo. Saco el móvil del bolso y echo un ojo a los mensajes que tengo pendientes de leer. La mayoría son del trabajo, los cuales no suelo contestar hasta que empieza mi jornada laboral (hay que marcar límites), pero también tengo de Nora (seguramente un vídeo gracioso), de Alek (diciendo que después del instituto irá a casa de Ivana, por lo

que leo sin abrir el chat) y otro de Becca. Abro este último y lo leo para mí.

Becca:
Mátame, se me había olvidado que tenía una reunión por videoconferencia con uno de los patrocinadores de Ivana. En cuanto tenga un hueco, me paso por la agencia y te invito a un café.

Ya veo que no le da uso a la agenda que le regalé estas últimas Navidades para que aprendiera a organizarse y apuntara todos los compromisos, reuniones y eventos que tienen tanto ella como Ivana, su representada. A Becca siempre le ha encantado patinar, pero desde hace unos años se dedica más bien a entrenar a jóvenes promesas como la novia de Alek.

Suspiro resignada y le devuelvo el mensaje para que se quede tranquila. Si no puede, no puede. ¿Qué le vamos a hacer?

Nivi:
Espero que sea el mejor café que haya probado en mi vida.

Becca:
Ese ya te lo debes de estar tomando ahora, amiga.

Sonrío porque la tía me conoce mejor que nadie. Supongo que, desde que nos quedamos solas, nos hemos acercado más todavía. Ya en nuestra adolescencia éramos inseparables, pero con el tiempo esa amistad se ha afianzado. Vivimos varios años juntas en la misma casa de acogida, así que casi puedo considerarla mi hermana, mi familia.

Apuro mi café y le pido a la señora Norris otro para llevar, a lo que responde con un chasquido de lengua pero ninguna réplica. Ni ella se cansa de preocuparse por mi salud ni yo de que todos los días tengamos la misma conversación. Como decía antes, la rutina es sinónimo de estabilidad.

Pago los dos cafés y le deseo un buen día antes de encaminarme hacia la puerta. Sin embargo, me detengo de forma abrupta cuando algo cae justo delante de mis pies y a punto estoy de pisarlo. Me agacho para recoger la muñeca rubia con traje de submarinista y miro hacia mi derecha, donde veo a una niña rubia de ojos azules, muy parecida a su muñeca, que me mira con arrepentimiento.

—Perdón —dice con una voz aguda y lastimera. Yo le sonrío y le tiendo la muñeca.

—No te preocupes, cielo.

—Es que no puedo quitarle el traje, está muy duro.

Miro el traje de buzo de la muñeca e intento tirar por el mismo sitio que debía de estar haciéndolo la niña. Sí que está duro, pero consigo

sacárselo; lo que no sé es cómo hará ella para volver a ponérselo después. Le tiendo la muñeca y el trajecito y la niña sonríe con mucha ilusión.

—¡Gracias!

—De nada.

Miro la mesa en la que está sentada y veo que no hay nadie con ella. Eso me preocupa. Esta niña no tendrá más de seis o siete años, la edad de Ethan y Jacob. Me vuelvo hacia el resto del local y, aunque todas las mesas están ocupadas, no hay nadie vigilándola, así que me decido a preguntarle:

—¿No estás con nadie?

—Mi tío está en el baño.

—¿Y no hay nadie contigo ahora?

—La señora Norris me mira de vez en cuando.

Me vuelvo hacia la barra y la veo echando pequeños vistazos a la niña. Cuando se da cuenta de que estoy con ella, me sonríe.

—Vale, pues entonces te dejo en buenas manos.

La niña me dedica una sonrisa amplia y feliz. Yo le devuelvo el gesto y le acaricio la mejilla con cariño antes de marcharme. No sé cómo se llama, pero me ha caído bien. No me parece demasiado responsable por parte del tío dejarla sola en una cafetería llena de gente siendo tan pequeña, aunque supongo que no hay problema mientras la señora Norris esté pendiente de ella.

Kenai no es excesivamente grande, todos conocemos las caras de los demás, aunque no sepamos los nombres. Así que podría afirmar con total seguridad que esa niña es nueva en el pueblo, ya tendré ocasión de verla de nuevo más adelante y de conocer al tío, si es que no viene a la agencia para alquilar un apartamento.

Con el paso del tiempo, la agencia de viajes que fundó y llevó Robert, nuestro padre de acogida, ha ido creciendo y me siento orgullosa de decir que ya no solo organizamos viajes para que personas del pueblo puedan ir al extranjero, también tenemos una sección de alquiler de apartamentos y coches para los turistas que visiten la zona. Era una empresa familiar y pequeña, pero desde hace unos pocos años hemos crecido lo suficiente como para tener tres oficinas en el pueblo, una para cada faceta de la empresa.

El local que se encarga de los viajes al extranjero se encuentra en el centro del pueblo y más cerca de donde estoy ahora, así que es hacia donde me dirijo. Después de comprobar que todo está en orden allí y que las dos chicas que lo llevan no tienen ningún problema o apunte que hacerme, me dirigiré al local de alquiler de apartamentos y coches con la misma intención de comprobar que todo funciona correctamente. Y, por último, tengo pensado pasar la mañana y parte de la tarde en el tercer local, es decir, nuestra nueva faceta de

actividades al aire libre: excursiones por la montaña, pesca, senderismo, acampada… En un pueblo donde la naturaleza es el principal foco, había que sacarle todo el provecho que se pudiera.

Va a ser un martes movido, lo sé, pero me gusta tanto mi trabajo y mi rutina que no cambiaría toda esta estabilidad por nada. Aunque, como todos sabemos, nada dura para siempre y la estabilidad a menudo termina por tambalearse cuando la sacuden sin que pueda mantener el equilibrio.

Capítulo 2
Nivi

Hay días en los que uno se levanta con buen pie. No coges atasco, el café sabe bueno y no tienes ningún desacuerdo o encontronazo con nadie ni en la calle ni en el trabajo. Luego están esos días en los que, por mucho que te esfuerces, todo sale mal, del revés y de la peor manera posible. Este martes —a pesar de ser martes— pinta más de los primeros que de los segundos. Todo va sobre ruedas y espero que continúe así.

Después de mi ruta por los locales de la empresa y establecerme en el último de ellos, la mañana transcurre sin ninguna novedad. Me paso horas leyendo informes, supervisando programas, filtrando currículums y haciendo llamadas. Nada fuera lo usual.

A mediodía (y sé que es mediodía por esto), la campanilla de la puerta principal me hace levantar la cabeza y menos mal, porque empezaba a nublárseme la vista de tantos documentos que tengo encima de la mesa. Me froto los ojos y muevo los hombros en círculos para destensarme antes de ponerme de pie y salir de mi despacho. Como imaginaba, se trata de Becca, que trae un café en cada mano y una bolsa de papel marrón bajo el brazo.

—Hola —canturrea con una sonrisa mientras se acerca a mí y deja todo sobre una mesilla de cristal que todavía tenemos que colocar en su sitio—. Para compensarte mi falta de esta mañana…

—Tu plantón, querrás decir —la corrijo divertida, pero ella me ignora.

—… no solo he traído café, también un par de sándwiches y una ensalada gigante para compartir.

—¿Quieres que almorcemos aquí? —le pregunto alzando una ceja. No es el mejor ambiente para comer, con todas las cajas por el medio y apenas un sitio decente donde sentarse—. ¿No prefieres ir a otra parte? ¿Una donde tengan sillas con respaldos?

—Me da igual el lugar —contesta echándose el pelo castaño hacia atrás y acercando un butacón que tenía a mano—. Hoy no he tenido mi ración de Nivi y se ha notado mucho. Así que… —Me hace un gesto para que me siente enfrente de ella.

Sonrío y obedezco. Becca saca la ensalada y deja dos tenedores de plástico a ambos lados del bol. Cada una coge un sándwich —ambos de salmón y mayonesa— y empezamos a comer mientras nos contamos cómo ha ido el día hasta ahora. En mi caso, no tengo mucha novedad; tareas pendientes y bastantes cosas en la cabeza, pero nada

nuevo. En el suyo, la reunión ha sido más larga de lo que esperaba y ha tenido que empalmarla con las clases de patinaje para los niños.

Aunque Becca se retiró del patinaje artístico, no ha abandonado sus patines ni ha dejado de lado su pasión por el hielo. Además de entrenar a Ivana y algún que otro patinador novato que quiere meterse en el mundillo de las competiciones, también se ha hecho cargo de los cursos de patinaje para niños.

En un pueblecito de Alaska como este, donde nieva, hiela y hace muchísimo frío desde noviembre hasta mediados de marzo, todos los niños quieren aprender a patinar. Por eso hace tiempo que el colegio de primaria firmó un convenio para que los peques pudieran utilizar la pista de patinaje del pueblo para aprender. Desde hace unos años, Becca es quien se encarga de ello. Y le encanta, no lo niega y yo no se lo cuestiono, pero las dos sabemos que no es lo mismo y que echa de menos patinar para sí misma.

Un par de horas más tarde, cuando no queda una miga de pan ni una hoja de lechuga y ambas hemos fulminados nuestros cafés, Bec se despide de mí con un abrazo y la promesa de vernos mañana en la cafetería como todos los días. Cierro la puerta del local cuando me quedo sola y regreso a mi despacho para continuar con el papeleo que he dejado a medias.

Suspiro y me recojo el pelo en una coleta una vez estoy que sentada en mi silla. Al pasar las manos por mi melena pelirroja, me viene a la mente un recuerdo que me obligo a desechar enseguida con una sacudida de cabeza. «No se lo merece», retumba una voz en mi cabeza que me provoca un escalofrío y tengo que cerrar los ojos y respirar hondo para no dejar que la voz de uno y el recuerdo del otro me afecten.

Abro los ojos y cojo mi botella de agua para dar un par de tragos largos. Después, centro la mirada en los documentos e intento que mi mente se centre únicamente en ellos, en nada más. En nadie más.

Hace años que ocurrió. Hace años que lo superé y, aunque no pueda borrarlo de mi mente, vivo con ello. Porque es pasado y no he dejado —ni pienso dejar— que afecte a mi presente, mucho menos mi futuro, ese que tanto me ha costado forjarme.

Tengo un hogar, una familia y un trabajo que adoro. Es todo cuanto he querido desde niña y nada me lo va a arrebatar. Se acabaron las montañas rusas, las subidas y bajadas inesperadas. Este es el fin de mi trayecto, donde el vagón se detiene y todo es estable. El suelo no se tambalea y yo puedo pisar con firmeza a cada paso que doy. Porque ya bastantes vueltas di entonces como para continuar el resto de mi vida.

No hay más. Es pasado. Y del pasado se aprende, no dejamos que nos condicione para siempre.

***

—No pienso volver a recoger a estos mocosos —es lo primero que dice Alek en cuanto descuelga el teléfono cuando lo llamo para saber cómo están los tres en casa. Hoy me he entretenido más que de costumbre y se ha quedado con ellos en lugar de irse a casa de Ivana—. Ni vuelvo a hacer de niñero.

Sonrío al escucharle. Los dos sabemos que el tono alto y el dramatismo de su voz es únicamente para que Ethan y Jacob le escuchen y vayan a abrazarlo. En realidad le encanta quedarse con ello, ayudarles con los deberes y jugar a lo que sea que le propongan. Nunca habría imaginado que se le dieran tan bien los niños, pero, al igual que su madre, es toda una caja de sorpresas.

—Seguro que no es para tanto. ¿Qué han hecho?

—Me han atado a una silla, como si fuera un secuestro.

Aprieto los labios para aguantar la risa porque la imagen de Alek maniatado en una silla mientras da brincos para intentar escapar es demasiado graciosa.

—¿Sigues así? —le pregunto cuando creo que me he contenido.

—Me han dejado las manos libres y me han dado el móvil simulando que estoy llamando para pedir auxilio.

—Bueno, técnicamente es lo que estás haciendo, ¿no? —No puedo dejar de sonreír mientras camino hacia el coche y abro la puerta del conductor.

—Pues sí, porque no sabía a qué hora ibas a llegar y me veía aquí hasta mañana.

—Pásame a alguno de ellos. —Por mucho que disimule, estoy segura de que le ha hecho gracia la situación.

—¡Ethan! —grita Alek y yo tengo que separarme el teléfono de la oreja.

Se escucha trastabillar un poco y entonces oigo la voz de uno de los gemelos.

—Él nos lo ha pedido —se excusa antes de que diga nada—, estábamos jugando a indios y vaqueros.

—¡De eso hace un rato y os he dicho que me desatéis ya!

Me subo en el coche y cierro la puerta, pero no arranco todavía.

—Hacedle una foto y mandádmela, por favor —le pido a Ethan y él suelta un sonidito nasal de afirmación y estoy segura de que incluso ha asentido con la cabeza—. Ya voy para casa, portaos bien o no querrá jugar más con vosotros.

—Pero si siempre es idea suya jugar a estas cosas.

—También es verdad —claudico—. Os veo en un ratillo, peque.

Pulso la tecla roja y entonces meto la llave en el contacto. Me cuesta arrancar el motor porque el todoterreno tiene ya sus años; lo

heredé de mi padre de acogida cuando se marchó con su mujer a recorrer mundo. Sin embargo, sigue sirviendo y, aunque le pesa despertarse, termina por hacerlo.

Circulo por las calles del pueblo despacio porque hace no mucho cayó una buena nevada y la carretera todavía está un poco resbaladiza. No es hasta que salgo del centro del pueblo y me adentro en nuestro barrio residencial que empiezo a notar que el coche va más lento sin haber aminorado la presión sobre el acelerador. Varios trompicones, el ventilador acelerado y el motor se apaga.

Chasqueo la lengua y suspiro. No es la primera vez que me ocurre, pero me frustra bastante. Sé que debería cambiar de vehículo y comprar uno que no me dejara tirada en medio de la carretera una noche helada de febrero cuando todavía me quedan varias manzanas hasta casa. Pero es de esas cosas que sabes que tienes que hacer y nunca encuentras un hueco. Supongo que hasta que no deje de arrancar del todo no me lo tomaré como una llamada de atención.

Salgo del coche y me cierro la chaqueta, subo la bufanda y pongo los guantes. Hace más frío que de costumbre por la nevada y los ligeros copos que todavía caen, así que tendré que arreglar esto rápido para no congelarme en medio de la calle. Subo el capó y una nube de humo me da en la cara. Toso varias veces y muevo la mano para disiparlo. Echo un vistazo al motor, aunque tengo ni idea de qué se ha estropeado o cómo arreglarlo. En apariencia todo está bien, pero se me debe de estar escapando algo si el motor no arranca.

Todavía me estoy preguntando qué hacer cuando siento mi móvil vibrar en el bolsillo del abrigo. Seguro que son los niños, preguntándose por qué tardo tanto. Pues no. Se trata de Becca. Tal vez ella sepa cómo arrancar el coche y no tener que empujarlo varias calles hasta casa. Descuelgo y me llevo el teléfono a la oreja.

—Bec, no te lo vas a creer. Bueno, igual sí, porque es algo que me dices muchas veces.

—Niv, tengo que decirte algo. —La escucho, pero puede esperar a que esté en casa al resguardo de la calefacción y una manta.

—Me he quedado tirada con el coche a tres calles de casa. Iría andando, pero hace un frío horrible, ¿sabes?

—Nivi…

—¿Tú sabes qué puedo hacer para que arranque aunque sean diez minutos?

—No, pero…

—¡Perdona! —Otra voz me sobresalta.

Levanto la cabeza y entonces veo otro coche parado detrás del mío, a unos pocos metros. Becca sigue hablando, pero no la escucho. Ahora me preocupa más llegar a mi casa con todos los dedos intactos. Me separo el teléfono de la oreja y camino hacia la parte de atrás, por

donde el hombre viene caminando. Todavía no le veo la cara porque los faros de su coche me deslumbran, aunque seguramente sea algún vecino.

—¿Necesitas ayuda?

—Bec, espera un momento —le susurro al teléfono antes de colocarlo contra mi hombro y dirigirme al hombre—. Pues sí, te lo agradecería, porque no tengo ni idea de mecánica y parece que el motor…

—¿Nivi?

La forma en que mi nombre suena, provocándome un escalofrío casi al instante, mata todas las palabras que estaba a punto de decir. Mis pasos se detienen y me clavo en el suelo.

Es imposible.

Todavía no le veo la cara, solo puedo intuir su figura, pero no me hace falta tenerlo justo delante. Él no ha dejado de caminar hacia mí, aunque sí ha ralentizado el ritmo. Una parte de mí quiere convencerme de que solo es mi imaginación, que creer que está aquí es solo debido a que su nombre ha cruzado hoy por mi mente y no es real.

Sin embargo, cuando apenas quedan unos cinco pasos entre nosotros y le veo a él y sus ojos azules, sé que no es así, que es real y que su nombre ya no solo ha aparecido en mi cabeza esta tarde, también en mis labios ahora.

—Kenan.

Capítulo 3
Kenan

Aquel mismo día por la mañana

Ver de nuevo el cartel de entrada al pueblo, después de tanto tiempo, ha sido abrumador.

Tomar la decisión de volver no ha sido fácil. Cuanta más distancia ponemos entre nosotros y algo que en realidad queremos, más difícil es dar la vuelta. Cuando me marché, tenía tantas emociones contradictorias en mi cabeza y mi corazón que la única manera que encontré de dejarlas atrás y que no me hicieran daño —y de no hacer daño a nadie— era desapareciendo. Ahora sé que de las personas que quieres no se huye, no se les abandona como hice yo, y que lo más inteligente era enfrentarme a mis miedos.

La parte buena es que con el tiempo uno madura, aprende y ve las cosas con otros ojos, una nueva perspectiva, y yo me di cuenta de que no había obrado bien. A veces es complicado —rozando lo imposible— arreglar nuestros errores, en ocasiones incluso los empeoramos, pero lo importante es no rendirse y esperar al momento adecuado, ese que el destino tenga reservado para que todo fluya como debió hacerlo en un principio.

Hace años que no sé nada de nadie. De las personas que durante mi infancia y mi adolescencia consideré mi familia. Ni siquiera sé si continúan en el pueblo, si se mudaron, qué habrá sido de ellos. Al principio, sabía de Becca y Kyle por sus competiciones; podía verlos en la televisión como siempre los recordaba, danzando juntos sobre el hielo. Sin embargo, desde que Bec se retiró, no he sabido más.

Y luego está ella…

Aprieto los dientes y me obligo a no hacer lo mismo con el volante.

A ella es a la que más decepcioné cuando me fui y es de esas cosas que no creo que pueda perdonarme en la vida. Pensar que la dejé sola cuando el problema era mío, lo había creado yo… Pensé que marchándome le evitaría todo el dolor que veía que acabaría sufriendo. Y no fue así, fue justo al revés. Largarme le hizo verdadero daño. Que alguien desaparezca no palia el dolor que su presencia causa, solo lo agrava. No lo he comprendido hasta hace poco.

Llevo casi tres días conduciendo, descansando en moteles de carretera no demasiado caros, y tengo la espalda y las piernas molidas. Por eso, cuando aparco en medio del pueblo con la intención de acercarme al negocio de alquiler de apartamentos y estirar las piernas, noto los ojos irritados y decido que lo mejor será tomarme un café

antes. Salto del coche y doy la vuelta hasta el asiento trasero. Abro la puerta y estiro la mano.

—Venga, princesa, vamos a desayunar.

—Quiero un chocolate.

Sonrío y asiento con la cabeza. Sabe que soy incapaz de negarle nada.

Lucy se estira en su sitio y después coge mi mano y da un salto hasta pisar el suelo con fuerza. Recoge su muñeca y yo mi mochila antes de que ambos nos encaminemos hacia la primera cafetería que encontramos. No recuerdo que estuviera cuando me marché, pero entiendo que el pueblo ha crecido y mejorado desde entonces.

Acomodo a Lucy en una mesa cerca de la barra y le pido a la camarera un chocolate caliente, un café grande y algunas galletas del expositor. Después le pido que le eche un ojo a la enana mientras voy al baño y le doy un beso a Lucy en la cabeza antes de dirigirme a la puerta del fondo.

Hago mis necesidades y me lavo las manos. También aprovecho para echarme agua por la nuca y la cara para espabilarme. Estamos en febrero y hace un frío terrible —casi lo había olvidado—, pero necesito tener todos mis sentidos a punto hasta que lleguemos al apartamento que he alquilado para Lucy y para mí, al menos hasta que encontremos un sitio mejor. Entonces podré descansar y dormir.

No sé cuánto rato paso ahí dentro, pero al regresar a nuestra mesa Lucy ya está tomándose su chocolate a cucharadas. Sonrío y me siento frente a ella.

—Veo que has podido quitarle el traje de buzo a tu muñeca —le digo mientras echo azúcar y remuevo mi café.

—Una mujer me ha ayudado.

—Ah, qué bien. —Doy el primer sorbo y me sabe a gloria.

—Era muy simpática y tenía el pelo rojo muy bonito.

Casi se me atraganta el café. Sé que es muy improbable que se trate de ella, pero escuchar hablar de una mujer pelirroja me la ha traído a la mente. A ella y su trenza, la que no se quitaba casi nunca y la que le adornaba tanto la cara cuando se la echaba sobre el hombro.

De nuevo, sacudo la cabeza y elimino ese recuerdo de mi mente. No es más que el cansancio y el impacto de volver al pueblo. Solo necesito una buena taza de café y una cama. Después de tener la mente despejada, podré enfrentarme a esas imágenes que no paran de proyectarse en mi mente.

Cuando Lucy y yo hemos desayunado, pago la cuenta y nos dirigimos a buscar las llaves de nuestro nuevo apartamento. Allí un muchacho de unos veinticinco años llamado Marcus me entrega un manojo de llaves y nos acompaña en su coche y nosotros en el nuestro hasta el edificio donde vamos a vivir. Es un tercer piso con ascensor

cerca del centro del pueblo y a pocos minutos en coche del colegio de primaria de Kenai, así que es perfecto.

Marcus me da algunas indicaciones sobre la caldera y otros temas relacionados con el apartamento y el edificio y se marcha tras darnos la bienvenida al pueblo. Lucy está explorando la cocina y el cuarto de baño mientras yo me dejo caer en la cama. No tardo en echar la espalda hacia atrás y tumbarme completamente sobre el colchón del dormitorio principal. Hasta se me escapa algún gemido cuando cierro los ojos y me acomodo encogiendo las piernas y girándome hacia la derecha. Aunque mi descanso no dura demasiado.

—¡Tío Ken, tío Ken! —Me llama con tanto entusiasmo que sé que no va a parar hasta que abra los ojos y le pregunte qué ocurre. Así que la miro sin cambiar de postura cuando sus pasos llegan a la puerta de mi habitación—. En el parque de al lado hay nieve. ¿Podemos ir a jugar?

Joder. Otro recuerdo. Esta vez no solo de ella, también están los demás. Becca, Kyle… Kate. Se me encoge el corazón. Llevo todo el día pensando en Nivi y en el miedo que me da —porque sí, es miedo— volver a verla, y me había olvidado de Kate y todos los recuerdos que compartí con ella aquí. Soy una persona horrible.

—Tío Ken.

Mi vista vuelve a enfocar a esta niña, con su coleta rubia y sus ojos tan azules como los míos, que me mira esperando una respuesta.

—Primero vamos a descansar un poco, ¿vale, enana? Por la tarde, cuando hayamos comido y hecho la compra, te prometo que iremos.

Lucy puede ser infantil a veces; al fin y al cabo, solo tiene siete años. Sin embargo, suele ser muy razonable y hacer tratos con ella, siempre que cumplas tu parte, es muy fácil. Así que asiente con la cabeza sin abandonar su sonrisa y se marcha al que hemos asignado como su habitación. Todavía tenemos que sacar todo del coche y seguramente haga falta comprar algunas cosas para que sienta el cuarto más suyo, pero le ha gustado. La conozco y sé que ha sido así.

Espero que también le guste el pueblo y su nuevo colegio. Yo fui ahí cuando era niño y guardo muy buenos recuerdos. Ojalá ella tenga la oportunidad de vivirlos también. Porque, por el momento, este pueblo va a ser nuestro hogar.

***

Por la tarde, cuando Lucy me ha convencido de ir a comer hamburguesas a un restaurante junto a nuestro portal, vamos a hacer la compra. No solo se trata de comprar comida y todo lo esencial recién mudados, también caen algunos juguetes y caprichos tanto para Lucy como para mí y eso aumenta la cuenta y el peso a cargar desde el coche hasta el apartamento.

Una vez que lo hemos colocado todo, cumplo mi palabra de llevarla al parque junto a nuestro edificio para que vea la nieve. Apenas pudo disfrutarla en su antiguo hogar, así que ver todo un parque blanco y lleno de nieve es un auténtico espectáculo para ella. En cuanto lo pisamos, empieza a correr, gritar, reír y coger montoncitos de nieve con las manos envueltas en sus guantes nuevos.

La observo y no puedo evitar sonreír. Ver que, a pesar del cambio y cómo su vida ha dado un giro, sigue disfrutando y siendo feliz me llena de alivio. No sabía, cuando me enteré de que estaría a mi cargo, si sería capaz de cuidar de ella. Es tan pequeña y estaba tan acostumbrada a su vida en Iowa que temí que todos estos cambios fueran contraproducentes, pero ahora me doy cuenta de que, al igual que a mí me quitó las ganas de vivir el hecho de dejar el pueblo, venir aquí es lo que se las ha devuelto a ella.

—¡Tío Ken, hagamos un muñeco de nieve! —grita intentando hacer una bola todo lo grande que puede.

No me hago de rogar y camino con cuidado hasta donde está ella. Me arrodillo a su lado y le ayuda. Al cabo de un rato, de reírnos y disfrutar de la nieve, terminamos el muñeco y le colocamos varias piedras de distintos tamaños para simular los ojos, la sonrisa y los botones de su abrigo imaginario.

—¡Es perfecto! —Lucy está de lo más feliz y solo por eso vale la pena no sentir los dedos de las manos—. ¿Podemos hacerle una foto?

Asiento con la cabeza y saco mi móvil. Le hago varias también a ella junto al muñeco, abrazándolo y cuando lo envuelve tan fuerte que termina por destrozar la bola del medio. Al principio se decepciona, pero después se anima diciendo que mañana hará otro mejor.

—¿Podemos cenar pescado?

La mayoría de los niños detestan el pescado o cualquier cosa que se le parezca. A Lucy, en cambio, le encanta. A menudo me lo pide, pero hoy estoy demasiado cansando para ponerme a cocinar, así que se me ocurre una idea.

—Podemos ir a cenar a un sitio donde hacen una trucha riquísima.

—¡Vale!

Todavía tengo que buscar si el local sigue abierto, pero seguro que, de lo contrario, encontramos otro restaurante donde ella pueda comer lo que quiera. Así que nos dirigimos al coche y conduzco por las calles del pueblo, ya entrada la noche, hasta que me doy cuenta de que estamos atravesando el que era mi barrio cuando vivía aquí.

Las casas no han cambiado nada, si acaso, están un poco mejor, pero eso es normal. Se me acelera el corazón al pensar que en unos minutos pasaremos por delante de la que era mi casa, mi hogar, mi familia. No sé si seguirá viviendo alguien allí o estará deshabitada, pero el sentimiento de visualizar todo lo que he vivido ahí me

abruma.

Todavía estamos a varias calles, pero me detengo cuando veo otro coche en medio de la carretera. Tiene las luces apagadas y el capó levantado. Debe de haberse quedado tirado. Paro el motor y me vuelvo hacia Lucy.

—Voy a ver si hay algún problema, ¿vale? Quédate en el coche. —Ella asiente con la cabeza y yo desciendo del vehículo—. ¡Perdona! ¿Necesitas ayuda?

La figura se vuelve hacia mí y me doy cuenta de que está hablando por teléfono. Susurra algo y se lo apoya en el hombro.

—Pues sí —Un segundo, esa voz…—, te lo agradecería porque no tengo ni idea de mecánica y parece que el motor…

Se me acelera el pulso todavía más y se me seca la garganta antes de atreverme a pronunciar su nombre.

—¿Nivi?

Capítulo 4
Nivi

No sé si mi corazón ha dejado de latir, si mi cerebro se ha quedado vacío o es el frío lo que está haciendo que tarde tanto en reaccionar. Esos ojos, por mucho que hayan pasado años y todo él haya cambiado y madurado, siguen clavándose en mí como la última vez que los vi.

Dios mío, está aquí. No es mi imaginación. Está aquí de verdad.

—Hola —susurra con un tono tan sorprendido que me dice que él tampoco se esperaba encontrarme aquí.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y, aunque me gustaría pensarlo, sé que no es a causa del frío. Me obligo a pestañear, porque empiezo a sentir los ojos secos y es cuando vuelvo en mí que escucho el murmullo procedente de mi móvil. Giro la cabeza hacia la mano que lo sostiene contra mi hombro. Había olvidado que lo tenía ahí; todo se me ha olvidado cuando le he visto. Me lo llevo de nuevo a la oreja y trato de sonar todo lo serena que puedo.

—Bec, tengo que colgar.

—Nivi, espera…

No le doy tiempo a decir nada más porque enseguida pulso el botón rojo y sostengo el móvil con ambas manos, buscando un punto de apoyo que me ayude a detener el temblor de mi cuerpo. Levanto la cabeza y le miro. Sigue aquí. No, definitivamente no me lo estoy imaginando ni es un efecto secundario de haber pensado en él esta tarde. Por desgracia.

Él me mira de la misma forma, imagino, como si no pudiera creerse que estemos aquí, el uno frente al otro. Después de tanto tiempo. Después de tantas cosas.

—¿Necesitas… ayuda con el coche? —me pregunta de nuevo tras tragar saliva.

Tardo en encontrar la voz, pero lo hago cuando él da el primer paso hacia mí y yo, instintivamente, doy otro hacia atrás.

—No, no, no es… No es nada.

Me doy la vuelta y vuelvo al frente del coche. Tal vez si dejo de verle, desaparezca. No, eso es demasiado ingenuo hasta para mí, no voy a tener esa suerte. Bajo el capó y me sobresalto cuando lo veo junto a la puerta del copiloto. El capullo sigue siendo tan sigiloso como antes.

—Nivi, salía mucho humo.

—Porque es viejo —respondo cortante—, pero seguro que arranca.

No me lo creo ni yo, pero cualquier excusa es buena para dejar de

mirarlo, así que rodeo el coche por el lado contrario y me acomodo en el asiento del conductor, cerrando la puerta con menos delicadeza de la que me gustaría. Meto la llave en el contacto y la hago girar.

«Por favor, por favor», suplico para mis adentros.

Lo intento varias veces, pero, como suponía, no arranca. Suspiro y clavo la mirada en el salpicadero con las manos alrededor del volante. No quiero mirar hacia la ventanilla, porque él está ahí, observándome. El Kenan que conocí en mi adolescencia me habría mirado con autosuficiencia y burla, pero este… a este no le conozco de nada.

—Nivi —otro escalofrío—, no va a arrancar y hace un frío terrible para que esperes a una grúa. Déjame llevarte a casa. —Es la peor idea que se me ocurre—. Ni siquiera tenemos que hablar si no quieres. Entiendo que no soy tu mejor opción para una conversación, pero sí para llegar a casa con todos los dedos en su sitio.

Joder, ¿cómo puedo ser tan tonta de querer reírme con su comentario? Aprieto los labios tan fuerte que me hago un poco de sangre, pero no pienso darle el gusto de verme sonreír.

—Si estás por aquí, imagino que seguirás viviendo en casa de Robert y Marianne, ¿no? Este es su coche si no recuerdo mal —continúa cuando yo no le contesto.

La parte madura y racional que hay en mí intenta imponerse y pensar en la opción más lógica. Si volviera a casa andando, lo más seguro es que fuera al borde de la hipotermia, pero, si esperara a una grúa y alguien que me llevara a casa, no tengo ni idea de cuándo lo haría, y temo que los gemelos todavía no hayan desatado al pobre Alek de esa silla.

Ay, Alek… Mierda.

«Piensa, Nivi, piensa con calma. Aunque tengas a tu izquierda a la fuente de toda tu histeria».

Al final, cierro los ojos y suelto un suspiro de los más largos que recuerdo. Me giro hacia él, que espera paciente mi respuesta y casi con una súplica en la cara. No, no pienso prestar atención a ese pensamiento. Alargo la mano hacia el asiento contiguo y cojo mi mochila. Salgo del coche y me la cuelgo a la espalda antes de cerrar la puerta y volverme hacia los asientos traseros. Cojo la caja con documentos que tengo que guardar en el despacho de casa y me aseguro de cerrar bien el coche. Mañana me tocará madrugar y venir a por él con el de la grúa.

Kenan me dedica un amago de sonrisa que se queda en eso, un intento. Yo le sigo hasta su coche y le cedo la caja cuando extiende los brazos. Él la deja en el asiento trasero y me indica que me suba en el lado del copiloto.

—¡Hola! —me sobresalta una voz desde atrás. Al girarme, veo a la misma niña que me pidió ayuda con una de sus muñecas esta mañana

en la cafetería. ¿Qué hace aquí?—. Soy Lucy —se presenta—, tú eres la mujer de esta mañana.

Cuando me recompongo de la sorpresa, le sonrío y le contesto:

—Hola, sí, soy yo. Me llamo Nivi.

Kenan se sube al asiento del conductor y nos mira a ambas antes de hacer las presentaciones.

—Lucy, ella es Nivi, una amiga de cuando vivía aquí. —Después, se vuelve hacia mí—. Ella es Lucy, mi sobrina.

No puedo evitar alzar las cejas sorprendida. ¿Sobrina? Pero… si nosotros somos niños de acogida. No tenemos familia de sangre, al menos, no que conozcamos directamente. Así que cuando Lucy me dijo esta mañana que estaba con su tío, se refería a él. Pero sigo sin entenderlo y él se da cuenta cuando me mira.

—Es la hija de mi hermana.

—¿Hermana…? —susurro todavía más desconcertada.

—Sí. —Kenan intenta sonreír—. Tengo una hermana mayor. ¿Te lo puedes creer?

No, lo cierto es que no, aunque no se lo digo en voz alta. Es verdad que ha pasado mucho tiempo, que los dos hemos cambiado y que habrán ocurrido tantas cosas en su vida como en la mía, pero aparecer con un miembro de su familia de sangre que, además, si la miro bien, tiene los mismos ojos que él me parece surrealista.

—Ella es la mujer pelirroja —dice Lucy rompiendo la tensión.

—Así que eras tú. —Sonríe como si nada, encogiendo algo en mi pecho—. Me dijo que había hablado con una mujer pelirroja. No sabía si serías tú, pero tampoco hay muchas en el pueblo.

—Podría haber sido cualquiera —consigo decir en un murmullo—. Ahora vive más gente en el pueblo que…

Me callo porque ninguno de los dos necesitamos que termine esa frase, aunque ambos sabemos lo que iba a decir. «Que cuando te fuiste». Un silencio de varios segundos nos envuelve hasta que Kenan arranca el motor y empieza a circular despacio.

Hace tanto frío que no me extraña que las calles estén llenas de nieve y que mañana el pueblo vaya a amanecer incluso más blanco que hoy. Uso mi entorno como distracción, porque no quiero enfrentarme al hombre que tengo a mi izquierda y todo lo que verlo de nuevo ha provocado en mí. Demasiadas cosas para ordenarlas en un trayecto de diez minutos.

—Íbamos a cenar fuera —dice rompiendo el silencio.

Me encantaría recordarle sus palabras sobre que no hacía falta que habláramos, pero sería demasiado arisco y cortante hacerlo delante de Lucy, así que me yergo en mi asiento y contesto con normalidad.

—Qué bien.

—¿A ti te gusta el pescado? —escucho desde la parte de atrás.

Me giro y de refilón veo a Kenan sonriendo de medio lado. Sigo la trayectoria de la voz y miro a Lucy.

—Sí, claro. —Sonrío.

—A mí también.

No lo puedo evitar y se me escapa una pequeña carcajada al oír el entusiasmo en su voz, pero la sonrisa desaparece cuando miro hacia delante y veo a Kenan mirándome y sonriendo como si… como si nada hubiera pasado. Vuelvo a mirar al frente y me obligo a mantener la calma hasta bajar del coche. Solo unos minutos más.

Al doblar una esquina, veo las luces de nuestra casa encendidas y una especie de alivio me invade por dentro. El coche se detiene frente al patio delantero y Kenan echa el freno de mano. Entonces se vuelve hacia mí y yo retraso el momento todo lo posible mientras me desabrocho el cinturón. Carraspeo y me giro hacia él con la espalda pegada a la puerta.

—Gracias.

—De nada. Me alegro de volver a verte.

No, no puede hacer eso. No puede decir esa frase delante de una niña de seis o siete años porque sabe que, si estuviéramos solos, mi respuesta sería muy distinta a la que me veo obligada a darle ahora. Amago una sonrisa y asiento una vez con la cabeza. Me giro para salir del coche y respirar tranquila de nuevo, pero su voz me detiene.

—Niv —pronuncia mi nombre y a mí se me eriza todo el cuerpo, como hacía tiempo que no ocurría. Joder, no—, podríamos tomarnos un café algún día y charlar.

Otra vez. Me encantaría decirle que es lo último que me apetece, que no se me ha olvidado nada de lo que hizo, que puedo ser rencorosa, sí, pero hay heridas que no cierran nunca y, por desgracia para mí —sobre todo para mí—, la suya solo estaba tapada con una tirita que se ha llevado el viento de un plumazo cuando le he visto de nuevo.

—Lo vamos viendo —contesto en un intento de parecer educada y abro la puerta del coche para bajarme.

Respiro hondo y dejo que el frío me aclare los sentidos antes de coger mi caja del asiento trasero y despedirme de Lucy. Después, camino hasta el porche sin mirar atrás porque no creo que pueda lidiar con otra de sus miradas de pena, súplica y ruego. Porque soy una debilucha y una blandengue, lo sé. También sé que, si le miro ahora, volveré a sentirme como esa chiquilla a la que el chico que le gustaba desde hacía tiempo se le declaró y lo estropeó todo con ello.

Y no pienso permitírselo otra vez.

Capítulo 5
Nivi

Hace aproximadamente dos minutos que tengo la mirada clavada en mi taza de té después de contarle a Becca lo ocurrido anoche con Kenan, el estado de nervios que tuve que disimular delante de los chicos cuando llegué a casa y el hecho de que apenas he pegado ojo. He querido tomarme un café, como todas las mañanas, nada más entrar en la cafetería, pero ella no me lo ha permitido.

—Si me hubieras escuchado anoche por teléfono…

—Ya, ya —la interrumpo pasándome una mano por la frente y apartándome los mechones rebeldes que se escapan del moño—. ¿Cómo iba a saber que querías contarme algo así o que me lo encontraría de frente en ese mismo momento?

Becca se encoge de hombros y sé, por su expresión, que intenta tranquilizarme, lo cual es bastante improbable.

—¿Cómo te enteraste de que había vuelto? ¿Te avisó?

Ella mueve la cabeza de un lado a otro antes de contestar.

—Le vi cuando se montaba en un coche con una niña.

—Y… ¿qué te contó?

No estoy segura de querer saber qué ha sido de su vida, pero no puedo evitar sentir curiosidad. Es como si mi cabeza fuera a seguir dándole vueltas a esa cuestión, aunque yo no quiera, así que prefiero que me saquen de dudas y pasar a otra cosa.

—Nada, no hablé con él —responde Becca envolviendo su café con ambas manos—. Ni siquiera me vio. Me quedé tan impactada de verlo aquí otra vez y con una niña que no supe reaccionar hasta que ya se había montado en el coche y se estaba alejando. Fue cuando te llamé para advertirte.

A pesar de que en esa casa, de adolescentes, éramos cinco personas y ahora solo estamos Becca y yo, ella sigue preocupándose más por mí que por sí misma. Y lo entiendo. Sabe, sin decírselo, que el regreso de Kenan me afecta más a mí que a ella, o de lo que podría afectarle a nadie más. Anoche se me pasó devolverle la llamada cuando entré en casa y no ha sido hasta ahora que he sentido que todo era real, hasta que he hablado con alguien de ello.

—¿Te dijo algo a ti? —me pregunta Becca tras un minuto más perdida en mi mente.

—¿Sobre qué?

—Sobre si pensaba quedarse o a qué ha venido.

Esta vez soy yo la que niega con la cabeza.

—No hablamos mucho, por suerte. Desde donde me llevó solo había unas pocas manzanas hasta casa y, cuando estuve frente al patio, me faltó tiempo para salir por piernas.

Por el rabillo del ojo, veo a Becca contener una sonrisa, pero no le sale demasiado bien. Sabe que siempre he tenido esa faceta escapista cuando algo se complica y me asusta. Y, joder, volver a ver a Kenan… me asusta más que cualquier cosa.

—¿Y la niña? —continúa Becca—. ¿Qué hermana tiene Kenan?

—Eso me pregunté yo.

Otro misterio alrededor del chico que se marchó cuando más se le necesitaba. No tenemos ni idea de lo que ha estado haciendo, pero, al parecer, sin hacer nada desde luego que no.

—Bueno —la voz de Becca me saca de mis pensamientos—, tendremos que esperar para averiguarlo.

—Sí, cuando hables con él y te enteres, ya me contarás.

—¿Qué te crees? ¿Que vivimos en una metrópolis? —bromea Becca poniéndose de pie y colgándose su bolsa del hombro—. Esto es un pueblo, Nivi, no vas a poder evitarle mucho tiempo.

—Pero sí el necesario para acostumbrarme a que esté por aquí.

La sonrisa de Becca deja claro que tanto ella como yo sabemos que eso no va a ocurrir de un día para otro y que me va a impactar verlo de nuevo incluso si sé que anda por el pueblo. Hay reacciones de nuestro cuerpo y nuestra mente que son inevitables.

Becca rodea la mesa para darme un beso en la cabeza, como hacemos siempre la una con la otra, y sale de la cafetería para dirigirse hacia la pista de patinaje. Miro el reloj de mi muñeca; yo también debería irme a trabajar. Pago el desayuno de las dos y me despido con una sonrisa antes de salir a la calle. Me subo la cremallera del abrigo y empiezo a caminar para poner rumbo a mi ronda de supervisión de los locales de la agencia. Solo espero que el día de hoy no tenga ninguna sorpresa más preparada para mí porque no estoy segura de poder gestionarla.

***

—Tienes más cara que espalda.

—Cero días sin oír esa frase —me replica el adolescente de sonrisa burlona y mirada desafiante que tengo enfrente. La misma puñetera mirada que su padre, no podía haber heredado cualquier otra cosa.

Dejo a ese hombre en un rincón de mi mente donde no pueda verlo y me centro en mi conversación con Alek. Hace una hora que ha salido del instituto y, después de dejar a Ivana en su entrenamiento en la pista de hielo, ha venido a verme al local que está siendo reformado, cómo no, para pedirme algo.

—El coche está estropeado, ya te lo dije anoche.

—Pues deja que yo lo lleve al taller, en un par de días lo tienen listo y después me lo prestas. Anda, Nivi —me suplica—, quiero darle una sorpresa a Ivana.

—¿Adónde quieres ir? Y, ojo, que esa pregunta no es un sí.

—Si te lo digo, me vas a decir que no.

—Entonces es un no directamente.

—Joder, Nivi…

—¡Esa lengua! —Madre mía, qué pronto empezó a decir palabrotas y qué larga se me está haciendo esta fase.

—¡Vale! Perdón. Quiero llevarla a Fairbanks.

—Eso está como a diez horas en coche.

—Nueve horas y veinte minutos, lo he mirado en Google.

Suspiro y me inclino hacia atrás en mi silla. No me hace falta preguntarle por qué quiere llevar a su novia a Fairbanks; todo el mundo sabe que es el mejor sitio del estado desde el que ver la aurora boreal. Sin embargo, y por mucho que este chico esté a punto de cumplir la mayoría de edad, me sigue pareciendo una locura que tengan que hacer noche en un motel para ello.

—Alek, el coche casi está para el desguace —intento convencerle—. No sería prudente que hicierais un viaje tan largo con él. Podríais quedaros tirados en cualquier parte.

Con los hombros hundidos, se deja caer en la silla que hay frente a la mía, al otro lado de mi escritorio. Le escucho suspirar y ahí sé que vuelve a ser el chico maduro y comprensivo que es la mayor parte del tiempo.

—Es un plan absurdo, ¿verdad?

—No, cielo. —Alargo la mano para coger la suya y le sonrío—. Solo que no es el momento. ¿Por qué tienes tantas ganas de hacer ese viaje justo ahora? Entiendo que la aurora no esperará a que nos arreglen el coche, pero podéis verla desde otro sitio más cercano.

—Ya… No es solo por eso, en realidad. —Alek se incorpora y se vuelve hacia mí, aunque no me mira—. En unos meses acabamos el instituto e Ivana empezará con sus entrenamientos a tiempo completo, haciendo más viajes, compitiendo en la otra punta del planeta… y yo estaré en la universidad. No nos veremos tanto como ahora y quería…

—… crear todos los recuerdos bonitos que podáis —termino por él.

Desde que empezó el instituto, Alek pasó de ser el niño sonriente y alegre al típico malote solitario que no entablaba amistad con nadie. En ese sentido, tan apartado del resto del mundo y encerrado en sí mismo, me recordó a su padre. Él tampoco se acercaba a la gente y, cuando lo hizo… No, no es momento de recordar eso. No fue hasta que Ivana tuvo el accidente que Alek cambió, convirtiéndose en este muchacho detallista, sensible y cariñoso que a veces intenta parecer indiferente.

Sonrío al recordar unas palabras que su madre solía decirme cuando le mimaba demasiado y sucumbía a todo lo que me pedía: Alek es mi debilidad. Me pongo de pie y me acerco a mi bolso, colgado del perchero junto a la puerta. Saco las llaves del coche y se las tiendo.

—Llama al de la grúa y que te diga lo que le pasa. Si lo tiene para el viernes y te dice que puede llegar hasta Fairbanks, es todo tuyo.

Alek no se lo piensa dos veces antes de enderezarse de un brinco y casi tirarme al suelo cuando me abraza.

—Eres la mejor.

—Cógelas antes de que me arrepienta.

Sale del local con una sonrisa de oreja a oreja después de decirme que me escribirá con lo que le digan en el taller. Me dejo caer en el sillón, pero no miro la montaña de papeles que tengo delante. Mis ojos están más allá de esta mesa, más allá de este local y más allá del día de hoy. Ver a Alek sonreír de esa forma y salir despavorido me ha traído a la mente otro momento. Un recuerdo. Otra sonrisa, otro brillo en unos ojos, que me encoge el corazón.

Septiembre de 2005

Kenai, Alaska

El frío había llegado temprano ese año. Las calles estaban cubiertas de hielo y nieve antes de lo usual y había que ser cuidadoso al caminar. Sin embargo, eso no impidió a Kate echar a correr con la nariz helada pero el pecho cálido y lleno de felicidad por los huecos que encontraba libres hasta llegar al porche de su casa. Se sacudió las botas varias veces y entró como una exhalación.

—¡Ya estoy aquí! —En el momento en que cruzaba la puerta de la cocina, el agua en sus zapatos la hizo resbalar y tuvo que agarrarse a la encimera—. Madre mía, no me caigo en la calle y casi me la pego aquí.

—Te diría que tuvieras cuidado, pero como no me vas a hacer caso… —Nivi la miró desde el otro lado de la sala, apoyada junto al frigorífico—. Y te diría también que no tendrías que ir sola, al menos durante una temporada, y menos sin el móvil —regañó a su amiga mostrándole el teléfono que se había olvidado en casa.

—Ya te dije que estoy bien, solo fue un susto.

Kate se quitó el abrigo y lo dejó en el perchero de la entrada antes de regresar a la cocina.

—Un susto no —replicó Nivi mientras se acercaba a su amiga con expresión preocupada—. Un susto es que te den un golpecito por detrás con el coche y solo haya un arañazo. Lo tuyo no fue un susto, Kate, tienes que cuidarte.

—Nivi… —Kate puso los ojos en blanco y quiso salir de la cocina, pero su amiga la siguió—. De verdad que estoy bien. Voy a ver a Alek.

—Kate…

—Ya nos dijeron que había sido algo puntual y que todo estaba bien en las pruebas. —El tono de Kate era cansado, empezaba a agobiarse con toda la preocupación que sus amigas cernían sobre ella. Sabía que era porque la querían, pero también necesitaba su espacio—. Ahora déjame ir a ver a mi hijo.

Kate se dio la vuelta para subir las escaleras y dirigirse a la habitación del pequeño. Nivi quiso seguir hablando, pero la conocía casi mejor que ella misma y sabía que no debía insistir. Estaba preocupada, sí, aun así, Kate no había vuelto a dar muestras de que algo fuera mal.

Hacía un par de meses que Nivi había recibido una llamada del hospital mientras se encontraba en la oficina en la que le pedían que acudiera al centro lo antes posible. Lo único de lo que la informaron era que su amiga estaba allí, desorientada y alterada, y preguntando por ella. Al ser su contacto de emergencia, fue la primera persona a la que avisaron.

Cuando Nivi llegó al hospital, con el corazón desbocado, le indicaron cuál era la habitación que buscaba y entró con presteza. Allí encontró a Kate, sentada en una camilla mientras ojeaba una revista, con un camisón de hospital y una vía en la muñeca. Cuando la morena notó la presencia de su amiga pelirroja, se volvió hacia ella y le sonrió con naturalidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Nivi acercándose a la cama y cogiendo las manos de Kate de forma atropellada.

—Sí, solo me he desorientado un poco, pero ya estoy bien.

—Kate… Dime qué ha pasado. La mujer que me ha llamado decía que estabas muy nerviosa, que gritabas que no sabías dónde estabas y que querías que te dejaran en paz. Me dijo que iban a sedarte para que te tranquilizaras.

—Qué exagerada…

—No creo que una enfermera se inventase algo así.

—Nivi, estoy bien, de verdad.

Nivi sabía que algo iba mal, pero a Kate era mejor no presionarla; ella le contaría lo que estuviera ocurriendo cuando el momento lo requiriese.

—¿Te han hecho alguna prueba, análisis o lo que sea? —preguntó la pelirroja tratando de calmar su propio latido.

—Sí, análisis y escáner. Todo normal.

Nivi suspiró con alivio. Si las pruebas decían que no había nada fuera de lo usual, entonces podía respirar tranquila. Al menos, por el momento. Los médicos le dijeron a Kate que debía cuidarse, no exponerse a situaciones de demasiado estrés y hacerse algunas pruebas de vez en cuando para asegurarse de que no volvía a sufrir un episodio similar.

Sin embargo, Kate era muy activa, nerviosa e inquieta. A pesar de sus diecinueve años, seguía poseyendo un alma infantil y, a menudo, era Nivi la que debía imponer la cordura y el orden. Así que era poco probable que acatara las indicaciones médicas.

Nivi subió las escaleras detrás de su amiga y la siguió hasta el cuarto del pequeño Alek, que descansaba en su cama de sábanas con dibujos de animales y había empezado a jugar con su madre al verla. Se acercó al lado de la cama donde Kate se había arrodillado y la imitó.

—¿Por qué venías tan contenta? —le preguntó en voz queda en un intento por calmar las aguas.

La sonrisa de Kate se ensanchó, pero no dejó de mirar la niño.

—He dejado la cafetería.

—¿Cómo?

—Me dijeron que evitara situaciones de estrés, ¿no? Me gusta el trabajo en la cafetería, pero son muchas horas y a veces hay tanta gente y tantas comandas que me agobio, así que se lo he explicado a mi jefa y me ha dicho que lo entiende.

—Entonces ¿ya no vas a trabajar ahí? —Kate negó con la cabeza y empezó a tararear una canción infantil mientras jugaba con los dedos de

Alek—. ¿Y qué vas a hacer?

Kate se volvió hacia Nivi con los ojos brillantes y una sonrisa amplia y feliz.

—Se me ha ocurrido algo genial. Voy a trabajar en la agencia contigo. Trabajaremos codo con codo y pasaremos más tiempo juntas. ¿No te encanta la idea?

Nivi se había quedado sin palabras ante la propuesta e iniciativa de Kate. Era cierto que alguna vez había pensado en lo bien que se compenetraban entre ellas en casa y estaba segura de que en el ámbito laboral no sería diferente. Sin embargo, hasta ese momento, no había contemplado realmente la posibilidad de tener a Kate como socia y, aunque la cogió por sorpresa, supo que era la mejor idea que Kate podía haber tenido.

Capítulo 6
Kenan

No importa el tiempo que pase, hay cosas que no cambian o que es inevitable que desaparezcan de nuestra memoria. Es el caso de este pueblo, de Kenai. No en vano pasé aquí más de diez años de mi vida y prácticamente ha sido siempre mi hogar, por muy lejos que estuviera o mucho que lo añorara. Pasear por sus calles, recordando lo que he vivido aquí, me hace volver a mi infancia y, sobre todo, a mi adolescencia.

Por ejemplo, uno de los caminos que más solíamos hacer era el que lleva a la pista de patinaje, justo el que estoy recorriendo ahora. Hace años que no tengo contacto con nadie del grupo que formábamos, pero, si en algún sitio voy a encontrar a alguien, es aquí. Entro en el edificio, camino hasta la pista de hielo y miles de recuerdos me arrollan casi al instante.

No era muy dado a estas actividades, pero me gustaban porque pasaba tiempo con mis amigos, con mi familia. Ahora está vacía, en silencio. Imagino que habrá alguien entrenando o limpiando porque las luces están encendidas y las puertas de la pista abiertas. Paseo con calma por el pasillo lateral hasta llegar al otro lado, donde me encuentro un grupillo de niños en torno a unos seis años agarrados a una cuerda. Es entonces cuando una sonrisa torcida y una expresión entre divertida y asombrada se dibuja en mi cara.

—Vale, peques, último repaso: ¿Qué hay que apoyar primero si nos resbalamos? —pregunta en voz alta para que todos los niños la escuchen. Está tan concentrada que ni ha reparado en mí.

—¡Las manos! —gritan ellos casi al unísono y Becca sonríe satisfecha.

—Las manos para evitar tocar con la cara. Perfecto. Podemos irnos ya.

Se vuelve hacia un hombre mayor que sujeta el extremo de la cuerda que Becca le tiende y se lleva a los niños despacio hacia la salida. Ella se segura de que todos vayan bien agarrados y los ve marcharse mientras ellos mueven la mano libre para decirle adiós. En ese momento aprovecho para acercarme.

—Así que ya tienes tu ejército de patinadores.

Becca se vuelve sobresaltada al escucharme y enseguida una sonrisa aparece en su rostro antes de lanzar sus brazos alrededor de mis hombros. Cuando nos separamos, la observo y me doy cuenta de una cosa.

—No pareces sorprendida de verme —comento y entonces lo entiendo—. Has hablado con Nivi, ¿verdad?

—Sí, pero no ha sido así como me he enterado de que habías vuelto. Te vi anoche subiéndote a un coche. Con una niña.

Eso tiene más sentido. Es un pueblo pequeño al fin y al cabo, era bastante improbable que nadie me reconociera. Lo raro fue no encontrarme con nadie más hasta que vi anoche a Nivi.

—Ya…

—Una sobrina.

Sonrío. Siguen teniendo contacto entre ellas.

—Eso sí que te lo ha dicho Nivi.

—Pillada. —Becca me devuelve la sonrisa—. ¿Vas a contármelo?

—Sí, pero no ahora. —Ella frunce los labios y me fulmina con la mirada, lo cual me arranca un par de carcajadas—. Tengo que guardar todas las cartas que pueda para convenceros de que os toméis algo conmigo algún día.

—Me encanta lo educado que te has vuelto. Hablas en plural para que me sienta incluida cuando en realidad con quien quieres tomarte algo es con Nivi.

Agacho la cabeza, pero no consigo disimular la sonrisa por mucho que apriete los labios.

—Pillado —la parafraseo—. Imagino que sabes lo que ocurrió anoche.

—Sí, que ese trasto la dejó tirada por trigésimo octava vez y apareciste para rescatarla.

—Bueno, si le preguntas a ella, puede que te diga que fue un secuestro más que un rescate.

—Estaba impactada. No puedes culparla. Yo también lo habría estado si…

No continúa la frase y sé que no tiene intención de hacerlo. Tampoco hace falta, la mirada que me dedica es suficiente. Suspiro y dejo caer los hombros. Sí, Nivi tenía —y tiene— motivos para quererme lejos. Sin embargo, he vuelto al pueblo y una de las razones por las que lo he hecho es cerrar todas las heridas que tengo abiertas, que abrí una vez tanto en ella como en las personas que tan importantes han sido para mí y que no vuelvan a abrirse nunca.

—¿Tienes tiempo para un café y que nos pongamos un poco al día? —le propongo a Becca después de cerca de un minuto en silencio, perdido en mis pensamientos.

Ella mira el reloj de su muñeca.

—Si es en la cafetería de la pista, claro.

Nos dirigimos al espacio que debió de habilitarse después de que dejara el pueblo para que los visitantes o personal del centro tuvieran un lugar de descanso. Antes de su siguiente clase, Becca me cuenta

que, cuando dejó de patinar, le ofrecieron dar algunos cursos para principiantes hasta que el polideportivo se asoció con la escuela del pueblo. Ahora los niños vienen una vez por semana para aprender a patinar con ella. Después, le ofrecieron entrenar a patinadores jóvenes que querían introducirse en el mundo de las competiciones y ahora mismo tiene cuatro pupilos.

Yo le hablo de Iowa, de Lucy y de cómo ha sido mi regreso al pueblo. No entro en demasiados detalles porque es algo que me gustaría contarles a ambas, sobre todo a Nivi. No es que espere recuperar los sentimientos que tuvimos una vez, porque sé que es imposible, pero sí le debo bastantes explicaciones y me gustaría que esa conversación nos sirviera para cerrar heridas y, al menos, volver a ser amigos.

Después de media hora, Becca tiene que marcharse a su clase y yo a recoger a Lucy del colegio. Ha sido su primer día y, aunque es una niña muy sociable y no tendrá problemas para hacer amigos, me preocupa cómo pueda afectarle el cambio.

Aparco el coche en un hueco frente a la zona del primer ciclo de primaria, por donde salen los alumnos de primero y segundo, y me bajo para que me vea una vez salgan por la puerta. No me acerco a nadie, pero reconozco alguna que otra cara de cuando vivía aquí; todos antiguos compañeros del instituto con los que apenas cruzaba dos palabras. Nadie se acerca a mí tampoco, y lo agradezco. No soy demasiado sociable y conversar sin más con personas que ni me van ni me vienen me resulta una pérdida de tiempo.

Los niños empiezan a salir en una fila torcida porque apenas prestan atención hacia delante. Todos van buscando a sus padres o cuidadores con la mirada y tropiezan unos con otros de una manera bastante graciosa. Enseguida localizo a Lucy, que va charlando con otra niña morena; sabía que no tendría problema para hacer amigos. Muevo la mano en el aire para que me vea y camino hacia ella. Su profesora, que diría que tiene más o menos mi edad, permanece a su lado, junto a otros dos niños que deben de ser gemelos a juzgar por lo mucho que se parecen, hasta que Lucy me ve y sonríe.

—¡Tío Ken!

Su maestra se vuelve hacia mí y enseguida entiende que soy quien viene a recoger a esta niñita; ya hemos tenido un breve contacto esta mañana cuando la he traído. Me sonríe y suelta la mano de Lucy para que ella pueda correr hacia mí. La atrapo y la alzo hasta tenerla bien sujeta.

—¿Qué tal el primer día de cole, enana?

—Bien, me he sentado con Amy y he dibujado un copo de nieve con mi nombre en el medio y el tuyo y el de mamá en las puntas para el mural que hay en la clase.

Asiento con la cabeza y sonrío intentando no parecer afectado. Seguro que el copo de nieve le ha quedado muy bonito y está contenta con eso.

Me despido de su profesora con una sonrisa cordial y me dirijo a la salida. Apenas he dado un paso fuera del recinto cuando unas zancadas apresuradas me distraen y, al girarme, también lo hace una melena pelirroja. Ella se detiene con la respiración acelerada y entonces repara en mí. Como si hubiera sentido que estaba cerca. Sus hombros vuelven a tensarse, igual que anoche, y no me pasa desapercibido cómo traga saliva antes de apartar los ojos de mí y entrar en el colegio.

—Ya estoy aquí, Claire, perdona.

No he podido evitar quedarme ahí parado y escucharla. Parece apurada cuando habla con la maestra de Lucy.

—No te preocupes, Nivi —la tranquiliza Claire—. Me imaginé que, si no venías tú a buscarlos, lo haría Alek.

Viendo que solo quedan esos dos gemelos en la fila, deben de estar hablando de ellos. No sabía que Nivi tuviera hijos. Aunque tampoco habría podido adivinarlo; no se parecen demasiado a ella.

—Se nos ha estropeado el coche —la escucho justificarse— y vengo corriendo desde la agencia.

¿Agencia? ¿La que tenía Robert? Sé que a Nivi siempre le gustó ese ambiente, así que no me extrañaría que se hubiera hecho cargo del negocio.

—En serio, tranquila. —Claire sonríe amistosa—. Siempre puedo ponerles a recoger la clase mientras te esperan.

—¡Nooooooo! —se lamenta de forma dramática uno de los niños.

Entonces la risilla de Lucy desde mi hombro me hace apartar la mirada de la escena.

—Ese es Jacob. Es el malote de la clase.

Se me disparan las cejas. ¿A esta edad tan temprana ya tienen claro quién es el malote del grupo? Me vuelvo hacia Nivi y los gemelos y veo que, efectivamente, de los dos es el que parece más echado hacia delante, el de la actitud más desafiante y el que sonríe de forma traviesa. Qué pronto desarrollan esas personalidades.

—Gracias —le dice Nivi a Claire y se separa de ella seguida de los dos niños.

—Y si no hay coche, ¿cómo vamos a volver a casa? —pregunta el mismo niño, Jacob.

—En helicóptero —le responde Nivi sarcástica—. Está ahí aparcado, ¿no lo ves?

—Yo no lo veo —responde el otro niño con inocencia mirando a todas partes. Es tan tierno que hasta me dibuja una sonrisa.

—No lo dice de verdad, tonto —le acusa Jacob.

—No llames tonto a tu hermano, tiene nombre —interviene Nivi.
—Perdón, Ethan.
Los tres se acercan a la salida del colegio, justo donde estamos nosotros, y Nivi aminora la marcha —a desgana, claro— cuando ve que sigo aquí. Dejo a Lucy en el suelo y trato de sonreír a mi amiga de la infancia.
—Hola.
—Hola —me saluda ella con una sonrisa por cortesía.
—¿Son tus hijos? —pregunto señalando a los niños con la cabeza. Ellos no nos prestan atención; Lucy se ha puesto a hablar con Ethan, el más tímido de los hermanos, mientras el otro simplemente está al lado mirándolos sin intervenir.
—No, no. Eh… —Nivi mira a los niños un segundo y después baja la voz—. Soy su madre de acogida.
De nuevo, no puedo evitar alzar las cejas.
—Vaya… —es todo lo que se me ocurre decir. Así que ahora es ella la que ayuda a estos niños. Como hicieron con nosotros—. Cómo han cambiado las cosas.
—Sí, los años no pasan en balde.
No me pasa desapercibida la pulla que me tira, pero sí decido no recogerla.
—Hay muchas cosas de las que ponernos al día. —En cambio, yo le tiro otra cuerda que espero y deseo que coja.
Nivi me mira unos segundos en un silencio extraño que me crea curiosidad por lo que sea que esté pensando.
—Sí, sí que las hay —contesta en un susurro apartando la mirada de mí.
Entonces una idea fugaz cruza mi mente y ni siquiera me permito dudar sobre si es buena o mala antes de que mi boca le dé voz.
—Podríamos llevaros a casa, creo que todavía no tenéis coche, ¿no? —Nivi aprieta los labios y niega con la cabeza; se ha dado cuenta de lo que pretendo—. Y podrías invitarme a un café para compensarme.
La pelirroja que recordaba debe de seguir ahí dentro porque, cuando alza una ceja con incredulidad, es clavadita a ella.
—Ya veo que no has cambiado —me recrimina, pero percibo un toque de humor en su voz—: sigues echándole morro a todo.
—¿Para qué cambiar algo que funciona? —respondo encogiéndome de hombros y notando la espalda menos tensa.
—Tengo que volver al trabajo después de dejarlos en casa con… otro de mis protegidos.
—Entonces te lo dejo a deber.
Sí, lo admito, me ha venido genial que no pudiera tomarse ese café ahora porque me aseguro de volver a verla —aunque no era difícil siendo el pueblo tan pequeño como es— y charlar con ella al menos

durante quince minutos.

Nivi resopla conteniendo una sonrisa ladeada y se vuelve hacia los niños. Una abertura. No lo tengo todo perdido.

Capítulo 7
Nivi

El trayecto en el coche de Kenan no se hace tan incómodo como el anterior por dos motivos. El primero, que ahora voy mentalizada para tenerlo al lado durante diez minutos y no estoy tan impactada porque haya aparecido de la nada. El segundo, los niños. No paran de hablar en todo el camino y escuchar sus ocurrencias me da la excusa para no tener que volverme hacia Kenan ni empezar ninguna conversación con él.

Cuando llegamos a casa y Kenan para el coche frente a nuestro jardín, mi intención es saltar del vehículo, sacar a los niños de los asientos traseros y acabar con la tensión que me pinza la espalda. Y eso hago, sin embargo, cuando nos hemos despedido todos de todos, escucho la voz de Kenan llamándome desde el coche. Me vuelvo hacia él y lo veo con la ventanilla del copiloto bajada para que pueda escucharle.

—No te olvides de ese café, me lo debes.

«Y tú me debes muchas cosas a mí», pienso, pero no lo digo, al menos, no en voz alta. No sé si él habrá intuido algo por la mirada que le he echado de forma inconsciente, aunque no da muestras de ello. Al final, asiento con la cabeza por educación más que nada y me giro para entrar en casa con los gemelos. Cuando cierro la puerta, por fin puedo respirar tranquila. Bueno, al menos durante unos pocos segundos.

—¡Nivi! ¡Nivi!

«Ay, por Dios, ¿y ahora qué?».

Suspiro y me resigno a que, en esta casa, nunca va a haber un momento de paz. Cuando no me encuentro a Alek maniatado por los gemelos, estos están enzarzados entre sí por cualquier cosa que uno quiere utilizar y el otro, por molestar, se la quita. Casi siempre Ethan es el primero y Jacob, el segundo.

Intento lidiar con el conflicto de hoy —en torno al mando de la videoconsola que heredaron de Alek las Navidades pasadas— y subo al piso de arriba para encargar al mayor de mis protegidos cuidar de los pequeños mientras yo regreso y termino unas tareas en la agencia. Llamo a la puerta y la abro cuando él me da paso.

—Hola —le saludo.

Alek se quita los auriculares y deja el lapicero encima del folio en el que estaba dibujando. Ahora ya no esconde sus bocetos de su novia, como hacía hace un tiempo y yo fingía no tener conocimiento de su

pequeña obsesión con ella. Aunque, claro, que nadie le diga que estaba obsesionado o colado por ella antes de que empezaran a acercarse.

Cuando se vuelve hacia mí y me mira, casi tengo que contener un escalofrío porque, a pesar de lo mucho que se parece a su madre, es innegable para los que podemos hacer la comparativa que tiene los ojos de su padre. Tan azules que te podrías ahogar en ellos sin darte cuenta y sin vistas a ningún salvavidas. Pestañeo varias veces y me obligo a serenarme.

—Me vuelvo al pueblo. ¿Te quedas con los enanos?

—¿Puedo llevarlos a la pista de hielo? He quedado con Ivana en ir a ver una pirueta nueva que ha aprendido.

Sonrío. Hay que ver… Lo mal que se llevaban de pequeños, o hace dos años sin ir más lejos, y cómo ha evolucionado ese sentimiento.

—Claro, sabes que les encanta. Sobre todo a Ethan.

Alek asiente con la cabeza y se gira hacia el escritorio, pero no vuelve a ponerse los auriculares. Dejo la puerta de su habitación abierta porque sé que enseguida bajará para vigilar a los gemelos antes de llevárselos al entrenamiento de Ivana y me despido de ellos con un «Portaos bien» antes de salir de nuevo de casa.

Igual que antes, me toca ir andando al trabajo hasta que el coche esté listo, lo que espero que sea mañana. Al menos podré disponer de él un par de días antes de que Alek lo secuestre para ese viaje sorpresa que quiere hacer con Ivana. Llego a la agencia y, como todos los días, me acomodo en mi silla y continúo con el papeleo y los documentos que supervisar y firmar. Eso me ayuda a mantener la mente ocupada.

No es que haya dormido de maravilla esta noche; ni mi cerebro quería desconectar ni mis ojos eran capaces de cerrarse para intentar descansar unas pocas horas. Saber que Kenan ha regresado por algún motivo que no logro adivinar, que está rondando por el pueblo después de todo lo que ocurrió —que *nos* ocurrió— y que parece decidido a que todo vuelva a ser como antes no es el mejor somnífero.

Siento curiosidad, no lo voy a negar, pero es mayor mi instinto de supervivencia y mi alerta de peligro. Es cierto que quedaron cabos sueltos y cuentas pendientes entre nosotros, que me dolió cómo me trató y que una parte de mí no ha olvidado nada y se niega a olvidarlo. Sin embargo, y a pesar de los años que han pasado, que deberían haber servido de bálsamo, ungüento o analgésico para cerrar heridas, curar cicatrices y solo dejar una línea como recuerdo…, el hueco que dejó sigue ahí.

Nada ni nadie ha podido ocuparlo. Porque el muy cobarde se me clavó como un puñal. Y ahí sigue, hundiéndose más cada vez que toco el mango para sacarlo.

Paso la tarde con los ojos en mi escritorio, pero la cabeza en Kenan.

Kenan y su forma tan natural de volver al pueblo. Kenan y la sensación de que nada ha cambiado. Kenan y su aparente deseo de que volvamos a acercarnos. Kenan y el pánico que me da ver que su presencia no desestabiliza nada.

Bueno… Nada, nada… No exactamente. O, mejor dicho, no todavía. Porque del mismo modo que él ha tenido su vida fuera del pueblo sin que supiéramos nada de él, aquí también han ocurrido cosas que no solo cambiaron nuestras vidas, también, si hubiera estado aquí, habrían cambiado la suya.

***

Becca me hace el favor de llevarme a casa esta noche. Y la siguiente. Al parecer nuestro coche va a necesitar algún que otro arreglo más del que pensábamos y hasta el mismo viernes no estará listo como pronto. Ir andando desde el centro del pueblo, de noche y con estas temperaturas tan bajas no es una opción. Así que aprovechamos el trayecto para ponernos al día, especialmente sobre el hijo pródigo.

Por lo visto, Kenan ha ido a la pista de hielo a verla. Charlaron y él le habló por encima de su vida sin entrar en demasiados detalles. Porque quiere contármelo a mí también, según me ha explicado Becca. Está claro que no va a desistir. Entre ese café que me pidió y esto, es evidente que no piensa rendirse y que va a ir a por todas. Ha vuelto más decidido que cuando vivía aquí. Ya podría haber llegado antes.

Afortunadamente para mí, durante estas dos conversaciones nocturnas, mi amiga no me hace la pregunta que esperaba que formulara y se lo agradezco. No es algo que no me haya pasado por la cabeza —de hecho, es lo que más me preocupa—, pero todavía tengo que estar segura de que las intenciones de Kenan son genuinas, de que de verdad ha vuelto para quedarse y no desistirá a la primera de cambio. Porque eso no me dolería solo a mí o a Becca, haría daño a otra persona y no estoy dispuesta a permitirle eso. No otra vez.

***

El fin de semana llega con un cielo sorprendentemente despejado, lo cual sería perfecto porque Alek podría hacer el viaje sorpresa que había planeado para Ivana y para él sin ninguna complicación, sin embargo, en el taller no nos dan un pronóstico positivo y el coche ha de quedarse hasta el martes en revisión. A él no le hace ninguna gracia la idea, claro, la única que se ríe es Ivana cuando él tiene que contarle el plan fallido después de haberle estado chinchando toda la semana con que el viernes le daría una sorpresa.

—Ay, pobrecito… —Ivana le pasa un brazo por los hombros y

apoya la cabeza en uno de ellos sin dejar de sonreír—. Podemos ir la semana que viene o la siguiente, no te preocupes. La aurora seguirá ahí un poco más.

Alek me mira a través del cristal de la pista de patinaje. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión seria y taciturna. No sé si es porque su recuerdo ha vuelto a mi cabeza y parece que no quiere marcharse, pero cada vez veo más actitudes de su padre en él.

—No era solo por la aurora —murmura sin mirar a su novia. Ella se lo toma con humor y le sujeta por la barbilla para obligarlo a mirarla.

—Sé por qué lo haces, pero podemos hacer cualquier otra cosa este finde y el que viene ya iremos. Me habría enfadado contigo si hubieras hecho que me perdiera el sábado de patinaje.

Lo dice como una broma, pero es verdad que todos los sábados que organizan la entrada libre a la pista de patinaje con música —normalmente el tercero de cada mes— Ivana es la primera en pisar el hielo. Desde pequeña ha sido su pasión y su elemento, así que no es de extrañar que adore este tipo de eventos. Al ser la patinadora estrella del pueblo, suele ser quien abra la «ceremonia», por así decirlo. Ivana es muy buena chica y me encanta la pareja que hace con Alek, pero es innegable que le encanta ser el centro de atención. Hasta Alek se burla de ella a menudo por eso.

—Anda, no te enfades. Luego te invito a un zumito, ¿quieres?

Ahí está. Esa broma interna que tienen. Antes era solo Alek el que nombraba el zumo que empezó la rivalidad entre ellos dos con tan solo cinco años y ahora hasta Ivana lo usa para destensarlo a él. Y funciona. La sonrisa que Alek intenta disimular lo deja claro.

—¿Tú no vas a meterte? —me pregunta Alek.

Echo un vistazo a la pista de hielo y veo que empieza a llenarse de gente dispuesta a pasárselo bien mientras patinan alrededor de una isleta con un DJ en medio. Es un plan genial, no lo voy a negar, pero pocas veces me verán a mí con unos patines puestos por voluntad propia.

—No me va, ya lo sabes.

Él se encoge de hombros y, después de coger la mano de su novia, ambos se alejan de la cristalera para unirse al grupo que ya ha empezado a deslizarse por el hielo. Yo, mientras tanto, decido sentarme en las gradas y observarlos un rato antes de dirigirme hacia la cafetería del polideportivo.

Patinar nunca ha sido mi gran pasión. Al principio, me daba incluso miedo. Hasta que apareció él y, a base de recordarme una promesa que le había hecho, me quitó el temor. Respiro hondo y trato de no entrar en ese bucle otra vez. Necesito un descanso mental de Kenan y recargar energía antes de que vuelva a tenerlo de frente. O volveré a no saber cómo reaccionar y no estoy dispuesta, para nada, a darle ese



gusto.

Capítulo 8
Nivi

Si algo puedo decir de Becca, es que, aunque de adolescente era tímida y callada, de adulta es todo lo contrario. Charlatana, risueña e insistente. No ceja en su empeño de que me calce unos patines y demos un par de vueltas a la pista; todos los sábados que venimos aquí es lo mismo, pero, al igual que ella no se da por vencida, tampoco yo me canso de negarme. Ya hasta nos lo tomamos como una broma.

—Si el único lugar seguro en un apocalipsis *zombie* fuera una pista de hielo, ¿te meterías?

—Creo que valdría más la pena el mordisco —contesto con la misma sonrisa divertida que ella—, así tampoco tendría ese estrés por sobrevivir.

Terminamos riéndonos por esta conversación tan absurda. Sin embargo, mi sonrisa se congela como ese hielo que tanto me niego a pisar y desaparece de la misma forma que la persona que entra en mi campo de visión hizo hace años. Uf, ¿demasiado duro? Bueno, duro fue superar su marcha. Así que estamos en paz.

Becca se da cuenta enseguida de mi cambio de humor y no se corta en girar la cabeza para mirar hacia donde yo lo hago. No es muy difícil adivinar el motivo de mi semblante serio. Él no nos ha visto todavía, aquí apoyadas en una de las cristaleras abiertas de la pista mientras miramos a los patinadores dando vueltas.

—Así que esa es la niña —comenta Becca no demasiado alto.

Sigo el brazo de Kenan y veo que trae a Lucy cogida de la mano. No me había dado cuenta de que estaba con él.

—Sí —contesto en el mismo tono—, se llama Lucy.

—Qué mona —comenta Becca con una pequeña sonrisa—. Lo cierto es que un poco sí que se parece a él. ¿Te dijo que era de su hermana? —Asiento con la cabeza—. Ni siquiera sabía que tuviera una.

—Y eso que tú le conoces desde hace más tiempo que yo —murmuro y aparto la mirada de un Kenan apoyado en la barra de la cafetería pidiendo algo para él y Lucy.

—Sí, pero no le conozco *tanto* como tú.

Miro a mi amiga y la fulmino con la mirada, aunque no parece afectarle.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Era una broma.

Le saco la lengua e intento que mi cabeza no desbloquee

demasiados recuerdos con el comentario de Becca. Tampoco tengo tiempo para dejarlos fluir porque, por la espalda de mi amiga, veo al centro de nuestra conversación acercándose a nosotras. Ahora sí que nos ha visto.

«Prepárate, Nivi».

—Hola —me llega su voz alta y clara con una sonrisa dibujada que no me hace falta ver para intuir—. Por fin os veo juntas.

—Hola, Ken.

Becca se acerca para abrazarlo. Yo no me veo capaz de romper esa barrera. Al menos, no todavía. Así que me quedo donde estoy, junto a la barandilla de la pista y le saludo con un cabeceo y un amago de sonrisa.

—Bec, esta es Lucy, mi sobrina, ya te he hablado de ella.

—Hola, Lucy, es un placer conocerte. —A Becca siempre se le han dado bien los niños, por eso no le cuesta congeniar con Lucy. Además, es una niña muy sociable y amigable, así que solo lo facilita—. Yo soy Becca, una antigua amiga de tu tío.

—¿Como Nivi? —pregunta la pequeña mirándome a mí.

Kenan y yo intercambiamos una mirada que me pone los pelos de punta y tengo que agradecer estar en un lugar frío para que el jersey me cubra los brazos. Decido ser quien rompa el silencio y conteste, devolviendo el color al ambiente.

—Sí, éramos todos parte del mismo grupo de amigos.

—¿Ves? —le dice a su tío—. Yo también quiero un grupo de amigos.

—Pero si el primer día ya me hablaste de tres niños con los que te llevabas bien. Entre ellos, ¿Ethan? —duda Kenan mirándome y yo asiento con la cabeza. También me he dado cuenta de que estos días han salido juntos en la fila del colegio.

—Sí —intervengo—, de hecho, él y Jacob deben de estar en alguna parte por la pista de hielo. ¿Quieres que los llamemos?

—Pero yo no sé patinar.

Entonces la que habla es Becca con tono tranquilizador.

—De eso ya me encargo yo. —Le tiende la mano—. Primero vamos a buscar unos patines de tu talla, ¿vale?

Lucy intercambia una mirada con Kenan y él asiente con la cabeza sonriéndole para darle confianza. Después, ambas desaparecen por el pasillo que lleva hasta el mostrador de los patines. Kenan y yo nos quedamos solos, pero, por una vez, soy más rápida y saco el móvil para llamar a Alek y que acerque a los gemelos a la barrera. Estoy segura de que Lucy se sentirá más cómoda en la pista si tiene un amigo cerca.

Después de colgar con Alek y que este me dijera que vendrán después de una vuelta más, ya no puedo evitarlo. Todavía quedan

varios pasos de distancia entre nosotros, mucho más que la separación entre asientos de un coche, así que agradezco tener espacio para pensar.

—Veo que sigues bastante reacia a meterte en el hielo.

—De vez en cuando sí lo hago —replico sin llegar a mirarlo.

—Sí, cuando Becca te obliga, ¿no?

La burla en su voz y el comentario en sí me obligan a apretar los labios para contener la sonrisa. Sí, es cierto, las pocas veces que patino es porque Becca insiste mucho y termino por claudicar con tal de que me deje en paz. El hecho de que lo haya dado por sentado y que haya recordado mi reticencia a ponerme los patines tiene un efecto que no quiero que tenga. Uno apaciguador, calmante y de alivio. No quiero que vuelva a tener ese poder.

Por suerte —para mí—, Becca y Lucy llegan en ese momento. La pequeña le enseña a Kenan los patines que Becca le ha dado con tanto entusiasmo que hasta yo sonrío. Lucy se sienta en la primera fila de las gradas y Kenan se arrodilla delante de ella para ayudarla a ponérselos. Es entonces cuando los gemelos llegan acompañados de los mayores.

—¡Lucy! —grita Ethan emocionado cuando la ve. Se coloca junto a la entrada de la pista con Jacob justo detrás sin decir nada—. ¿Vas a meterte? ¿Sabes patinar?

—No, pero Becca me va a enseñar.

—Seguro que te caes —entra Jacob.

—Jacob… —empiezo a decir, aunque tiene razón. Fue la primera lección que Becca me dio al entrar al hielo por primera vez.

—¿Qué? Todos nos caemos. Es mejor que lo sepa. —Se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos de su pantalón antes de dar un par de vueltas sobre sí mismo. Es un mini Alek, me encanta.

—En cierto modo, tiene razón. —Ivana a menudo hace de mediadora entre los gemelos y Alek, porque, aunque el mayor tenga diecisiete años, a veces se rebaja a los siete de los gemelos—. Todos nos caemos las primeras veces, pero solo duelen un poco las rodillas o las manos. —Ivana se vuelve hacia Lucy y le sonríe para tranquilizarla—. Así que no te preocupes, caernos es parte del aprendizaje.

Me giro hacia Lucy y Kenan, que ya ha terminado de colocarle los patines y atarle los cordones, y me los encuentro a uno con las cejas enarcadas con expresión sorprendida y a la otra medio escondida detrás del pantalón de su tío.

—Eh, Lucy, ¿has visto? —Kenan intenta poner a la niña delante de él, pero ella no se mueve, como si le diera vergüenza—. Es Ivana Brown. Mi sobrina es tu fan número uno.

Vaya, así que se trataba de eso. Ivana sonríe también un poco azorada por la situación. A pesar de llevar un par de años compitiendo

a nivel internacional, no se acostumbra a que haya gente que la reconozca, es adorable. A pesar de lo embarazoso del momento, enseguida se recompone y se acerca a la puerta de la pista, se coloca las fundas en sus patines y sale al encuentro de la niña.

—Encantada de conocerte, Lucy.

La pequeña parece menos asustada y sale de su escondite para aceptar la mano que Ivana le tiende.

—¿Quieres patinar conmigo un rato?

Lucy se emociona al instante y asiente con la cabeza tan deprisa que cualquiera pensaría que está a punto de caérsele. Ivana la lleva hasta la entrada y le enseña a quitarse las fundas antes de pisar el hielo.

—¿Me estás diciendo que tengo que cuidar yo de estos dos? —habla Alek por primera vez. Se había quedado tan apartado, con un codo apoyado en la barandilla, que ni me había percatado de que estaba aquí—. ¿Por qué siempre me tocan los enanos?

—Porque para ellos eres como su hermano mayor —le respondo, aunque sé que era una pregunta retórica—. Hasta Jacob te imita por pura admiración.

—¡No le imito! —replica el aludido.

—Claro que no, cielo.

Alek me mira y luego mira a Jacob, como si quisiera analizar si de verdad le copia ciertas actitudes. No sé a qué conclusión llega, pero suspira y hace el amago de separarse de la valla y seguir a Ivana y Lucy.

—Al final voy a cobrar por hacer de niñero.

—A ver si te voy a cobrar yo a ti por la comida, el agua, la luz y todo lo que gastas en casa, listillo.

—Cualquiera diría que estás deseando que me vaya a la universidad.

Sé que lo dice de broma, pero me da un miedo terrible el día en que tenga que despedirme de él en el aeropuerto porque se marche a otro estado a miles de kilómetros de aquí. De mí. Alek lleva toda su vida conmigo y yo llevo años aferrándome a él como a un salvavidas, pero eso no puede afectar a su destino, el camino que él ha elegido y lo que desea hacer con su vida.

Entro en un pequeño remolino de nostalgia y, sin pretenderlo, me echo hacia delante y le agarro del brazo para atraerlo hacia mí. Él me mira entre divertido por la conversación y preocupado por mi arrebato.

—No sabes cuánto te echaré de menos —le suelto sin más, sin tan siquiera pensarlo.

Alek se da cuenta de que me he puesto sensible con la idea de que se marche, lo veo en la forma en que me mira, e intenta suavizar la

situación.

—Siempre puedo coger un vuelo cada vez que necesites que cuide de los gemelos, no te preocupes.

Una sonrisa se me dibuja en la cara y siento que el corazón me vuelve a latir. No sé si esa capacidad para hacerme sentir bien sin proponérselo la heredó de su madre o de su padre, porque ambos tenían ese efecto en mí, pero le agradezco que siga haciendo uso de ella.

Lo veo alejarse seguido de los gemelos y unirse a Ivana y Lucy en la esquina en la que la patinadora intenta enseñarle las bases del equilibrio sobre el hielo a la pequeña. Me vuelvo hacia los que quedamos junto a las gradas y entonces recuerdo que Kenan está aquí. Intento serenarme y adoptar una postura y una expresión más neutras, aunque sé que ambos se han dado cuenta de mi momento sensiblero.

Miro a Becca y me topo con una mirada que dice más de lo que me gustaría. Por un lado, sí, entiende que me vaya a costar desprenderme de Alek, igual que me costó en su momento de Nora y como me costará cuando llegue el día en que también los gemelos se hagan mayores. Sin embargo, por otro lado, ahí está la pregunta que tanto temía que me hiciera y la que yo misma me he hecho estos días. La misma para la que no tengo respuesta.

¿Cuándo voy a hablarle a Kenan de Alek?

Capítulo 9
Nivi

La piedad es una virtud y la procrastinación, un pecado, lo tengo claro. Becca goza de lo primero, porque cuando ha visto que empezaba a ahogarme en mis propios pensamientos, ha propuesto ir a la cafetería del polideportivo para refrescarnos. Al principio me ha parecido buena idea, hasta que he caído en la cuenta de que Kenan también venía. Supongo que una cosa es ser piadosa y otra obrar un milagro.

De la segunda —la procrastinación— ya me encargo yo. Porque si algo se me ha dado bien siempre es dejar las cosas para el último momento, retrasarlo todo hasta el punto de no quedarme otra que hacerlo bajo presión, con estrés y al borde del colapso. Incluso surgiendo ocasiones perfectas para hacerlo, mi cerebro o mi hormona del miedo terminan por impedírmelo. Como en este caso.

Mientras caminamos por el pasillo de camino a la, Becca se encuentra a otro de sus patinadores y nos dice que nos adelantemos. No sé si percibe la forma en que la fulmino con la mirada, pero no parece afectarle. Kenan y yo seguimos andando y llegamos a la barra, donde ambos pedimos un refresco de cola. Mientras esperamos, el silencio nos envuelve y, de nuevo, es él quien lo rompe. Aunque hubiera preferido que lo hiciera con cualquier otro tema.

—Ese chico, Alek. —Se me cierra la garganta, el estómago y hasta los pulmones cuando le nombra, al tiempo que noto la espalda tan tensa que duele—. Es otro de tus protegidos, supongo.

No le miro, no me atrevo. Siempre he pensado que él era un cobarde por marcharse y dejarnos como lo hizo, pero lo cierto es que yo, ahora mismo, no soy mejor que él. También me estoy portando como una cobarde que no se atreve a contarle la verdad sobre quién es Alek.

—Sí, algo así —termino por contestar con un hilo de voz.

—¿Es el más mayor? —Asiento con la cabeza y doy un trago largo a mi refresco—. Debe de ser difícil despedirse de ellos. No sé si lo has tenido que hacer alguna vez…

—Sí, hace unos ocho años —le interrumpo—. Había otra chica, Nora, fue la primera que acogí. Tenía quince años y sus padres acababan de morir en un accidente.

—Joder… Por desgracia, todos los que acabamos en el programa de acogida solemos tener ese tipo de historias.

Un recuerdo me asalta de repente y no sé por qué, pero decido

compartirlo con él.

—Cuando fui a recogerla, Bill… No sé si te acuerdas de Bill, fue quien me trajo a mí a Kenai. —Kenan asiente con la cabeza, aunque no estoy segura de que sepa de quién hablo—. Me dijo que le recordaba mucho a mí antes de venir aquí. Que parecía perdida y apática a todo lo que le dijeran. Él… pensó que yo podría ayudarla, porque sabía lo que se sentía en esa situación.

Kenan no dice nada, pero creo que está de acuerdo. Al final, cuando alguien nos cuenta algo duro por lo que ha pasado, solo podemos imaginarnos su dolor, sus pensamientos o su experiencia en general. A menos que hayamos pasado por eso mismo, no podemos entenderlo del todo. Quizás por eso Nora y yo nos llevamos tan bien desde el principio.

—¿Qué te llevó a querer ser madre de acogida? —La pregunta de Kenan me trae de vuelta a nuestra conversación. Pestañeo varias veces y entonces contesto.

—Varios motivos, en realidad. El primero, claro, ayudar a esos chicos a encontrar un hogar y una familia, aunque crean que ya nunca la tendrán. —No dice nada, pero sus ojos dejan claro que entiende por qué quería aportarles eso a estos chicos: porque yo también pensé que estaría sola para siempre y en Kenai descubrí que no era así—. Y el segundo…

Él sabe de qué se trata, aunque todavía no se haya dado cuenta. Al menos, eso creo, si no lo ha olvidado. Probablemente sea uno de mis mayores traumas, miedos o como se le quiera llamar y que le confesé a él y a otras pocas personas más en las que confiaba, de las cuales ahora mismo solo puedo contar con una. Y no es él.

—Digamos que el segundo motivo es un poco egoísta —termino por responder con la mirada clavada en mi vaso.

—Eso es imposible. —Levanto la cabeza sin comprender. Él me observa con una sonrisa ladeada y una mirada entornada que, una vez más, me eriza la piel—. Eres la persona menos egoísta que he conocido nunca.

Me quedo muda, sin habla, porque hacía años que no me miraba así. Probablemente desde aquellas noches en las que ambos nos escabullíamos a la cocina para tomarnos una taza de leche con miel como excusa para pasar un rato juntos. Mierda, otro recuerdo reavivado.

—Ya estoy, chicos, perdonad.

La llegada de Becca me hace parpadear varias veces y cambiar de postura. Hasta carraspeo para que no se note que me había quedado sin voz por culpa de un fantasma que no deja de aparecer en mi cabeza.

Becca pide un refresco también y nos desplazamos a una mesa. Por

suerte, es mi amiga quien toma la palabra y entabla una conversación con Kenan en la que ambos preguntan y responden sin necesidad de que yo intervenga. Mejor, eso me ayudará a recomponerme. Me limito a prestar atención y escucharlos, especialmente cuando Kenan empieza a contarnos qué ha sido de su vida.

—Al principio tenía miedo —nos narra con sinceridad—. Me había ganado a pulso estar solo, no me merecía volver después de cómo me marché. —No me pasa por alto su mirada arrepentida, aunque intento no cambiar el semblante ni para animarlo ni desalentarlo más. No quiero que me afecte—. No sabía adónde ir o qué hacer, así que volví a la ciudad donde crecí antes de Kenai.

»Entre trenes y autobuses, ganando dinero con recados y trabajos no demasiado complicados, volví a Davenport, en Iowa, donde nací. Acabé alquilando una habitación en un edificio de mala muerte por poco dinero para tener al menos un techo bajo el que dormir. Después, decidí buscar un trabajo más estable que pasear perros o ayudar a personas mayores a cargar con la compra y entré en una empresa de cáterin como camarero. Pasé un par de años ahí hasta que creí que era hora de ascender y, con lo que pude ahorrar, estudié varios cursos de organización de eventos. Y ahora me dedico a eso.

De todos los trabajos que podría asociarle, jamás habría pensado que escogería y le gustaría ese, pero así es la vida, siempre sorprendiéndonos.

—Conocí a mucha gente y entablé amistad con varios de ellos, pero… no era lo mismo que cuando estaba aquí. Podía llevarme muy bien con compañeros del trabajo, vecinos y demás, pero no se parecía en nada a lo que viví aquí. No tenía… una familia.

Esta vez sí que me mira de esa forma que tienen algunas personas cuando quieren transmitir sus sentimientos sin darles voz, solo con el trasfondo de sus ojos. Y sé por qué lo hace, sé que intenta hacerme entender que nos echaba de menos, a todos, pero en especial a mí.

Lo comprendo, yo también lo añoré cada día y habría ido a buscarlo si hubiera sabido dónde estaba, porque hasta bastante tiempo después, tonta de mí, no dejé de quererlo y desear que volviera. No lo hizo. No dio marcha atrás y siguió con su vida. Y sí, claro que me interesa saber qué ha sido de él, pero más me interesa una explicación.

¿Por qué se fue? ¿Por qué no volvió a hablar conmigo? ¿Por qué no regresó, llamó o escribió en todo ese tiempo?

¿Por qué?

Son demasiadas preguntas y demasiadas noches las que me atormentaron. No puedo y no quiero volver a pasar por aquello. Quedarme sola. Fue difícil salir, casi no lo logro, pero lo hice y odiaría tener que pasar de nuevo por ello. Más aún sin estar segura de poder

de superarlo.

—Quise regresar. Varias veces —continúa como si tratara de convencerme—. No lo hice porque tenía miedo de que me odiaras por lo que hice.

Ni siquiera se molesta en utilizar el plural. Sabe que Becca no está enfadada con él; tampoco yo sé si alguna vez lo estuvo. Lo único que le importa es que yo no le odie y la verdad es que no estoy segura de haberlo hecho alguna vez. He tenido muchos sentimientos negativos hacia él, desde luego, pero no odio.

Decepción, nostalgia, tristeza, enfado… Y, aun así, nunca he cruzado esa línea. Nunca ha pasado por mi cabeza la frase «Le odio». Porque nunca lo he sentido. No habría sido real decirla o pensarla porque no era un sentimiento que naciera de mí. Siempre he oído que del amor al odio hay un paso y viceversa, pero no creo que sea del todo cierto. Hay muchos sentimientos entre medias, tanto buenos como malos, solo hay que saber distinguirlos.

—¿Y Lucy? —Menos mal que está Becca para destensar la atmósfera y encarrilar la conversación.

Kenan parece avergonzado cuando la mira, creo que se había olvidado de que había alguien más aquí que nosotros dos. Sonríe con nerviosismo y coge su vaso con ambas manos, aunque no llega a beber.

—Cuando empecé a echar de menos una familia, me pregunté qué habría sido de la que tuve antes de Kenai. De mis padres no iba a saber nada; mi padre murió y mi madre fue a prisión, no tenía de dónde tirar. Así que pensé en Caryn, mi hermana. Ella era casi mayor de edad cuando nos metieron en el programa de acogida, así que pudo optar a la emancipación, pero no a hacerse cargo de mí. Ahí fue cuando nos separamos y no volví a saber de ella.

»Decidí buscarla, aunque no tenía ni idea de si seguía en Davenport o en Iowa siquiera, pero para eso viene bien internet y las redes sociales —comenta con una sonrisilla—. Hablamos unas cuantas veces por ahí y después por teléfono. Nos pusimos al día y… por primera vez desde que salí de Kenai, sentí que podía confiar en alguien.

No se lo pregunto, algo me dice que ya sé la respuesta. Lo más seguro es que también nos buscara a nosotras en redes sociales. Yo no soy mucho de contar mi vida en internet o subir fotos a diario o publicar dónde estoy, pero de vez en cuando las uso. Becca es más activa que yo, así que es posible que también le desvelara alguna que otra cosa.

Hace rato que no le miro, porque escucharlo es suficiente para acelerar mis latidos cada vez que habla de confianza, sentirse solo o echar de menos una familia. Conozco muy bien esos sentimientos. Yo confiaba en él y cuando se marchó, sentí que no volvería a conectar

con nadie de esa forma; sé lo que es sentirse sola porque, antes de venir a Kenai, era como me sentía todo el tiempo. Y a mí no puede hablarme de añorar una familia cuando, desde hace años, siento que a la mía cada vez le faltan miembros. Y no puedo evitar culparme por su ausencia.

Capítulo 10
Kenan

Sabía que en algún momento iba a tener que contarles a Nivi y Becca sobre Caryn y Lucy, cómo la pequeña llegó a estar a mi cargo y todo lo que he vivido desde la última vez que me vieron. Han sido muchos años y en un par de horas no puedo resumirlo todo y hablarles de las cosas más importantes, pero sí puedo dosificarlo y explayarme más la próxima vez que estemos juntos.

La parte más difícil siempre es la que lleva más tiempo, la que escuece y la que tenemos más clavada.

—Las navidades del año siguiente Caryn me invitó a visitarlas en Iowa City, donde vivían. Me había hablado de Lucy y enseñado muchas fotos; hasta había llegado a hablar con ella por teléfono y ver a ambas por videollamada. Aun así, estaba nervioso. Fueron dos semanas geniales. Fue hace cuatro años, Lucy apenas tenía tres y era para comérsela. Desde el principio me llamó tío Ken como si me conociera desde siempre.

No me pasa desapercibido cómo Nivi agacha la cabeza y aparta la mirada de mí. Supongo que, si no me hubiera marchado, puede que alguno de esos críos de los que se hace cargo también me hubiera llamado así. Puede que incluso…

—Es encantadora. —Becca interrumpe el hilo de mis pensamientos—. Y es evidente que te adora.

Sonrío todavía más. Es una niña maravillosa y yo también la adoro. Ha demostrado ser increíblemente fuerte a pesar de su edad y ser capaz de adaptarse a unos cambios tan grandes y bruscos como los que hemos vivido.

—Es fantástica —concuerdo—. Desde que llegamos, solo ha tenido palabras bonitas y alegres. Le ha encantado el pueblo y se ha adaptado de maravilla. Ha sido un gran alivio.

—¿Y Caryn? —pregunta esta vez Nivi.

Cuando la miro, no sé si se da cuenta de que hay algo oscuro detrás de mi mirada, pero su expresión se suaviza y creo que incluso vislumbro pena. No, eso no. Nunca me ha gustado ese sentimiento, es horrible. Sé que forma parte de la empatía y que quiere decir que la otra persona entiende tus emociones, pero no hay nada peor que sentir que das lástima a alguien que te importa.

Esta vez soy yo quien deja de mirarla antes de continuar porque, si el odio es el último sentimiento que quiero ver en sus ojos castaños, la pena es el penúltimo.

—Después de unos meses lejos de ellas, pedí un traslado en el trabajo y pude mudarme a un apartamento en Iowa City. Durante un par de años volví a ser feliz. Ayudaba a mi hermana con todo lo relacionado con Lucy y cenábamos juntos casi todos los días; llegué a tener un cuarto en su apartamento para las noches en que era demasiado tarde para volver al mío. Caryn tuvo a Lucy sola, su padre las abandonó, así que se hizo cargo de todo por su cuenta.

De nuevo, Nivi agacha la cabeza. Intuyo que aprieta los dientes, a juzgar por la tensión de su mandíbula, pero no logro adivinar por qué. Supongo que debe de darle rabia que una persona —sea hombre o mujer—, por muy autosuficiente que sea, deba hacer malabares para dar de comer a un niño estando el mundo como está. Ella debe de haber pasado por lo mismo en algún momento al ser madre de acogida soltera.

Un momento. ¿Soltera? La pregunta cruza mi mente como un relámpago. Eso no lo sé, no tengo ni idea de si está con alguien, pero supongo que no tiene tanta importancia, así que será mejor que me centre.

—Aun así, ella era feliz. Las dos lo eran y me lo contagiaron a mí. Como os digo, los dos años siguientes que estuve viviendo en Iowa City fueron geniales. Casi volvía a sentirme que formaba parte de algo especial, de una familia.

Nivi se revuelve en su asiento y tengo ganas de preguntarle si está bien o si prefiere que deje de hablar por si le duele a ella también, pero no lo hago y continúo con el relato porque, si paro, nada me asegura poder retomarlo en otro momento. Respiro hondo antes de proseguir.

—Fue a finales de noviembre cuando todo empezó a ir cuesta abajo. Caryn llevaba varios días con un resfriado de los grandes, mucha tos, fiebre y tiritona. Al final, a regañadientes, accedió a que la llevara al hospital. La dejaron ingresada por indicios de pulmonía y la trataron con medicamentos, vigilando sus análisis y haciéndole escáneres con frecuencia. Todo iba bien hasta que, sin estar recuperada del todo, le dieron el alta. El motivo que nos dieron fue que había escasez de camas y que la necesitaban para pacientes más urgentes. Sin embargo, tanto ella como yo sabíamos que se debía a que no podíamos permitirnos los tratamientos que le habían estado aplicando durante semanas.

»En casa intenté… cuidar de ella y comprar los medicamentos que había tomado en el hospital. Al menos, los que podía pagar. —Me paso una mano por la nuca intentando serenarme; cuesta contar ciertas cosas—. Lucy me preguntaba por qué su madre no iba a trabajar o por qué ya no jugaba con ella, y yo solo podía decirle que estaba descansando, que pronto se pondría bien y que jugaría con ella

hasta que se quedaran dormidas, pero…

Aprieto los labios y cierro los ojos unos segundos, porque acordarme de aquello duele demasiado. Todavía está muy reciente, fue hace apenas unos meses, y es difícil saber si esas heridas terminarán de cerrarse alguna vez. Aunque lo más seguro es que no lo hagan nunca y que jamás dejen de doler.

El roce suave de una mano acaricia la mía y, cuando la miro, veo que viene de la persona sentada frente a mí. Nivi. Levanto la cabeza y me doy cuenta de que no era lástima lo que proyectaban sus ojos, sino comprensión. No puede hacer nada para que el dolor desaparezca, por mucho que entienda por lo que hemos pasado Lucy y yo, pero sí puede tratar de paliarlo. Ella lo sabe y lo está intentando. Y yo no me contengo para apoyar mi otra mano en la suya y buscar su calor, su contacto, esa forma que siempre tuvo de reconfortarme y hacer que a su lado me sintiera seguro.

—Lo lamento mucho —susurra sin soltarme y sin dejar de mirarme.

No sé por qué ni si es como tenía que suceder, pero noto un acercamiento. Siento que estoy un poco más cerca de ella.

—Cuando Caryn murió… —Es la primera vez que lo digo en voz alta y, por una parte, siento que me he sacado un clavo del pecho, pero, por otro, también noto el escozor de la herida—, tuve que tramitar mucho papeleo para quedarme con Lucy. No tenía a nadie más y era yo o que la metieran en el programa de acogida. Y los tres sabemos que eso es una lotería; puede tocarte una casa fantástica o una terrible. Además de que es *mi* sobrina. No iba a permitir que la metieran ahí.

—Hiciste lo lógico y lo que habríamos hecho todos.

Intento sonreír en dirección a Becca, agradecido por su comprensión. Me cuesta hablar de esto y no echarme a llorar o cabrearme por la mierda de sistema sanitario de este país.

—Voy a por algo de beber, ¿vale? —dice Becca mientras se levanta y se acerca a la barra.

Nivi y yo nos quedamos en silencio, todavía con las manos unidas. Ninguno de los dos se mueve, como si el tiempo se hubiera congelado. Sé que Becca se ha ido para dejarnos intimidad. No es que lo haya hecho adrede, pero, desde que he empezado a hablar, he sentido que a quien realmente quería contarle todo esto era a ella, a Nivi, para que me entendiera y comprendiera por qué he vuelto.

—Nivi, yo…

—No —me interrumpe en un susurro al que sigue un suspiro—, ahora no, ¿vale? No es el momento de hablar de ti y de mí. —Siempre fue más lista que yo, sabe lo que estaba a punto de decir—. Es mejor no abrir tantos frentes a la vez. Otro día… —Traga saliva y entonces sé cuánto le está costando decirme esto, porque ella también quiere

que hablemos de nosotros, pero es mejor ir poco a poco y no forzarlo—. Otro día hablamos de todo lo demás. Todavía te debo un café, ¿no?

La forma en que su comisura se crispa en el lado derecho de su boca tiene dos efectos en mí. El primero es contagiarme el gesto y destensar mis hombros; con Nivi siempre fue fácil sentirse cómodo, y eso no ha cambiado con los años y la distancia. El segundo es, sin duda, el que más me sorprende y el que más me asusta, porque, al volver, no tenía intención de revivir ningún otro sentimiento más allá de la amistad con quienes habían sido mi familia. Y, sin embargo, me encuentro con que la voz de Nivi vuelve a provocarme ese pellizco en el pecho que lo empezó todo y no sé si es bueno o malo.

Tampoco tengo tiempo de pensarlo. Becca regresa no con uno, sino tres refrescos, uno para cada uno, y los deja sobre la mesa frente a nosotros. Nivi recupera sus manos y las coloca alrededor de su vaso, no sin que yo me dé cuenta del temblor de sus dedos antes de aferrarse al cristal. Me pregunto… Me pregunto si, después de todo lo que hemos vivido, todavía puede quedar algo.

La miro y la noto taciturna, pensativa. No me mira, tiene los ojos clavados en su vaso, pero cualquiera que la mire ahora vería que su mente en realidad no está aquí, con nosotros. Quizás se encuentra en otro lugar, en otro momento, con otras personas.

Junio de 2006

Soldotna, Alaska

Hacía varios días que no dormía. No por cansancio, sino por el cúmulo de sentimientos que se arremolinaban en su estómago y su mente. Preocupación, tristeza, incomprensión, dolor, desesperación… Todas esas emociones apretaban su pecho desde el incidente y las explicaciones de después.

Nivi ya había notado cambios en la actitud y comportamiento de Kate. Tan pronto estaba contenta como parecía desubicada o enfadada, sufría mareos con frecuencia y ganas de vomitar cada vez más a menudo, perdía el equilibrio si se encontraba mucho tiempo de pie y cada vez eran más las ocasiones en las que le costaba articular palabra. En todas esas, Kate le aseguró a Nivi que se encontraba bien y solo se trataba del estrés del trabajo.

Sin embargo, lo que hizo que Nivi tomara la decisión de llevar a su amiga al hospital fue lo que ocurrió en la agencia que ambas gestionaban durante una acalorada discusión de Kate con un proveedor. El dolor de cabeza se intensificó y, aunque Kate quiso sentarse para serenarse, no llegó a tiempo a la butaca y las convulsiones hicieron que cayera al suelo unos segundos antes de que perdiera el conocimiento.

Nivi escuchó el alboroto desde su despacho y, cuando salió, se le paró el corazón. Enseguida llamó a una ambulancia mientras intentaba controlar los espasmos de su amiga. Por suerte, los médicos llegaron rápido y llevaron a ambas al hospital. Allí, Kate fue sometida a varios análisis, pruebas y escáneres cerebrales que confirmaron las peores sospechas de Nivi.

Un tumor. Un tumor cerebral.

El resto de palabras que pronunciaron los médicos no fueron escuchadas por Nivi, quien se dejó caer en el sillón que había junto a la cama en la que Kate estaba tumbada con aspecto cansado y los ojos entrecerrados. Le habían puesto varias vías y parecía que poco a poco iba recuperando el color, pero su semblante se veía serio y pensativo.

Cuando los médicos las dejaron a solas, un silencio pesado y denso se instauró entre ellas. Cada una perdida en sus propios pensamientos. Mientras Nivi trataba de vislumbrar una forma de salir de aquella pesadilla, Kate pensaba en Alek y en lo que aquello significaba para el pequeño.

—Kate… —La voz de Nivi, acongojada, a su lado la hizo girar la cabeza hacia su izquierda. Nivi se dio cuenta de que los ojos de su amiga estaban apagados y que apenas quedaba nada de la chica risueña y alegre

que siempre había conocido—. Todavía podemos hacer algo —intentó darle esperanzas—. Seguramente sea un tormento, pero la quimioterapia…

—No funciona —la interrumpió con tono agotado.

—No lo sabremos hasta que lo intentemos.

—Lo he intentado, Nivi. —Kate miró a su amiga y se dio cuenta de que ya no podía retrasarlo más; era el momento de contarle la verdad—. Llevo meses intentándolo y no funciona. Está muy avanzado y las sesiones apenas me calman. La quimioterapia no es una opción. —Kate suspiró no por desesperanza, sino por agotamiento. Hacía días que notaba el cansancio de su cuerpo más acentuado de lo usual—. ¿Te acuerdas de septiembre? ¿Cuando me perdí y me llevaron al hospital? —Nivi asintió con la cabeza—. Me lo dijeron ese día.

—Espera… —Nivi se sentó en el borde de la cama que ocupaba Kate—. ¿Sabes lo del… el tumor desde entonces? ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—Porque no quería que me vierais como una enferma.

—Kate… Es que estás enferma —dijo con todo el tacto que pudo—. Lo siento si suena mal, duro o como una mierda. Deberías habérnoslo dicho, podríamos haberte ayudado.

—Llevo meses yendo a las sesiones de quimioterapia para curarme, Nivi, no es como si me hubiera resignado a morir. Simplemente… quería ahorraros la angustia.

Nivi no contestó. Entendía los motivos de su amiga, aunque creyera que debió actuar de otra forma. Deslizó la mano por encima de la sábana hasta encontrar la de Kate y entrelazó sus dedos. Sabía que no podía, pero quería creer que sería capaz de transmitirle fuerza y ganas de salir de aquello.

—¿Y dices que no funciona? —le preguntó clavando la mirada en sus manos unidas. Ahora era más que evidente el cambio de tono en la piel de Kate al contraste con la suya.

—Al principio, sí lo hizo. Me sentía bien y mi ánimo mejoró mucho, pero poco a poco fui perdiendo fuelle. Me notaba más débil y más dolores de cabeza a medida que pasaba el tiempo. Se lo comenté a mi médico y me dijo que, por desgracia, el tratamiento no estaba teniendo los resultados deseados. Ya sabes cómo hablan los médicos, así, tan correctos. —Kate intentó que su comentario sonara natural, como siempre había sido ella, y consiguió que Nivi dibujara una pequeña sonrisa; con eso le bastaba—. Hace un par de meses me dio otra posible solución, pero…

Kate agachó la cabeza y se mordió el labio inferior. Tenía miedo incluso de decirlo en voz alta, pero sobre todo sentía pavor por las probabilidades de que saliera mal.

—¿Cuál? —insistió Nivi.

—Una operación.

—¿En… la cabeza?

Kate asintió y entendió que Nivi se mostrara conmocionada, también a ella le afectó la explicación de la doctora en su momento.

—Es una cirugía de cerebro —le contó—. Por lo que me dijeron, tiene muchas probabilidades de éxito, pero también existe un porcentaje elevado de fatalidad.

Esa última palabra congeló el corazón de Nivi. No quería imaginarse ese supuesto, aunque tenía claro que era un tema a tener en cuenta a la hora de tomar una decisión. Kate le expuso todo lo que sabía de la operación, tanto lo que le habían explicado en la consulta como la información que ella misma había recabado de libros en la biblioteca. Era una intervención que duraba bastantes horas y, si bien era arriesgada y complicada, las probabilidades de éxito eran bastante altas.

Nivi escuchó en silencio y con atención todo lo que su amiga le quiso contar y hablaron de todos los pros y contras de aceptar la cirugía. Sería una temporada difícil la que viniera después, ya que el proceso de recuperación y rehabilitación era duro y largo, sin embargo, la elección era de Kate; por mucho que Nivi quisiera gastar todas las opciones existentes, quien debía decidir era Kate. Tragó saliva con fuerza antes de atreverse a pronunciar palabra.

—Haremos lo que tú quieras, ¿vale? —Nivi apretó la mano de su amiga, mostrándole su apoyo en la que fuera su última palabra—. Solo… piénsalo bien, por favor.

Kate no contestó en el momento. A pesar de tener sus opciones desde hacía varios meses, todavía le llevó una semana más tomar esa decisión. La que llevó a Nivi a pasar varias noches sin dormir por la preocupación y la angustia, especialmente durante las horas en que Kate estuvo dentro del quirófano.

Capítulo 11
Nivi

Escuchar a Kenan hablar de su hermana y todo lo que pasaron entre hospitales, medicinas, estrés, noches sin dormir… me ha traído demasiados recuerdos a la cabeza. Recuerdos que, aunque nunca podré suprimir del todo, no quería revivir. Fueron muchas emociones en un periodo de tiempo muy corto y que fueron difíciles de gestionar. Quizás por eso no puedo evitar quedarme pensativa el resto de la tarde.

Como ya se imaginaban tanto Becca como Kenan, no cambio mis botas por unos patines en ningún momento. Ellos se permiten unas cuantas vueltas por la pista. Becca e Ivana aprovechan para practicar algunas piruetas en una esquina apartada del resto de la gente y Kenan da varias vueltas alrededor del islote del DJ de la mano de Lucy.

Se les ve muy compenetrados y, tal como decía Becca, se ve a leguas que esa niña adora a Kenan. Me quedo mirándolos y hasta se me escapa alguna sonrisilla cuando veo a Kenan alzar a Lucy para que ella se ría. Algo me dice que esta pequeña va a ser una nueva Ivana Brown en cuanto se suelte un poco más en la pista.

También veo a Alek con los gemelos. O, más bien, huyendo de ellos. Por mucho que se queje, en realidad le encanta estar con sus hermano postizos. Al principio, solo estábamos él y yo. Luego, llegó Nora y él pudo actuar como hermano pequeño. Ahora es al contrario, tiene dos monstruitos que cuidar, que lo admiran y hasta imitan en muchas cosas. No me lo ha dicho, pero sé que no solo está intentando aprovechar el tiempo que le queda antes de irse a universidad para estar con su novia, también con los que él considera sus hermanos pequeños.

Me va a dar mucha pena y no descarto pasar unos meses difíciles hasta que me acostumbre a no tenerlo en casa, pero sé que no se olvidará de su familia y que vendrá a Alaska cuando sus estudios y economía lo permitan. Porque él es así: cercano, familiar y leal. Se preocupa por los suyos, a veces en exceso, y es innegable cuánto adora este pueblo y las personas que vivimos en él.

Lo sigo con la mirada y su trayectoria hace que se cruce con Kenan. Ethan se entretiene deslizándose con Lucy y enseñándole algún movimiento sencillo mientras Jacob los mira sin moverse del sitio. Alek está junto a Kenan, observando a los tres niños, y no puedo evitar que esa imagen me tense la espalda, me erice la piel y hasta me

provoca un escalofrío. El pack completo.

—Es como mirar una foto del pasado, ¿verdad?

Pego un respingo cuando una voz —la de Becca— me habla desde mi izquierda y me obliga a girarme hacia ella.

—Qué susto me has dado.

—No me digas que no lo has pensado.

Se apoya en la barandilla, desde dentro de la pista, y dirige la mirada hacia el mismo punto donde yo la tenía clavada hace un instante.

—Claro que lo he pensado. Lo pienso cada día, no se puede negar el parecido. Y no, antes de que lo preguntes, no lo sé.

—¿Que pregunte el qué?

—Que cuando voy a decírselo.

—Vale, pues entonces te pregunto otra cosa: ¿A cuál de ellos vas a decírselo primero?

Cierro los ojos y me tapo la cara con ambas manos. No había pensado en eso. Desde que Kenan regresó a Kenai, sabía que en algún momento tendría que tener esa conversación con ambos, pero he estado tan agobiada pensando en cómo se lo diría (sobre todo a Alek) que no me he parado a sopesar cuál de los dos sería el primero en saberlo.

—Si quieres mi opinión —dice Becca con un tono menos burlón—, creo que lo mejor es que hables con los dos a la vez. Así no tienes que decidir quién va primero y tú solo tienes esa conversación una vez.

No es mala idea. Al menos, por esa parte, está solucionado. El problema sigue siendo el cuándo y el cómo. Porque no es fácil sacar ese tema después de tantos años y habiendo asumido que nunca tendría que hacerlo. Kenan se marchó y Alek me tenía a mí, tenía a su familia. Al final, los genes no crean los sentimientos y, aunque Nora, los gemelos o yo no compartamos sangre con él, somos más familia que cualquier otra persona.

—Tengo que encontrar el momento adecuado —termino por decir, pero sé que la espada que pende sobre mi cabeza cada vez está más baja y no puedo retrasarlo.

—Si necesitas que esté contigo…

—No, no, creo que eso lo empeoraría y no quiero que ninguno de los dos acabe pagándolo contigo solo porque lo supieras antes que ellos.

—Bueno, yo estaba aquí, él no.

No hace falta que mire hacia donde señala con la cabeza porque sé que se refiere a Kenan. Él se marchó y decidió cortar todo contacto con nosotros. Lo que ocurre es que tendría que haber sido yo quien tomara la iniciativa, buscarle y contarle la verdad. Sin embargo, aunque el miedo formaba una parte importante de mi reticencia a

hacerlo, también el rencor y el orgullo jugaron un papel esencial. Se fue porque quiso y no ha regresado hasta ahora, no iba a darle el poder de destrozar de nuevo no solo mi corazón, también el de ese niño tan inocente y puro.

Y ahora… ahora que ha vuelto no puedo negarles esa verdad a ninguno de los dos. Aunque pueda costarme perderlos a ambos.

***

Este comienzo de semana, la vuelta a la rutina, me ayuda a encontrar paz y estabilidad. Alek está en el instituto, los gemelos en el colegio y yo puedo centrar mi mente en los negocios y en solucionar posibles problemas que hayan surgido en la agencia durante el fin de semana.

Hace rato que he salido de la agencia de viajes y he venido dando un paseo hasta el local donde gestionamos el alquiler de los apartamentos para asegurarme de que todo esté en orden. Hace buen tiempo para ser febrero. Aunque sigue haciendo frío, al menos, el cielo está despejado. Así que no me importa no tener coche e ir caminando. Me viene bien el aire fresco.

Estoy en el despacho revisando unas facturas y fotocopiando informes mientras los dos empleados que suelen encargarse del local atienden en sus mesas fuera. Termino de guardar los documentos en las carpetas que después meto en mi bolso y salgo. Hoy todo se está dando bien y voy sobrada de tiempo, así que puedo permitirme parar a por un café. Recorro el pasillo donde están los baños y mi despacho y me dirijo a la salida. Sin embargo, me detengo al reconocer una cara junto a las mesas.

—¿Kenan? —se me escapa en tono sorprendido antes incluso de pensar.

Él levanta la vista de la mesa de Ron, uno de mis empleados, y me mira asombrado antes de dibujar una sonrisa.

—Hola —me saluda y se levanta para acercarse a mí—. ¿Qué haces aquí?

Enarco las cejas y le señalo todo el local dando una media vuelta sobre mí misma.

—Esto es mío.

Sus ojos se abren como platos y observa su alrededor como si hubiera aparecido de la nada y no lo hubiera visto al entrar por la puerta.

—Vaya… —dice sorprendido—. Pensaba que te habías quedado con la agencia de Robert. —Él mismo se da cuenta, por mi cara de incomprensión, que en ningún momento hemos hablado de mi trabajo para que él supiera eso—. Bueno, lo asumí el otro día cuando le dijiste a Claire, la maestra de los peques, que venías corriendo desde la

agencia.

—Y así es —le tranquilizo; me hace gracia que se haya puesto tan nervioso de repente—, me quedé la agencia cuando Robert y Marianne se jubilaron y se fueron a recorrer mundo, pero desde entonces ha habido cambios. Ahora también alquilamos apartamentos y organizamos excursiones a la montaña y el lago, no solo viajes.

Kenan asiente con la cabeza como si estuviera intentando asimilar esta nueva información. Las cosas han cambiado desde que se fue, así que habrá mucho que no reconozca, que no recuerde o que no se imagine.

«Como lo de Alek», dice una voz en mi cabeza, recordándome que tengo un asunto pendiente tanto con la persona que tengo delante como con ese adolescente que cuenta los días que le quedan en el pueblo.

—Eres toda una mujer de negocios.

Sonrío al escuchar el término. Siempre se asocian esas palabras a personas con traje, bien vestidas y, en el caso de las mujeres, con tacones de aguja. Y luego estoy yo, que voy a todas partes en vaqueros, con botas y jerséis porque en este pueblo, si me atrevo a ponerme cualquier otro tipo de calzado, lo más probable es que tengan que cortarme los pies por congelación.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —le pregunto para salir del bucle.

—Pues, por lo visto, eres mi casera. Tengo un apartamento alquilado con vosotros. Venía porque desde ayer no sale agua caliente. He intentado trastear un poco con la caldera, pero esas cosas no se me dan demasiado bien. Así que no me ha quedado más remedio que venir a avisaros.

—Yo me encargo, Ron.

El muchacho asiente con la cabeza, sonríe a Kenan y se vuelve hacia su escritorio.

—Iba a salir igualmente, así que puedo ir a echarle un ojo. —Camino hacia la puerta tras hacerle un gesto a Kenan para que me siga—. ¿Te importa que vayamos en tu coche? Todavía no tengo el mío.

—Sí, claro. —Ambos echamos a andar en dirección a su monovolumen—. ¿Entiendes de calderas?

—Llevo una casa yo sola con varios niños que tardan eternidades en ducharse. Suelo ser la última en pasar por el baño, así que tengo que buscarme las mañas para no ducharme con agua helada del lago. Además de que, si quiero llevar bien el negocio, tengo que saber tocar todos los palos.

—Eso dice mucho de ti como jefa.

—¿El qué?

—Que entiendas el trabajo de tus empleados. Un jefe comprensivo

siempre es mejor que uno abusón.

Sonrío sin saber qué decir. Nos subimos a su coche y él arranca el motor antes de internarse en las calles del pueblo. Kenan conduce con fluidez, recordando los rincones y giros de cuando vivía aquí. A pesar de que algunas calles han cambiado de sentido o se han creado otras nuevas, no parece nervioso; se ha adaptado bien al pueblo y este lo ha recibido como a un viejo inquilino.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —me pregunta a mitad de camino.

—Lo normal —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Crees que podríamos tomarnos ese café cuando terminemos con la caldera?

Lo pienso. Lo pienso mucho.

Desde la conversación del otro día en el polideportivo, he notado que no me pongo tan tensa en su presencia, como si hubiéramos vuelto a acercarnos, pero no tengo la certeza de lo que significa o de si me siento segura. Con Kenan siempre me he sentido cómoda, comprendida y escuchada y no puedo negar que esa sensación todavía permanezca en mí porque, de lo contrario, no habría aceptado ir a su apartamento o montarme en su coche. Y tampoco le habría dado la respuesta que termino por darle.

—Claro.

Capítulo 12
Kenan

Aparco frente al edificio donde vivo con Lucy y, aunque imagino que Nivi sabe dónde está la entrada, la guío hasta allí, entramos en el ascensor y subimos hasta la tercera planta. Abro la puerta del piso y le cedo el paso. Ella me sonríe murmurando un gracias y enseguida se dirige a la terracita interior, donde se encuentra la caldera. Deja su bolso y su chaqueta sobre la encimera de la cocina y empieza a trastear. Yo la observo y me impresiona la fluidez con la que se desenvuelve.

Cuando vivíamos juntos, quien se encargaba del mantenimiento de la casa era Robert, aunque Kyle y yo ayudábamos. Las chicas no solían interesarse por esos temas, porque para ello había que salir a la calle y cualquiera tenía ganas de cruzar la puerta en pleno invierno en Alaska. Ahora, en cambio, esta Nivi resuelta e independiente parece incluso disfrutar. Al menos, me da esa sensación cuando la veo sonreír antes de volverse hacia mí.

—Creo que ya está. ¿Puedes abrir el grifo de la cocina?

Asiento con la cabeza y lo hago. El agua sale caliente por fin.

—De maravilla —celebro casi dando palmas—. Muchísimas gracias.

—Para eso estamos los caseros.

Mi sonrisa se ensancha con su broma y ahora no solo el agua está caliente, yo también noto algo más cálido en el pecho al notar la complicidad entre nosotros.

—¿Te importa si me doy una ducha rápida antes de ir a por ese café? Esta mañana no he podido ni lavarme la cara de lo fría que salía.

Nivi me mira con los ojos ligeramente abiertos y creo, a juzgar por cómo después evita mirarme, que se ha puesto nerviosa.

—Sí, claro, te esperaré en el salón.

Enseguida me encierro en el baño. El agua caliente sale casi al instante y debo admitir que es una gozada. En estas zonas del planeta donde el frío se mete hasta los huesos, se agradece estar bajo la alcachofa y que los músculos se destenses. Apenas paso diez minutos entre vapores para no hacer esperar a Nivi, pero la sensación revitalizante es palpable. Salgo del cuarto con una toalla enrollada en la cintura y, antes de que pueda entrar en mi dormitorio, veo a Nivi saliendo de la cocina con la mirada clavada en el móvil; solo levanta la cabeza cuando me siente y entonces me ve.

No he podido borrar de mi memoria ni una sola de las veces que hice que se sonrojara con gestos tan tontos como una sonrisa, un

abrazo o una frase tonta para picarla. No he olvidado nada porque, lo admita en voz alta o no, Nivi siempre ha sido y será especial para mí. Aun así, al reencontrarme con ella, nada me habría hecho pensar que volvería a ver ese rubor en sus mejillas solo por verme.

No, solo por verme no.

No tardo mucho en caer en que no llevo nada más que una toalla que cubre lo justo de lo decente. El asunto ni siquiera mejora —de hecho, empora— cuando ver cómo separa los labios por la sorpresa hace que se me erice la piel. Todavía noto las gotas del pelo mojado cayéndome por la cara y los hombros y creo que ella también se ha dado cuenta. Ha sido un error mirarla, tendría que haberme dirigido a la habitación sin detenerme.

—No tardo, ¿vale? —consigo decir con lo que creo que es un tono normal.

No dice nada, solo vuelve a unir los labios y asiente con la cabeza. No sé cuál de los dos aparta antes la mirada a toda prisa ni quién se marcha del pasillo primero, pero cuando cierro la puerta de mi habitación, siento que puedo respirar de nuevo, a pesar de que todavía tengo el pulso acelerado.

Me tomo un minuto para serenarme y después empiezo a vestirme. Me seco el pelo con la toalla y salgo al salón. Allí me encuentro a Nivi sentada en el borde del sofá con una carpeta abierta sobre las piernas mientras revisa unos papeles. Tiene una mano sobre el pecho, como si quisiera controlar sus latidos, pero su expresión es neutral, lo cual me confunde.

¿También ella ha sentido algo en el pasillo? ¿O solo son imaginaciones mías?

—Listo —la aviso para dejar de pensar.

Ella levanta la cabeza y me mira un segundo antes de guardar los papeles y ponerse de pie. Se coloca su abrigo y su bolso y ambos nos dirigimos hacia la puerta.

De nuevo en el coche, un silencio incómodo se impone. Estaría acostumbrado —porque es lo que más compartimos desde que volví— si no fuera porque este parece distinto. Mientras los anteriores parecían cargados de rencor y dolor, ganas de gritar (por su parte) y de suplicar perdón (por la mía), este contiene otras emociones, otros mensajes. No sé explicarlo, con Nivi nunca he sabido explicar lo que sentía.

Aparco cerca de la cafetería a la que fui a desayunar con Lucy el primer día, la misma donde ella vio a Nivi y nosotros no nos cruzamos de casualidad. Entramos y nos sentamos en una mesa junto al ventanal que da a la calle. Ambos pedimos un café, Nivi una magdalena de yogur y yo una galleta gigante de canela.

Había supuesto que la conversación sería más tensa y que a ambos

nos costaría soltarnos, pero todo fluye con tanta naturalidad que una parte de mí siente que vuelve a tener dieciséis años y está sentado en la cocina mientras se toma una taza de leche con miel con su mejor amiga. Solo espero no ser el único que se siente así.

—No te he preguntado por tu trabajo —toma ella la palabra mientras se calienta las manos alrededor de su taza—. ¿Te han trasladado o te has tomado una temporada libre?

—Pedí el traslado, pero no me lo concedieron. Después, traté de que me concedieran la excedencia y tampoco surgió. Al final, no tuve más remedio que dimitir.

La forma sorprendida en que me mira me hace reír. La Nivi que recordaba no era capaz de esconder sus emociones, pero la que tengo delante es de lo más expresiva.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Bueno, había pensado en hacerme organizador de eventos *freelance*. No sé cómo andará la cantidad de trabajo por aquí, pero todo es intentarlo.

—Quizás podrías ofrecer servicios también en los pueblos y cuidades cercanas.

—Sí, no es mala idea.

Le sonrío y doy un trago a mi café.

Tomar la decisión de dejar el trabajo no fue fácil, tuve que meditarlo mucho. Tampoco el hecho de mudarnos a mitad de curso y a los pocos meses de haber enterrado a Caryn ha sido un paseo. Me sorprende que Nivi no me haya preguntado por qué he vuelto. El sábado quise darle esas explicaciones, pero me detuvo. Quizás estuviera esperando a que los dos nos sintiéramos más cómodos, más estables. Puede que este sea el momento.

—Nivi…

—Ya. —Tiene los ojos clavados en su taza con una expresión pensativa pero también calmada—. Sé que estás esperando a que te lo pregunte.

Sigue teniendo ese don para leerme la mente y saber qué estoy pensando o qué quiero. La veo estirarse y enderezar la espalda. Respira hondo y después me mira seria pero sin una pizca del enfado que esperaba encontrar. Y, como un chiquillo confuso y perdido, me pierdo en la profundidad de sus ojos.

—¿Por qué has vuelto, Kenan?

Sé la respuesta, la tengo ensayada. Sabía que la tendría que dar, especialmente a ella, en algún momento. Aun así, me tomo unos segundos para respirar y hablar con calma. La miro y trato de parecer sincero, de que me crea, porque todo lo que estoy a punto de decirle es lo más cierto que probablemente diga en toda mi vida.

—Porque nunca debí irme. Echaba de menos a mi familia, incluso si

ya no queda casi nadie y fuera imposible recuperarlo intacto. Añoraba mi hogar, donde me sentía seguro, y las personas que conseguían que me sintiera así. Marianne, Robert, Kyle, Becca… Kate. —Sus ojos se oscurecen y su expresión, que para cualquiera pasaría desapercibido excepto para mí, se vuelve nostálgica. Y siento ganas de abrazarla—. Te echaba de menos a ti, Niv.

Alargo la mano y me atrevo a posarla sobre la suya de la misma forma en que ella tomó la mía el otro día. Ella la acepta e incluso gira la muñeca para que queden palma con palma. Eso me da esperanza.

—Cuando me fui, no era más que un crío cometiendo por un arrebato la mayor estupidez que se le ocurrió y no pensé en que estaba dejando atrás a personas tan importantes e increíbles como vosotros. A ti. Cuando me necesitabas, te dejé sola y yo…

—Vale —me corta Nivi en un susurro.

Sé que no lo ha dicho con mala intención; no tengo más que mirarla para saber lo que está sintiendo. A pesar de que ha agachado la mirada, puedo ver alguna lágrima deslizándose por su mejilla y me duele ser el causante de ese llanto, como de todos los que le habré provocado con mis acciones y mi ausencia. Sin embargo, quiero creer que llorar también le ayuda a desahogarse y que está dejando salir todo el daño que le he hecho.

—Lo he lamentado cada día desde la última vez que te vi. —Ella cierra los ojos cuando me escucha y yo aprieto su mano—. Ojalá puedas perdonarme.

La escucho sollozar durante varios minutos que se me clavan como estacas, aunque gracias al bullicio de la cafetería soy el único. Me gustaría decirle muchas cosas, pero entiendo que eso sería agobiante para ella y que necesita tiempo para procesarlo. Aunque no me dé una respuesta ahora, sé que habríamos dado un paso hacia delante solo por haber tenido la oportunidad de hablar con ella.

Nivi se pasa la mano libre por la cara y se limpia las lágrimas y la nariz con una servilleta. Después respira hondo y me mira. Tiene las mejillas colorada por el sofoco y los ojos hinchados. «Pero sigue estando preciosa», resuena una voz en mi cabeza a la que decido ignorar. No es el momento de pensar en eso, aunque me diera cuenta la misma noche que nos reencontramos.

—Me parece increíble que lo único que necesitara para aliviarme era oírte decir que lo sientes.

Me entran ganas de sonreír cuando la escucho. Yo también me siento liberado después de soltarlo todo y de que no me haya mandado a la mierda. Nivi siempre ha sido la mejor persona con la que me he topado, aunque al principio no terminara de gustarme tener a alguien más en la familia.

Al final, ella ha terminado siendo mi familia, mi lugar seguro,



donde regresar siempre.

Capítulo 13
Nivi

Una parte de mí se ha restaurado. Arreglado, reparado, recompuesto. Una parte que noto en el pecho. Sí, creo que es mi corazón. Como si llevara años roto y yo solo me hubiera acostumbrado a tenerlo en ese estado, a medio latir. No ha sido hasta que Kenan se ha abierto conmigo, hasta que me ha dicho cuánto deseaba volver y cuánto nos echaba de menos a todos —incluido a mí—, que ha recuperado su latido real.

Después de recomponerme de la llantina que he tenido en medio de la cafetería —gracias a Dios, sin que nadie más que él me viera—, intentamos volver a la normalidad. Kenan me habla de algunos eventos que organizó hace no mucho y de que su especialidad son las reuniones de negocios. Yo, por mi parte, le cuento que estamos en proceso de expansión, que tenemos un local para programar excursiones a la montaña y al lago, como hacíamos de críos.

Charlamos sobre temas muy generales, banales y sin importancia. Porque lo que nos interesa a los dos es saber más del otro, recuperar lo que nos conocíamos y pasar un rato juntos. Mientras él me narra lo difícil que fue un viaje tan largo desde Iowa City con una niña de siete años, yo pico de mi magdalena e incluso me permito robarle un pedazo de su galleta. Cuando lo hago, Kenan para su historieta y me mira con el ceño fruncido y una sonrisa cómica.

—¿Ya empezamos a comernos la comida del otro?

Casi se me escapa un trozo de la boca por la risa al recordar un episodio en concreto en el que los dos orgullosos que éramos llegamos a un límite que nadie debería cruzar.

—Sabes que tienes las de perder.

—Me comí una pizza después de que la chuparas, no me he vuelto escrupuloso con los años, te lo aseguro.

Entonces sí que me río. Me río tanto que tengo que taparme la boca para que no me mire el resto de personas que hay en la cafetería. Aquello fue divertido, sí, pero también asqueroso. No lo volvería a hacer por respeto a quien me estuviera mirando.

Kenan me observa burlón, ya sonriendo por completo, y él también pellizca un pedazo de mi magdalena, el cual le permito porque yo le he robado primero. Este era el ambiente amistoso y divertido que siempre tuvimos. No me había percatado de cuánto lo echaba de menos hasta que lo he vuelto a experimentar.

Una vez que terminamos nuestros cafés, pago la cuenta y salimos

de la cafetería. Aunque le digo que no hace falta porque puedo ir andando hasta el local nuevo, Kenan insiste en llevarme. Esta vez el trayecto no contiene ningún tipo de tensión. Casi podría decir que me siento como si tuviera quince años y Kenan nos estuviera llevando al instituto. Solo que ahora solo estamos él y yo.

Nos despedimos frente a la puerta y, aunque ninguno de los dos diga nada, la mirada que intercambiamos habla por sí sola y es evidente que volvemos a estar en sintonía. Hay amistades que damos por perdidas y que incluso nos culpamos por destruir, pero siguen estando ahí, a pesar de los años de parón o desconocimiento, continúan vivas.

Quiero quedarme con eso, con lo bien que me he sentido hablando con Kenan, reconciliándonos y recuperando lo que una vez tuvimos, eso que rompimos a un precio muy alto. Todavía queda mucho por hacer y, sobre todo en mi caso, mucho por contar, pero quiero creer que hemos dado un gran paso. Yo he dado un paso adelante, porque siento que esa herida que me dejó está cerrada y en proceso de cicatrización.

***

—A ver, no es el primer hombre que veo sin camiseta —me justifico durante mi conversación telefónica con Becca en la que no he omitido ningún detalle. Error mío, ahora no dejará de burlarse—. Ni siquiera recién salido de la ducha. No sé por qué me ha afectado tanto.

—¿Quieres que te responda yo o prefieres seguir engañándote a ti misma? Porque es Kenan.

—Joder, ni siquiera me has dado tiempo a pensar si quiero seguir viviendo en la ignorancia.

—Es que eso es imposible —me replica—. Donde hubo fuego…

Sí, ya conozco ese dicho. Lo he experimentado en alguna ocasión con mi exnovio del instituto y no es agradable. Bueno, sí, en el momento lo es, pero luego te das cuenta del error que has cometido y quieres que la tierra te trague y te escupa en otro país.

A Kenan no lo considero un exnovio, porque ni siquiera llegamos a tener algo real. Él estaba con Kate y yo con James y fue precisamente lo que empezamos a sentir el uno por el otro lo que hizo que todo explotara. Pero no quiero pensar en aquello, porque él ya ha pedido perdón. Un perdón sincero que yo he aceptado. Lo único que queda es ese gran secreto que tengo que confesarle, pero de eso tampoco me apetece hablar.

Doy la vuelta a mi escritorio y me siento en mi sillón, frente al sándwich de pavo y lechuga que es mi almuerzo.

—Ya cometimos ese error una vez —intento dar por zanjado el tema del fuego y las cenizas—. Tú fuiste la testigo principal.

—Ya, pero era diferente.

—Bec, en serio. Ni yo quiero volver a aquello ni creo que Kenan desee revivirlo tampoco. No después de que dos besos tontos hicieran tanto daño.

—Bueno, lo de tontos lo dices tú, pero vale, dejaré el tema.

Respiro más tranquila.

—Gracias.

—Aunque —No, si ya sabía yo que no iba a dejarlo estar— yo no descartaría la idea de desahogaros juntos, ¿sabes lo que quiero decir?

Pongo los ojos en blanco y alargo un brazo para alcanzar el sándwich.

—Sí, lo sé y ojalá no lo supiera. Ya te he dicho que…

—Que sí, pero en aquel momento, aparte de que todo era más complicado, estaban involucrados los sentimientos y ahora podéis simplemente quitaros esa espinita de cómo os compenetráis en la cama. Porque te recuerdo que nunca llegasteis a acostaros.

Se me cuela un trozo de lechuga por la garganta y empiezo a toser. Becca era muy contenida, pero con los años ha desarrollado una personalidad abierta y sin tabúes. De ahí que casi me ahogue pensando —e imaginando— lo que insinúa.

—No pienso acostarme con Kenan. Punto.

—¿Por qué no? Si dices que él te ha mirado también como…

—¿Por qué no te acuestas tú con Kyle?

De acuerdo, es probable que tuviera que haber pensado esa pregunta antes de lanzarla en voz alta, porque, si yo tenía el nombre de Kenan vetado de cualquiera de nuestras conversaciones, mencionar el de Kyle era incluso penable.

—No es lo mismo —me reprende con lentitud y una voz que espero que no utilice nunca con sus alumnos o tendrán pesadillas—. Y eso ha sido un golpe bajo.

—Ya, perdona. Pero te lo debía.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras. —Su tono vuelve a ser normal, aunque parece que se ha cansado del tema, algo que agradezco—. Pero, por lo que me has contado, los dos seguís sintiendo por lo menos atracción física por el otro. Así que estoy segura de que en algún momento uno de los dos no aguantará más y querrá pasar por la cama del otro. Tú verás si, cuando llegue ese instante, eres la primera o la segunda. Tomar las riendas o que te pille de sorpresa.

—Eres una cabrona. —Sí, cuando quiere, lo es y mucho.

—No haber nombrado al innombrable.

Eso me lo merecía.

Retomamos la conversación y le cuento todo lo que Kenan me ha dicho en la cafetería con la esperanza de que no utilice esa información en mi contra para reforzar su teoría de que entre Kenan y

yo todavía quedan asuntos pendientes. Sí que quedan, pero no relacionados con nosotros, lo que pudimos ser y lo que nunca seremos. Eso… Eso ya no va a regresar.

Capítulo 14
Kenan

Confesar es una parte principal de la liberación, pero no la única. También es importante compensar los fallos, en mi caso, el tiempo que he estado ausente. Sé que tengo que darle espacio a Nivi, porque, aunque dice haberme perdonado, todo lo que hice y lo que pasó entre nosotros no se olvida de un momento a otro; tengo que esforzarme, pero también respetar sus tiempos.

Cuando nos despedimos frente a la puerta de su local nuevo, me atrevo a pedirle su teléfono y, para mi sorpresa, sigue teniendo el mismo que de adolescente.

—¿Para qué cambiar algo que todavía funciona? —son sus palabras, las cuales me arrancan una sonrisa.

Yo le dicto el número nuevo que llevo utilizando un par de años y entonces nos separamos. Puede no parecer un paso demasiado grande, pero poder hablar con ella de vez en cuando y crear —o rescatar— la relación que teníamos para mí es un mundo.

La semana avanza y no vuelvo a verla. En el colegio, no hemos coincidido, ni cuando dejamos a los niños ni al recogerlos; en esta última ocasión, suele ir a buscarlos Alek, el mayor de los protegidos de Nivi. No intercambio muchas palabras con él, más allá de algún comentario relacionado con algo que dijeran Lucy o los gemelos.

Es un muchacho curioso, porque actúa como si sus «hermanos» fueran un incordio, pero es evidente por cómo los mira y les habla que les adora. Me recuerda a mí cuando vivía con Nivi y los demás. También era distante y pasota, pero me encantaba estar con ellos.

La noche del viernes, después de pasar la tarde con Lucy en el parque haciendo muñecos de nieve y batallas de bolas que pierdo de esa forma dramática que a ella le encanta, subimos a casa y nos damos una ducha caliente. Mi plan era preparar unas hamburguesas con patatas y cenar viendo alguna película que le apetezca ver a Lucy; casi siempre elige ella. Sin embargo, mi sobrina parece tener otra idea.

—Ethan me ha dicho que en su familia los viernes siempre cenan pizza —me cuenta con esa voz cantarina que tanta gracia me hace.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y que suelen jugar a muchos juegos de mesa.

Me quedo callado. Así que Nivi ha conservado esa tradición. Una sonrisa nostálgica y feliz se dibuja en mi cara. Puede que ahora esté sola con los chicos, pero ha querido mantener esa noche en la que dos de nuestros amigos se enemistaban para ganar el juego que fuera que

tuviéramos encima de la mesa. Joder. Ahora mi sonrisa se torna triste al recordar a esas dos personas.

—¿Podemos ir? —La voz de Lucy me devuelve al presente—. Tío Ken, quiero pizza.

La miro a ella y después a la carne que estaba descongelando para las hamburguesas. Si fuera su padre, me mantendría firme y le diría que otro día, que hoy ya estaba la cena casi lista, aunque no sea del todo cierto. Sin embargo, no soy su padre, soy el tío que la consiente y le concede todos sus caprichos. Además, puede que sea la excusa perfecta para volver a ver a Nivi.

Termino por suspirar de forma exagerada y teatral mientras me paso una mano por la frente, echándome el pelo hacia atrás, y sacando el móvil de mi bolsillo.

—Está bien, llamaré a Nivi.

—¡Bien!

—Pero no quiero que te pelees con Jacob, ¿de acuerdo?

—Vaaaaaaaale.

Me sorprende lo diferentes que son esos gemelos; uno es adorable mientras el otro es más pícaro y travieso, lo que hace que Lucy no le aguante.

Busco el número de Nivi en la agenda y pulso el botón de llamada. La primera vez que me pusiera en contacto con ella había pensado en enviarle un mensaje para preguntarle por su semana, pero no me ha quedado otra que recurrir a llamarla para que fuera más inmediato.

—¿Diga?

Sonrío casi divertido. Se supone que tiene mi número guardado, ya debería saber quién soy y no sonar tan sorprendida.

—Hola —la saludo—. Perdona que te llame tan tarde.

—No es tarde, no te preocupes.

Su voz se ha calmado y suena más cómoda. Eso me da confianza.

—Verás, Lucy me ha contado la tradición, por así decirlo, que tenéis para los viernes por la noche. Ya sabes, pizza y juegos de mesa.

—Ah, sí, se lo habrá dicho Ethan. Parece que se llevan bien.

—Sí, es genial. Me alegro de que Lucy haya hecho algunos amigos esta primera semana de colegio.

—Es una niña muy simpática y sociable, no tardará en meterse al resto de la clase en el bolsillo.

Sonrío e intuyo una sonrisa al otro lado de la línea también.

—El caso es que se le ha antojado cenar pizza, ¿sabes? —Continúo cuando escucho una especie de asentimiento por parte de Nivi—. Y ya que se llevan tan bien Ethan y ella, había pensado que podríamos juntarlos fuera del horario de clase.

—Me parece buena idea, sí.

—Entonces, ¿no te importa si nos acercamos?

—¿Ahora? —Sí que parece sorprendida.

—Sí, bueno, así cenan juntos y Lucy se introduce en el mundo de los juegos de mesa —intento quitarle hierro al asunto con una bromilla.

Nivi no contesta, solo la escucho balbucear y dudar, como si buscara una excusa para decirme que no. Esto ha sido una idea terrible, solo la estoy incomodando.

—¿Sabes qué? —retomo la palabra antes de ponerla todavía más en un compromiso—. No te preocupes, tengo unas hamburguesas descongelándose y…

—No, no, claro que podéis venir. —La escucho suspirar antes de volver a hablar—. Todavía no hemos pedido las pizzas, así que estáis más que invitados.

Sé que lo dice por educación, algo en su voz lo deja claro. Aun así, no quiero desaprovechar la ocasión de verla, de sentir nuestra conexión y allanar el camino que lleva tanto tiempo empedrado entre nosotros.

—¿Estás segura?

—Sí, de verdad. Perdona, es que me ha cogido por sorpresa, pero me encantaría ver a Lucy y que ella pudiera estar con Ethan durante un rato fuera del colegio.

—De acuerdo, gracias.

De nuevo, deduzco una sonrisa en su cara. Quedamos en que Lucy y yo estaremos allí en unos veinte minutos, el tiempo que necesito para vestirme, vestirla a ella y conducir hasta allí. Tardo unos diez minutos más, pero lo bueno que ha tenido siempre el barrio donde vive Nivi —donde vivía yo— es que no hay problema para encontrar aparcamiento. Así que enseguida estamos tocando al timbre y ese sonido me trae tantísimos recuerdos… Es el mismo que entonces, no lo ha cambiado.

Quien nos abre es Alek, que sonríe y nos cede el paso. Saluda a Lucy de forma amistosa y le pregunta qué tal el cole y el parque. Lo que decía, un chaval al que parece que nada le importa, pero en realidad es cercano. A mí me saluda con un apretón de manos antes de volver al salón con los gemelos.

En cuanto Ethan ve a Lucy, se levanta como un resorte y corre hacia ella con una sonrisa. No puedo estar más contento con la amistad de estos dos. Lucy sigue a su amigo hasta el salón y se sienta entre los gemelos, aunque solo habla con Ethan mientras que Jacob está sentado en el suelo, con la espalda inclinada hacia atrás y las manos apoyadas en el suelo en una postura distendida. Otro que también me recuerda a mi yo adolescente, solo que este parece haber empezado antes a ser un malote.

—¡Hola!

Me vuelvo y me encuentro a Nivi con dos boles pequeños de patatas fritas de bolsa y una sonrisa que se me contagia al instante.

—Hola —le devuelvo el saludo al tiempo que cojo los cuencos—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, no te preocupes, ya está todo listo. Solo queda pedir las pizzas. Vamos al salón con los demás.

Nivi pasa por mi lado y yo la miro mientras avanza con naturalidad por la que, un día, también fue mi casa. Mi hogar. Apenas doy un par de pasos hacia el salón y ya me siento transportado a mi infancia y adolescencia. Especialmente esta última, la que compartí con la pelirroja que me hace gestos desde el sofá para que me una a ella.

Trago saliva y me obligo a sonreír. Como si no estuviera reviviendo cada instante que pasé en esta casa. Por mucho que intente dejar esas emociones y esos recuerdos en una esquina de mi cabeza, estos no paran de proyectarse una y otra vez.

Las noches de juegos, las tardes haciendo deberes, las cenas en familia… Aprieto la mandíbula y, de forma inconsciente, sorbo por la nariz. Siento un escozor en los ojos que no me gustaría que se transformara en algo peor, así que me paso los dedos por los lagrimales intentando disipar las emociones, pero una mano en mi brazo me distrae. Cuando me vuelvo, Nivi me mira con una expresión que para cualquiera podría parecer neutra, pero para mí, que la conozco bien, sé que es de preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Me revuelvo en el sofá y me acomodo. No quiero preocuparla y mucho menos durante la noche de juegos con los enanos—. Está todo bien.

Nivi todavía me observa unos segundos más, examinándome, hasta que aparta los ojos de mí y se dirige al grupo.

—Alek, ¿pides tú las pizzas?

El muchacho asiente con la cabeza y se estira para coger el teléfono fijo, que también sigue en el mismo sitio, junto a la televisión.

—¿Me ayudas a traer las bebidas? —pregunta Nivi en mi dirección ahora.

Yo asiento también y me levanto para seguirla hasta la cocina. Cuando entro, se me cae el mundo encima. Todo lo que ocurrió en esta cocina, todas las noches que compartí con ella en esta habitación, me asaltan con fuerza y, aunque sé que no es real, solo puedo centrarme en el olor a leche con miel que se cuela por mi nariz.

Capítulo 15
Nivi

No lo he hecho adrede. Traer a Kenan a la cocina no ha sido planeado, como si quisiera hacerle revivir nada en concreto. Sin embargo, cuando me vuelvo hacia él y veo su expresión nostálgica y sus ojos entornados, me doy cuenta de que le ha venido todo de golpe. En mi caso, llevo tantos años aquí que me he acostumbrado a estar en esta casa sin pensar en él o en el pasado, o puede que solo sea que me he hecho a la idea de que su recuerdo va a estar siempre aquí y por eso no me afecta tanto. Supongo que él no se esperaba enfrentarse a esto.

—¿No… —empieza a decir— te trae recuerdos estar aquí, conmigo?

Lo cierto, aunque no se lo digo, es que sí. Si hubiera ocurrido solo una noche, bajar y tomarnos una taza de leche con miel porque no podíamos dormir, quizás se me habría olvidado y puede que incluso nada de lo que ocurrió después hubiera tenido lugar. Sin embargo, fueron muchas, incontables, las madrugadas que bajábamos a la cocina, después de que él llamara con suavidad a mi puerta, y pasábamos un rato juntos, haciéndonos confesiones, compartiendo sentimientos e incertidumbres.

Hasta que el mayor de los secretos se destapó y todo explotó. Todo empezó a ir en declive desde que nos atrevimos a confesar lo que sentíamos e hicimos daño a tanta gente.

—He aprendido a vivir con ellos —contesto finalmente en un tono que pretende ser neutro y apartando la mirada de él.

Me doy la vuelta, dándole la espalda, y empiezo a coger vasos del armario de arriba. No es que me dé igual lo que él esté sintiendo o lo que haya querido insinuar, pero todavía me estoy haciendo a la idea de que está aquí, que ha vuelto a mi vida y que yo lo he perdonado. No solo por él, también por mí, porque no quiero vivir con ese rencor en el corazón toda mi vida.

—Esperaba encontrar algunas cosas diferentes, pero no mucho ha cambiado por aquí —comenta mientras se acerca a mi lado.

—Ya, vamos cambiando lo que se estropea o necesita actualizarse. De momento, casi todo está en buen estado, pero tendré que plantearme alguna reforma, sobre todo de la planta de arriba.

—Imagino que las camas no seguirán siendo las mismas, ¿no? —bromea con un tono tan divertido que no puedo evitar sonreír y destensar los hombros.

Me vuelvo hacia él y compartimos una de esas miradas que nos

dedicábamos antes, de complicidad.

—Sí, siguen siendo los mismos somieres que utilizabais Kyle y tú y donde os escondíais para asustarnos a Becca, Kate y a mí.

—Eso tengo que verlo.

Hace el amago de salir corriendo de la cocina y a mí me entra la risa.

—No seas idiota. —Le detengo y él regresa junto a mí—. Hace como ocho años que los cambié por canapés. Además, no sé si a los chicos les haría mucha gracia que alguien entrara en sus cuartos. Apenas puedo entrar yo para lo justo y necesario.

—No, me imagino que no les gustaría. Pero no me importaría ver mi antigua habitación. Seguro que ahí sí que me asalta la nostalgia con fuerza. Aunque no creo que tanto como al entrar en la cocina.

No le miro, pero puedo adivinar la mirada que me echa. Tan cargada de intensidad y palabras no dichas.

—Tu habitación ahora es la de Alek —digo con tal de cambiar de tema y no regresar a lo mismo una y otra vez—, los gemelos están en la que compartíamos Kate y yo y yo me quedé con la de Robert y Marianne.

—¿Y la de Becca?

—Era la de Nora, la chica de la que te hablé. Se independizó hace unos años y se mudó a Vancouver con su novia. No la he cambiado porque de vez en cuando viene a vernos. Su novia es la hermana de Ivana, por cierto. —Sé que es un dato sin importancia, pero me sirve para completar el silencio—. E Ivana es la novia de Alek, antes se llevaban fatal, no te puedes imaginar, pero ella tuvo un accidente y, bueno, se acercaron. Ahora los veo y pienso en cómo no me di cuenta antes de lo mucho que pegan.

—Me encanta que me cuentes estas cosas —dice sin apartarse de mí y sin dejar de sonreír—. Es como si hubiera estado aquí.

Le miro por el rabillo del ojo y se me seca la boca por varios motivos. El primero, lo que dice, que siente como si hubiera estado presente todos estos años. El segundo, la forma en que lo dice, tan suave y cercana. Y el tercero, esa cercanía física que hace que se me erice todo el cuerpo y me tiemblen las manos.

Le doy los vasos para que no lo note y le digo que los lleve al salón mientras cojo las botellas de refresco de la nevera. Una vez que estamos en el salón y Alek ha pedido las pizzas, Ethan se encarga de enseñarle a Lucy los juegos de mesa que tenemos y preguntarle cuál le apetece jugar primero. Al ser la invitada de honor, es lógico que ella elija. Al final, la pequeña se decanta por el bingo, que es sencillo y le gusta ir tachando números.

Para Alek no es demasiado atractivo, pero acepta participar para no desanimar a los enanos; él preferiría pasar la noche con Ivana, viendo

una película o haciendo lo que hacíamos todos con diecisiete años. Sin embargo, Ivana mañana tiene que coger un vuelo temprano y ha tenido que acostarse pronto, de modo que no se verán en todo el fin de semana. Otro más que su plan de ver la aurora boreal en Fairbanks no tendrá lugar.

Cuando traen las pizzas, casi tengo mi primera pelea con Kenan desde su regreso por ver quién paga, pero al final acordamos que cada uno pague lo suyo y lo de sus niños. Colocamos las cajas de cartón sobre la mesa baja del salón y empezamos a cenar entre bromas y anécdotas de cuando Kenan y yo compartíamos noche de pizza y juegos con la edad de Alek.

No me ha dado por pensar —tampoco he querido hacerlo para evitarme más angustia— en que los he puesto a los dos juntos y, una vez más, no puedo obviar el parecido. Sin duda, tienen los mismos ojos y la misma actitud pasota, aunque Kenan se haya afinado con la edad en ese sentido. Alek todavía es un adolescente y actúa muy similar al Kenan de diecisiete años.

Trato de no mirarlos demasiado durante la cena, en parte porque no quiero que se den cuenta de que los observo y en parte porque tampoco deseo atormentarme durante el resto de la noche. Me centro en disfrutar de la cena con los peques, bromear con ellos y escuchar sus historietas del colegio. De vez en cuando, Kenan me mira sonriendo por las ocurrencias de los niños y algún que otro comentario que hace Alek y que nos recuerda a nuestros yos del pasado.

Pensaba que tener a Kenan aquí esta noche me pondría nerviosa, que estaría todo el tiempo dándole vueltas a lo que hablamos el otro día, al hecho de que estuviera en la misma habitación que Alek —a pesar de que ya se habían visto en la pista de hielo y recogiendo a los niños en el colegio—, a ese secreto que llevo años guardando y cuya cuenta atrás cada vez se acerca más al cero.

Sin embargo, mirándolos a todos y viendo lo bien que encajan él y Lucy en este ambiente, en *nuestro* ambiente, no puedo más que suspirar de alivio, sentirme más tranquila e incluso disfrutar de la cena y la noche de juegos.

—¿Podemos jugar por equipos? —pregunta Ethan; seguro que quiere hacer pareja con Lucy.

—Lo que quieran los demás. En estas cosas, sabes que siempre es mejor votar.

—A mí me da igual. —Jacob se encoge de hombros.

—Pues si te da igual, entonces vas conmigo —interviene Alek cogiendo al pequeño por los hombros y acercándolo a él. Este último parece resistirse, pero solo es una fachada y en realidad adora a su «hermano mayor».

—¡Yo quiero con Lucy! —exclama Ethan, como todos imaginábamos.

Giro la cabeza en el mismo instante en que Kenan se vuelve hacia mí y nos miramos unos segundos antes de que él me dedique esa sonrisa que, a pesar de los años, no deja de provocarme un escalofrío que tengo que disimular.

—Parece que quedamos tú y yo.

Su sonrisa se me contagia y siento un latido más acelerado de lo normal. Sin embargo, solo dura eso, un latido, el tiempo que tarda él en dejar de mirarme y empezar a repartir los cartones del bingo. Tocamos a cuatro cartones cada uno, para que haya más posibilidades y el juego sea más entretenido.

Como de costumbre, siempre hay alguien más adelantado y que tiene casi todos los números que salen en la ruleta; en este caso, son Alek y Jacob. La parte mala de eso es que luego hay menos probabilidades de que salgan el resto de números que tienen. Y así ocurre, al final, aunque Kenan y yo también tenemos bastantes números, los primeros en cantar bingo son Ethan y Lucy.

Cambiamos de juego y pasamos al Monopoly, un poco más complicado. Esta vez cambiamos los equipos y Lucy se une a su tío mientras yo formo pareja con Ethan. Todavía son pequeños para entender la dinámica, así que es mejor que vaya alguien mayor con ellos.

No sé a qué hora terminamos —porque todos sabemos que el Monopoly no tiene fin— o cuán tarde es cuando nos despedimos de Lucy y Kenan en la puerta, pero sí sé que, cuando veo su coche alejarse por la calle, no siento esa preocupación que me había abordado al descolgar su llamada y escuchar su propuesta. De hecho, siento calma, tranquilidad, alivio. Porque no ha salido tan mal como imaginaba, porque no ha sido tan desastroso como había vaticinado. Ha sido una noche agradable y divertida que, sorprendentemente, no me importaría repetir.

Acuesto a los niños, me despido de Alek hasta el día siguiente y me meto en la cama con una sensación extraña en el pecho. Mientras clavo la mirada en el techo, ya a oscuras, me permito dar rienda suelta a mis pensamientos y emociones para analizarlas.

Ha sido una noche genial, la he disfrutado como hacía tiempo que no ocurría. Y ha sido gracias a él, ¿verdad? Adoro a mis chicos, especialmente a Alek; no en vano lleva toda la vida la conmigo y, aunque ya no me llama así, siempre he sido su titi Nini, como me llamaba de pequeño. Sin embargo, ahora siento como si siempre hubiera faltado algo y yo no me hubiera dado cuenta. Como si esta vez la estampa hubiera estado completa.

Sí, ha sido por él. Aunque ya no nos sintamos como entonces,

aunque ya no esté enamorada de él, aunque todo sea diferente… Kenan siempre fue mi mejor amigo, la persona en la que más confiaba, junto con Kate, y esos sentimientos son imposibles de borrar. Quizás por eso me resultó tan fácil perdonarle cuando se sinceró conmigo. Porque lo echaba de menos y quería recuperar su amistad, tenerlo de nuevo en mi vida.

Puede que lo necesitara a él para sentirme completa de nuevo.

Esta noche ha sido prueba de ello, ¿no? Temía que todo explotara, como ya ocurrió, y no lo ha hecho. Todo ha fluido con naturalidad, como si siempre hubiera sido así y no hubiera dos personas más que la semana pasada. La forma tan sencilla en la que Kenan ha encajado en esta casa ha sido toda una sorpresa. Y admito que, aunque me ha traído muchos recuerdos verlo aquí, como cuando vivía entre estas paredes, me gustaría crear otros nuevos, más felices y que nos hagan olvidar el daño contenido y el dolor arraigado del pasado.

Julio de 2006

Kenai, Alaska

Hacía tres días que Kate había regresado a casa después de varias semanas en observación. Tras la cirugía, el proceso de recuperación había sido tedioso y largo, pero los médicos habían estado de acuerdo en que podía irse a casa y acudir a revisiones periódicas para asegurarse de que todo estaba en orden.

El día que entró en casa por primera vez, Nivi tuvo que sujetar al pequeño Alek antes de que saltara encima de su madre, que aún se encontraba débil y se mareaba con frecuencia. Sin embargo, Kate no se resistió y abrazó a su hijo con toda la fuerza que encontró en su cuerpo. Había contemplado la posibilidad de no verlo más, pero, cada vez que ese pensamiento cruzaba su mente, lo desechaba porque era demasiado aterrador.

Kate intentó explicarle a un Alek de apenas tres años que había estado muy malita y que había estado en el hospital para curarse, pero que ya estaba bien y podía volver a casa con él. Esa noche, aunque a Nivi le habría encantado pasar tiempo con su amiga, les permitió cenar a solas antes de que Kate decidiera que Alek durmiera con ella.

El tercer día, un viernes, era noche de pizza y juegos de mesa. El honor de elegir el primer juego fue de la recién llegada y la opción ganadora fue el parchís. Un juego sencillo, pero que a Alek le encantaba porque podía mover las piezas de todos y tirar los dados sacudiendo el cubilete. No terminaron demasiado tarde porque Kate necesitaba mucho reposo y descanso. La enfermedad había apagado su piel, su mirada y su sonrisa, pero seguía esforzándose con tal de ver a su familia feliz.

Esa noche, después de acostar a Alek en su cama, Kate se dejó caer con cuidado sobre la suya y se deshizo de la ropa para ponerse cómoda antes de acostarse. Se despidió de Nivi con una sonrisa y un «buenas noches» cuando esta pasó por delante en dirección a su cuarto. Desde que había regresado a casa, prefería dejar la puerta abierta para no sentirse sola. En el hospital tendían a dejarla entornada y eso le daba una sensación de soledad de la que quería desprenderse a toda costa.

Apartó las sábanas y se tumbó en la cama, acomodando la cabeza con cuidado de no apoyarse sobre la zona que todavía era sensible tras la operación y se colocó de lado, de cara a la ventana, desde donde se veía el parque donde tantas veces habían jugado, paseado y reído. Y ese recuerdo le hizo sonreír. Justo antes de que Morfeo viniera a por ella.

***

A la mañana siguiente, Nivi se despertó por culpa del sol. Aunque agradecía levantarse pronto los fines de semana para aprovechar la jornada, ese día le habría encantado descansar unas horas más. Aun así, se deshizo de las sábanas, se puso de pie y, después de estirarse y desprenderse del pijama, se metió en la ducha. Tras quince minutos bajo el chorro de agua caliente, se vistió cómoda y se recogió el pelo en una trenza.

Bajó a hacer el desayuno para todos los integrantes de la casa, porque, aunque solo Alek y Kate estuvieran allí, sabía que en cualquier momento Becca y Kyle llegarían de su entrenamiento para desayunar con ellos. Una vez que estuvo todo preparado, se dispuso a subir las escaleras para despertar a su amiga y su sobrino político. Entró en la habitación de Kate, quien yacía tumbada de lado bajo las sábanas, y empezó a llamarla con voz suave.

—Kate —susurró acercándose a la ventana para subir la persiana despacio—, ya está el desayuno.

La morena no contestaba, pero aquello no alarmó a Nivi; su amiga tenía el sueño profundo y a veces tenía que zarandearla un poco hasta que abría los ojos. Se acercó a la cama y se sentó en el borde antes de ponerle la mano en el hombro para moverlo ligeramente. Sin embargo, algo la distrajo.

Un color rojizo detrás de la cabeza de Kate llamó la atención de Nivi, que frunció el ceño y alargó el cuello para ver mejor de qué se trataba. No fue hasta que reconoció la mancha y de dónde procedía que el pánico se apoderó de ella.

—¿Kate? —volvió a llamarla para asegurarse de que esta abría los ojos, pero no fue así—. ¡Kate!

Por mucho que gritara su nombre, le moviera los hombros o palmeara su cara en un intento por hacerla despertar, nada funcionaba. Sus manos empezaron a estremecerse al tiempo que su corazón se aceleraba por los nervios, el miedo y la desesperación de aquella pesadilla. Como pudo, sacó su teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y, con dedos temblorosos, consiguió marcar el número de emergencias.

—Por favor, una ambulancia —suplicó en cuanto una voz femenina atendió su llamada.

Nivi dio los datos necesarios y le explicó a la mujer al otro lado de la línea la situación, que Kate había pasado por una operación de cráneo hacía varias semanas y que estaba en su cama con la almohada ensangrentada sin responder. Y lo que hizo que sus ojos terminaran de desbordarse y su voz se rompiera del todo: no tenía pulso.

Capítulo 16
Nivi

Es un misterio cómo funciona nuestro cerebro. Tendemos a pensar que cualquier recuerdo que desterremos y del que queramos olvidarnos cumplirá nuestro deseo, cuando en realidad no tenemos ningún poder. Llevo años convenciéndome de que Kenan es pasado, que no es más que un puñado de recuerdos que quería dejar atrás. Ahora que ha reaparecido, me doy cuenta de lo ingenua que he sido.

Una parte de mí, silenciosa y sigilosa, en realidad anhelaba que él regresara a mi vida, porque todavía conservaba la esperanza de recuperar aquello que perdimos. Nuestra amistad. Ha sido tan fácil que Kenan entrara de nuevo en mi día a día que casi no me paro a analizarlo, aunque sí me sorprende la naturalidad con la que nuestras piezas han vuelto a encajar en el puzle. Supongo que hay cosas que simplemente están destinadas a ser.

Este lunes, después de recoger a los niños del colegio y en el camino en coche hasta casa, Lucy nos cuenta que lo que más ilusión le hacía de todo lo que le había contado su tío antes de venir a Kenai era ver la nieve. Me encanta la emoción y el brillo en sus ojos. Son del mismo color que los de Kenan.

—Hicimos un muñeco de nieve —continúa relatando desde el asiento trasero—, pero al día siguiente ya no estaba.

—Seguro que alguien le tiró una pelota y se rompió —interviene Jacob, quien solo habla para tirarle pullas a la niña.

—¡Jacob! —le regaño con el ceño fruncido, volviéndome hacia atrás por el hueco de los dos asientos delanteros.

—¿Qué? —se excusa encogiéndose de hombros y con una expresión de inocencia—. A nosotros también nos ha pasado y hemos vuelto a construirlo.

—Tío Ken, ¿podemos hacer eso? ¿Podemos hacer otro muñeco de nieve?

Por suerte, Lucy no entra en el juego del gemelo más replicón, aunque no sería la primera vez que se enzarzan en una discusión con el pobre Ethan en medio intentando calmar las aguas sin mucho éxito.

—Claro —contesta Kenan sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Puedo ir yo también? —pregunta Ethan con la misma voz que tiene su hermano pero con un tono mucho más dulce e inocente.

—Está bien —le concedo porque sé lo insistente que puede ponerse y porque yo tampoco tengo más trabajo hoy.

Kenan y yo intercambiamos una mirada y una sonrisa ladeada. Me

sigue pareciendo surrealista la facilidad con la que me he acostumbrado a tenerlo cerca. Al principio creí que me tensaría a cada momento que nos cruzáramos por el pueblo o en la escuela, pero ya he aceptado que Kenan era esa pieza que me hacía falta, aunque hubiera tardado tanto tiempo en regresar al puzle que siempre he considerado mi vida.

Aparcamos cerca de nuestra casa y los niños salen corriendo del coche entre risas hacia el parque que hay cerca. El mismo en el que jugábamos de críos con nuestros amigos. Me pregunto si él también está reviviendo aquellas tardes de batallas de bolas de nieve en las que todos acabábamos calados hasta los huesos, sin importar de qué bando fuéramos. Seguro que sí.

Les seguimos a un paso más tranquilo y los observamos jugar y charlar. Ethan y Lucy sobre todo, ya que Jacob, como de costumbre, se limita a quedarse un paso apartado y escucharlos en silencio.

—Eh, chicos —los llama Kenan desde mi derecha—, ¿os apetece una guerra de bolas de nieve?

Como un resorte, giro la cabeza hacia él y se me abren los ojos como platos. Él, por su parte, me devuelve una mirada juguetona y una sonrisa torcida. Creído. No ha cambiado nada.

—¡Sí! —gritan los tres enanos con entusiasmo.

No me puedo creer que vaya a hacerme el lío con los niños otra vez.

—Vale, pues hagamos dos equipos —les explica—. Hay que esconderse y atacar al contrario. ¿Quién quiere ir con quién?

—Un chicas contra chicos —se adelanta Jacob con rapidez.

—¿Algo que decir? —pregunta Kenan en general, pero su mirada se detiene más en mí que en los niños. Yo niego con la cabeza, porque sé lo que pretende. Igual que cuando éramos críos—. Lucy, vas con Nivi, ¿vale?

La niña asiente con la cabeza con vehemencia y yo le sonrío. No va a ser tan fácil como esperan. Nos separamos y Lucy y yo nos dirigimos hacia los árboles que hay en un extremo del parque. Dejo que sea ella quien marque la estrategia y decida que yo me encargue de Kenan.

Según dice, Ethan es demasiado bueno —y tiene razón— para tirarle bolas de nieve a ella si le da pena. Madre mía, es una estratega de cuidado con solo siete años. De hecho, creo que es la misma táctica que utilizamos Kate y yo una vez para que Kyle se pusiera tierno con Becca y nosotras pudiéramos atacarle por la espalda.

Por último, Lucy me confiesa que quiere llenarle el abrigo de nieve a Jacob como una demostración de que a ella se le dan mejor los deportes que a él. Tienen una obsesión extraña por competir y retarse en todo lo que se les ocurre. Lo cual puede ser bueno o malo, según se mire.

Lucy y yo nos separamos después de cargarnos con varias bolas de nieve cada una y nos disponemos a buscar el escondite de los chicos. Después de varios minutos, empiezo a preguntarme dónde estarán, porque este parque no es tan grande y conozco todos los rincones como para que se hayan escapado por cualquier sitio. Me quedo quieta junto a una roca gigante y observo el parque en derredor con el ceño fruncido. ¿Dónde están?

No pasa mucho tiempo hasta que lo descubro. Un sonido como de deslizamiento me hace levantar la cabeza y entonces veo a Ethan y Jacob de pie en la roca, sonriendo victoriosos y armados con bastantes bolas de nieve. No tardan en bombardearme con gritos y risas mientras yo me cubro la cabeza y trato de escapar de ellos.

Sin embargo, en mi huida, como apenas puedo mirar hacia delante, termino profiriendo un pequeño chillido de susto al notar un brazo rodeándome las piernas y alzándome del suelo. Es Kenan, me está cargando contra su hombro mientras deja que los enanos me calen entera. Intento deshacerme de su agarre, pero tiene demasiada fuerza y llega un momento en que la risa me hace flojear, así que decido rendirme y darles la victoria.

—¡Me rindo, me rindo! —grito varias veces hasta que Kenan me deja de nuevo en el suelo. Tengo la respiración acelerada por las risas y la adrenalina, pero no puedo dejar de sonreír al ver a Ethan y Jacob chocarle las manos a Kenan, orgullosos—. Solo habéis podido conmigo porque erais más —les recrimino de broma.

—No recordaba que tuvieras tan mal perder —me chincha Kenan, a lo que le respondo sacándole la lengua, como si tuviera quince años otra vez. Él sonríe como entonces y yo siento algo cálido en mi pecho—. ¿Dónde está Lucy? —pregunta mirando a su alrededor.

Todos imitamos su gesto, pero ninguno da con la niña. Empiezo a preocuparme cuando llevamos varios minutos gritando su nombre y Lucy no aparece, pero el ceño fruncido de Kenan desaparece para dejar paso a una expresión sorprendida al sentir una bola de nieve estrellándose contra su cabeza desde arriba.

Estaba de frente a mí y he podido ver el cambio en su rostro con mucha claridad. Cuando entiendo que ha sido Lucy la que le ha tirado esa bola a traición a su tío, tengo que taparme la boca para no reírme a carcajadas. La pequeña ha conseguido engañarnos a todos y ha comenzado un ataque contra los chicos desde lo alto de un árbol. ¿Cómo demonios ha subido ahí?

—¡Os pillé! —dice con una sonrisa orgullosa.

Ethan y Jacob intentan tirarle bolas de nieve desde abajo, pero ninguna la alcanza, al contrario de las que les lanza ella, que dan de lleno en sus gorros, caras y abrigos. Declaramos que la ganadora indiscutible ha sido Lucy. Ni siquiera el equipo de las chicas, ya que a

mí me habían vencido sin esfuerzo.

Kenan ayuda a Lucy a bajar del árbol y, entre risas, regresamos a casa. Kenan y Lucy se quedan a tomar un chocolate caliente —sugerencia de Ethan— y él me ayuda a prepararlo después de ponernos ropa seca. Lucy se pone una muda limpia que Kenan siempre lleva en el coche y los gemelos, ropa cómoda de casa. Yo me pongo unos vaqueros y un jersey secos y Kenan solo se quita el jersey, quedándose en camiseta, y cambia el pantalón por unas mallas que tenía en el coche.

Voy preparando el chocolate en una cacerola mientras Kenan coge las tazas del armario de arriba. Escuchamos a los niños comentar la batalla de bolas de nieve y una sonrisa aparece en mi cara. A esta casa le hacía falta recuperar ese ambiente infantil y feliz que solo había cuando todos vivíamos aquí.

—¿Puedo? —La voz de Kenan irrumpe en mis pensamientos.

Cuando vuelvo la mirada hacia él, mi corazón se salta un latido. La taza. Esa que me regaló hace años como un guiño a nuestras noches de leche con miel. La tiene en la mano y me mira en silencio, con la pregunta todavía retumbando en el ambiente. Me vienen de golpe todos los recuerdos de esas noches, esos momentos y confesiones que compartimos y algo se encoge en mi pecho.

Aunque… ya no es tan agudo como antes. Ni siquiera duele. No es dolor, solo nostalgia. Y alivio. Un alivio que me hace sonreír y consigue que asienta con la cabeza en su dirección. Kenan sonríe también con un agradecimiento no pronunciado y apoya la taza en la encimera junto a las demás. Terminamos de servir las bebidas y él se las lleva al salón mientras yo recojo rápidamente la cocina.

Cuando estoy a punto de unirme a ellos, noto una vibración en el bolsillo de mi pantalón. Saco el móvil y veo el nombre de Nora en grande con una foto suya de fondo. Sonrío de nuevo y pulso el botón verde antes de llevármelo a la oreja.

—¡Holi! —me saluda con ese entusiasmo que recuperó cuando conoció a Bianca.

—Hola, desaparecida —respondo con tono de burla mientras me apoyo en el marco de la puerta—. ¿Cómo va todo?

—Genial, pero con mucho trabajo. Por eso no he podido llamarte antes. Bianca está hasta arriba de conciertos y recitales y a mí me ataca la inspiración para escribir casi a cada minuto.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí, pero sería mejor si no me diera mientras estoy en la cafetería sirviendo cafés y tuviera que apuntarlo en la libreta de las comandas para que no se me olvide y mi jefa no lo viera y me echara la bronca.

Se me escapa una carcajada tan alta que hace que Kenan, desde el salón, se vuelva hacia mí con curiosidad.

—¿Y tú qué tal? —me devuelve la pregunta—. ¿Cómo va todo por ahí?

Me quedo callada sin pretenderlo. No porque no sepa qué decir, aunque lo cierto es que en mis conversaciones con Nora no suelo cortarme a la hora de dar detalles y, si hubiera hablado con ella antes, seguramente habría acabado por contarle todo lo que ha ocurrido —y ocurrió en su momento— con Kenan. Ahora, no es que no quiera, es que no siento la necesidad de desahogarme como hace días.

Eso y… que Kenan sigue mirándome. Con la taza en la mano, una sonrisa ladeada para nada burlona y un brillo en los ojos que, de nuevo, me encoge el pecho de una forma demasiado agradable. Trago saliva y mi corazón le toma el relevo a mi cerebro y da la orden a mis labios de curvarse hacia arriba y devolverle el gesto.

—Pues —susurro sin apartar los ojos de él, como tampoco los quita él de mí— todo va… muy bien.

Capítulo 17
Kenan

La imaginación del ser humano es muy extensa, casi tanto como el universo. Ilimitada. Solo hay que dejarla volar. Por eso, cuando tomé la decisión de regresar a Kenai con Lucy, estaba tan asustado y preocupado por lo que fuera a encontrarme aquí y cómo iban a reaccionar las personas que dejé atrás —especialmente Nivi— que no imaginé en ningún momento que todo fuera a resultar tan bien. Que todo fluiría como lo hace.

Me encuentro frente al ordenador. Es martes por la mañana, hace poco más de un mes que llegué al pueblo y estoy intentando gestionar el tema del trabajo, es decir, decidir hacerme *freelance* y comenzar mi propio negocio de organización de eventos. He pensado en varias opciones: crear una página web, repartir folletos o tarjetas informativas e incluso celebrar algún tipo de reunión después de investigar a posibles clientes tanto del pueblo como de las cercanías para que conozcan mi forma de trabajar y hacer contactos. Todo es estudiarlo.

Por el momento, me conformo con haber mandado toda la documentación y haber arreglado los papeles para trabajar por cuenta propia. Todavía me quedan algunos trámites por hacer y papeles que entregar, pero puedo decir que estoy en proceso y he avanzado bastante. Por hoy, es suficiente. Así que cierro el portátil y me pongo el abrigo para ir al centro del pueblo, donde he quedado con Nivi para comer.

Desde el día en que desayunamos en la cafetería de la señora Norris —una mujer de lo más agradable— y la noche en que Lucy y yo cenamos en su casa, nos hemos acercado mucho. Hablamos casi todos los días por WhatsApp, nos vemos por casualidad y a veces, incluso, adrede y parece que ya no hay tanta tensión entre nosotros. Es cierto que en ocasiones nos atacan la nostalgia o los recuerdos y, por mucho que queramos disimularlo, nos conocemos demasiado como para no identificar cuándo el otro está acordándose de algo o de alguien.

Por suerte, también hemos cogido la confianza suficiente como para bromear y destensar la atmósfera antes de que nos pongamos tristes o incómodos. Así que en realidad todo va genial. Como ahora, que vamos a comer en el local que ella está reformando.

Paso por el restaurante cuya ubicación Nivi me ha enviado antes y recojo nuestra comida. Debe de haber abierto mientras yo no estaba por el pueblo, porque creo que recordaría un restaurante italiano tan

ostentoso; seguro que su apertura fue un bombazo. Camino un par de calles más hasta llegar al local y, cuando toco con los nudillos en el cristal de la puerta, Nivi sale casi corriendo desde alguna sala al fondo para abrirme con una sonrisa que me encanta y que me contagia cada vez que la tengo delante.

—Hola, pelirroja.

Creo que es la primera vez que la llamo así desde que nos reencontramos y tengo la confirmación cuando veo cómo su sonrisa tiembla, sus mejillas se encienden y la forma en que parpadea varias veces antes de apartarse el pelo de la cara y pedirme que pase. La sigo hasta el que debe de ser su despacho, al final del pasillo, y dejo la bolsa encima de la mesa una vez que ella la despeja.

—He pedido que te echaran doble ración de salsa carbonara —le informo mientras saco los cuencos.

—Genial, gracias.

Nivi rodea la mesa y me ayuda antes de sentarse frente a mí. Ambos empezamos a comer sin decir nada al principio, pero, como ya ha pasado otras veces, ninguno se encuentra incómodo. Ambos estamos centrados en nuestra comida; ella, en sus spaghetti carbonara y yo, en mis ravioli de carne con pesto. El ambiente es cálido y agradable, con ella siempre lo había sido y me alegra haber recuperado esa sintonía.

No tardamos en empezar a hablar. Nos preguntamos qué tal nuestra comida y hasta probamos un poco del plato del otro. Después, pasamos a interesarnos por el trabajo; yo le pregunto por la cantidad de papeleo que tiene y ella me escucha hablar sobre mis planes para el negocio de organización de eventos. Después, surge alguna anécdota de los niños en el colegio mientras nos tomamos el postre y nos reímos varias veces al recordar lo mal que se llevan Lucy y Jacob y cómo Ethan tiene que mediar muchas veces entre ellos. Hacen un grupillo muy particular.

Cuando quiero darme cuenta, ya es hora de irme a recoger a los pequeños. Otra rutina que hemos acordado es que, cuando Nivi no pueda acercarse a por los gemelos, yo me encargo de llevarlos a casa. Son casos puntuales, pero a ella le viene bien tener a alguien a quien confiar a los niños y yo me siento más cerca de ella ofreciéndole esa mano.

—Espera, tengo que darte el permiso de recogida.

Nivi rodea la mesa y se acerca a su bolso, que cuelga del perchero junto con su abrigo. Rebusca en este y termina por sacar un par de cosas antes de dar con la hoja que me permite recoger a los niños en su lugar. Es cuando me fijo en una cosa pequeña que cuelga de su mano, de sus llaves. Me acerco, sin importarme la poca distancia que dejo entre nosotros, y me tomo la libertad de acariciarlo. Una sonrisa

bobalicona aparece en mi cara.

—Todavía lo tienes —susurro sin apartar la mirada de esa caricatura de una abeja y una vaca que cuelgan de su llavero y que yo le regalé.

Cuando levanto la cabeza, Nivi hace lo mismo y me mira. Había estado observando el mismo punto que yo sin decir nada. Tiene la cara a tan pocos centímetros de la mía que casi puedo distinguir las emociones tras sus ojos. Nostalgia, angustia, incomodidad… y un brillo extraño que contradice todo lo anterior y me confunde.

Me confunde hasta el punto de no saber si la distancia entre nuestros rostros ha disminuido o solo es mi imaginación. No, no me lo puedo estar imaginando. Hace un momento podía ver sus ojos al mismo tiempo y ahora tengo que esforzarme por alternar la mirada entre ellos. Antes casi no me hacía falta desviar la mirada para ver sus labios rosados, carnosos y ligeramente separados y ahora necesito entornar los ojos para quedarme embobado mirando su boca.

Lo único que consigue que pestañee y enfoque la vista de nuevo en otra cosa que no sea ella es cómo se aparta apresurada de mí, con las llaves envueltas con fuerza en su puño cerrado, y regresa a la mesa para coger el teléfono. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sonando. La escucho hablar, pero es como si no lo hiciera. No sé qué acaba de pasar o qué decir para no tensar todavía más la situación. Me paso una mano por la nuca y me regaño mentalmente.

¿Qué cojones he estado a punto de hacer? ¿Casi la cago otra vez?

—Sí, en cuanto lo tenga, se lo mando por correo —le dice a quien sea que esté al otro lado—. Gracias, hasta luego.

Cuelga el teléfono, pero no regresa donde estaba antes. Normal, he estado muy cerca de perder todo pensamiento para echarme encima de ella. Yo también pondría todos los pasos de distancia posibles entre nosotros.

—Ten —me dice con voz suave y alarga el brazo hacia mí sin mirarme. Cojo el papel, que asumo que es el permiso de los niños, y trato de sonreírle con normalidad—. Creo… —Se pasa una mano por la frente y se vuelve hacia su mesa, dándome la espalda. Está nerviosa y, joder, no puedo sentirme peor—. Creo que Alek está en casa y puedes dejarlos allí. Así no hace falta que te metas en el pueblo otra vez.

«Y no hará falta que nos veamos después de estos minutos tan incómodos», le ha faltado decir. Aunque no lo necesita; se intuye por su nerviosismo, cómo intenta recoger la mesa sin mirarme y, si tiene que pasar por mi lado, trata de no rozarme en lo más mínimo.

—Vale, pues… —carraspeo y me muevo también inquieto— te mando un mensaje cuando los haya recogido.

—Genial, sí, gracias.

Por mucho que amague una sonrisa de cortesía, es evidente que está tan confusa como yo. Tampoco entiendo qué ha pasado hace un instante o qué hemos estado a punto de hacer. Así que supongo que lo mejor será que me marche y cada uno tenga tiempo de encontrar calma, ordenar sus pensamientos y regresar a la normalidad. Porque eso es lo que queremos los dos, ¿no? Nada de complicaciones, nada de sentimientos intensos que lo dificulten todo. Nada que pueda estropear lo que creímos perdido y estamos recuperando. Porque eso… sería horrible, ¿verdad?

Salgo de la agencia despidiéndome de ella con un simple movimiento de mano y enseguida vuelvo a estar en el coche, donde puedo respirar y hundir los hombros para desahogarme —o ahogarme— en mis propios pensamientos.

¿Tan malo sería? Quiero decir, cuando todo esto empezó, yo estaba con Kate y, aunque sentía algo por las dos, no podía simplemente pasar el día con una y la noche con otra, porque eso nos hacía daños a los tres. Ahora, en cambio, solo estamos Nivi y yo, ¿no? Ahora… Joder, no, eso no. Nivi no querría, no aceptaría algo así. Lo conozco. Porque Kate…

Suspiro y me hundo todavía más. Estoy dándole vueltas a algo que no tiene ninguna base ni probabilidades de ocurrir. Lo mejor sería que dejara de pensarlo, que olvidara eso que ha estado a punto de ocurrir hace unos minutos y siga centrándome en recuperar a mi amiga. Porque prefiero asegurarme de tenerla en mi vida de esa forma antes que pensar en cualquier otra opción y que termine por explotarnos en la cara, como ya ocurrió una vez.

Capítulo 18
Nivi

—Ay, espera, que me hago la sorprendida.

—Déjate sarcasmos y no te burles de mí —le pido a Becca después de llamarla por teléfono como si me estuviera ahogando y contarle lo que ha pasado con Kenan hace menos de veinte minutos.

—Es que lo otro que se me ocurre es «te lo dije» y, bueno…

—Ya lo has dicho, ¿te has quedado a gusto?

—Pues sí, no te lo voy a negar. Pero vamos a lo importante: ¿querías besarle?

—Joder, cuando quieres, qué directa eres.

—Y tú qué escurridiza. No has contestado.

Y no lo hago. Al menos, todavía. Suspiro con pesadez, posando la mirada perdida en la pared blanca que tengo delante, y me dejo caer en mi sillón.

—No lo sé.

—Eso es un sí.

—Es un no-lo-sé —replico insistente, aunque no sé a cuál de las dos estoy intentando convencer.

—No hay un no-lo-sé en esto.

—Bec, no me estás ayudando.

No sé si es mi tono cansado o la incertidumbre en mi voz, pero al menos consigo que mi amiga termine con la broma.

—¿Qué quieres que te diga? Voy a serte sincera. Donde hubo fuego, cenizas quedan. Como la única persona que supo en su momento de primera mano lo que sentíais el uno por el otro, puedo asegurarte que no vas a poder hacer como si no hubierais sentido nunca nada. Ni tú ni él. Siempre va a estar ahí esa duda de lo que pudo pasar, de cómo habría sido todo si os hubierais atrevido a dar el paso.

»Y ahora voy a decirte lo que crees que quieres oír. Ese casi beso no ha sido más que una reacción al hecho de teneros tan cerca. Los dos sois atractivos para el otro y nadie se resistiría a intentar besar a una persona que le resulta atractiva si la tiene a menos de diez centímetros. No tiene por qué implicar sentimientos o tener otras intenciones ocultas más que la atracción sexual. ¿Es eso lo que te gustaría creer?

—Era lo que quería antes de que fueras sincera —murmuro hundiéndome todavía más en mi asiento. Suspiro de nuevo y me paso una mano por la frente—. Mira, no voy a negar que Kenan me sigue pareciendo atractivo. No hay más que verle; si ya era guapo y estaba

increíble con diecisiete años, ahora con treinta y seis… —No creo que haga falta que termine la frase—. Y admito también que quizás la Nivi de quince años a la que le habría encantado vivir ese momento con él haya salido un poco a flote.

—¿Te refieres a la Nivi que estaba perdidamente enamorada de él?

—Sí, la Nivi que estaba perdidamente enamorada del novio de su mejor amiga —le recuerdo la parte que parece que ambas estábamos obviando a propósito.

—Ya, pero Kenan ya no es el novio de tu mejor amiga, Nivi. —El tono de Becca ha cambiado y se ha vuelto más calmado, comprensivo—. Es eso, ¿no? Lo que te echa para atrás.

Clavo la mirada en los documentos que tengo delante, aunque no los estoy leyendo en realidad. Lo único que veo es el recuerdo del día en que Kenan se fue, todo lo que implicó.

—Niv —Becca me trae de vuelta—, no quiero sonar demasiado brusca porque sé que, a pesar de los años, es un tema muy sensible, pero ya no sois esos críos asustados por lo que sentían y con miedo de herir a otras personas. No hay nadie a quien podáis hacer daño ahora si volvierais a sentir algo el uno por el otro.

—Sí, sí que lo hay —la contradigo y entonces la cara de Kate se transforma en otra, la de un chiquillo de diecisiete años que no recuerda todo lo que ha ocurrido porque era demasiado pequeño.

—Ese es otro asunto.

—Todo es un mismo asunto, Bec —respondo echándome hacia delante, apoyando la cabeza en una mano y el codo sobre la mesa. Me siento agotada mentalmente y no sé qué hacer para que se me pase este dolor de cabeza—. Alek, Kenan, Kate, yo… Todo está entrelazado y quiero desenredarlo, pero está tan apretado el nudo que ni con las uñas logro deshacerlo.

—¿Quieres mi consejo?

—No puedo pedírselo a nadie más, así que… —contesto invitándola a continuar.

—Habla con ellos, con los dos. Cuéntales todo y dales tiempo para que lo asimilen y acepten. Y después, cuando esté todo más calmado, que hayan tenido ocasión de conocerse y congeniar, puedes empezar a hablar de sentimientos, de si quieres algo con él…

—Yo… creo que esa segunda parte no va a ser necesaria.

—¿Por qué?

—Porque ni yo me sentiría cómoda pensando que, de alguna manera, estoy traicionando a Kate otra vez, ni creo que él vaya a querer nada conmigo sabiendo que le he ocultado lo de Alek todos estos años.

—Con lo primero no puedo ayudarte, esa sensación tienes que quitártela tú sola y ver que no sería así para nada. Sobre lo segundo te

diré que tampoco es que hayas tenido ocasión de contarle nada porque, aunque se lo hayas perdonado, nada borra el hecho de que no ha estado aquí ni sabíamos dónde estaba.

—Tampoco estoy segura de habérselo contado de haberlo sabido —murmuro cerrando los ojos. Empiezo a saturarme de este tema.

—¿Por qué crees eso?

—Porque soy orgullosa y rencorosa, ¿se te olvidaba?

—Tanto no lo serás cuando lo has perdonado sin darle demasiadas vueltas.

—Créeme, le di muchas vueltas y llegué a la conclusión de que no lo hacía por él. Lo hacía por mí, en primer lugar, porque no quería tener esa rabia dentro el resto de mi vida; y lo hacía por Alek, porque tampoco puedo condicionar lo que yo haya sentido por Kenan con lo que él deba o quiera sentir hacia él.

—Bueno… Haz lo que quieras, pero creo que tendrías que gestionar todo esto por partes y que no se te hiciera una bola.

Un nuevo suspiro se escapa por mi nariz. Sé que, por mucho que quiera hablar de esto con Becca, que me aconseje, que deje que me desahogue, al final, la que tiene que lidiar con ello y la que no puede apagar esa parte de su cerebro, aunque lo desee con todas sus fuerzas, soy yo.

Me distraigo con cualquier cosa, preguntándole a Becca cómo van las clases con los niños y los entrenamientos de Ivana y sus otros representados, solo para no pensar en Kenan y todo lo que se me viene encima. Cuando cuelgo, el silencio de mi despacho me aplasta y me ahoga. Especialmente esa esquina del perchero, donde casi ocurre una catástrofe hace una hora.

Lo mejor será que me tome la tarde libre, porque no tiene pinta de que vaya a concentrarme después de esto. De modo que decido cerrar el local y dar un paseo por las calles cercanas para que el frío me despeje la mente y mis ojos se centren en otras cosas que no me recuerden a él. Paso por la cafetería de la señora Norris para coger un café para llevar y después regreso al coche —por fin arreglado— y me dispongo a volver a casa.

***

El viernes llega como un respiro, una bocanada de aire fresco. Aunque hemos hablado todos los días por mensajes, Kenan y yo no hemos mencionado en ningún momento ese casi beso que por poco hace que todo estalle de nuevo. El centro de nuestras conversaciones sigue siendo el trabajo, los niños y poco más. Apenas incluso hablamos del pasado, solo para acordarnos de momentos banales pero buenos y bonitos. Así que puedo respirar con tranquilidad y convencerme de que no volverá a ocurrir.

Aun así, no se me va de la cabeza lo que dijo Becca. Sé que lo primero que tengo que hacer es hablar con Kenan y Alek y confesarles la verdad. No he decidido cuándo o cómo hacerlo, pero quiero convencerme de que nunca va a existir un momento adecuado y que esperar a que llegue solo es un mecanismo de defensa de mi cerebro para retrasar lo inevitable. El cómo, supongo, dependerá de dónde estemos y lo que me nazca. No todo puede planearse en esta vida y mucho menos una conversación tan importante como la que tengo pendiente con ellos.

Esta noche, en lugar de pedir pizzas y cenar en casa, decidimos ir a un restaurante del centro del pueblo. Esta vez estamos Kenan y yo con los niños, ya que Alek e Ivana tenían que acudir al baile de invierno; no me ha hecho falta más que una mirada para que entendieran que debían tener todo tipo de cuidado, no me apetece vivir otro embarazo adolescente.

A Ethan, Jacob y Lucy les encanta el plan. Disfrutan como los enanos que son y se ríen con los juegos y pasatiempos de sus manteles de papel. Es curioso cómo cada uno tiene sus gustos tan definidos como para sentir predilección por un pasatiempo u otro. A Lucy le encanta colorear, Ethan prefiere la sopa de letras y Jacob se entretiene buscando las diferencias entre dos fotos muy parecidas.

Levanto la cabeza y me encuentro con la mirada de Kenan. Él sonríe y se encoge de hombros. Al menos, podemos decir que están entretenidos y así cambiamos un poco el plan de los viernes. Salimos y disfrutamos del pueblo. Cuando llega nuestra cena, los pequeños dejan sus pasatiempos y se centran en devorar la pizza de jamón y queso que los tres comparten. Kenan y yo hemos pedido una barbacoa para los dos también y nos la comemos con gusto mientras bromeamos con los niños y les contamos anécdotas de cuando cenábamos con todo el grupo de amigos.

—Ag, qué asco —dice Lucy arrugando el gesto y mirando a su tío—. ¿Te comiste la pizzas cuando la chupó?

Sonrío mientras bebo de mi refresco. Ese recuerdo siempre me hace reír.

—No iba a echarme atrás después de que me retara de esa forma —le explica Kenan antes de mirarme con picardía—, aunque creo que nunca llegué a devolvértela.

—Porque nada puede superar eso.

—Oh, claro que sí.

Antes de que pueda pensar qué ha querido decir, se agacha y saca la lengua todo lo que puede para pasearla por cada uno de los pedazos de nuestra pizza que quedan en la bandeja. Yo me río sin creerme que haya sido capaz de hacerlo mientras los niños le observan entre asqueados y sorprendidos; Jacob, en realidad, se ríe con malicia

porque sabe lo que viene ahora. También yo lo sé. Kenan se incorpora y me mira con ojos burlones y maquiavélicos.

—No pienso probar eso —sentencio entre risas.

—¿Vas a ser una cobarde?

No me da tiempo a replicar porque enseguida empieza a cacarear como una gallina, moviendo los brazos de arriba abajo mientras esconde las manos bajo sus axilas. Hasta Jacob se le une mientras Ethan y Lucy intentan disimular una risilla.

—No… Para. ¡Para!

Ambos se detienen, pero Kenan no desiste.

—Cómete la pizza.

Miro a los niños y lo miro a él. No me puedo creer que esto esté pasando. Que ya no somos unos adolescentes incautos, estamos cerca de los cuarenta.

—Venga, gallinita. No querrás que tus protegidos te vean como una cobarde, ¿no?

—Eres lo peor.

No contesta, pero su sonrisa se ensancha y me guiña un ojo de una forma tan íntima que me obligo a no pensar en ello. Al final, cojo una porción de pizza y, sin pensármelo dos veces, me meto la punta en la boca. Mastico con los ojos cerrados y fingiendo poner cara de asco.

Cuando los abro, veo las mismas expresiones en sus caras, pero Kenan y yo nos reímos por eso y por la complicidad que seguimos teniendo. Me siento cómoda en este ambiente, con él, lo admito. Y eso me encanta, pero también me da un miedo terrible, porque ya he pasado por esto, ya he vivido estos momentos y estas emociones, y no salió bien. De hecho, salió de la peor manera, y odiaría tropezar de nuevo con esa piedra. Porque caerme con ese obstáculo podría hacer que no volviera a levantarme nunca.

Capítulo 19
Kenan

—¿Y bien? ¿Qué os parece la idea?

Mis ojos vuelan hacia Nivi, esperando una reacción por su parte.

No es la primera vez que quedamos Becca, Nivi y yo para tomar un café por la mañana. De hecho, creo que esa tradición la tenían ellas y fui yo quien se acopló, pero me viene genial hacerme el loco porque así me aseguro de pasar un rato con ellas todos los días.

«Especialmente con Nivi», matiza una voz en mi cabeza.

Desde que casi nos besáramos en su oficina, he sentido esta necesidad de arañar minutos al día para verla, hablar con ella o cualquier cosa. No es que haya intentado que la situación se repitiera porque ya me quedó claro, aun si no dijo nada, que ella prefiere que actuemos como si no hubiera ocurrido. Y en realidad no ocurrió, pero los dos sabemos que no hace falta que algo pase para que nazcan sentimientos como los que una vez tuvimos, así que es mejor cortar por lo sano y no caer en tentaciones que puedan complicarlo todo.

—No sé yo si tenemos edad para esas cosas —es la respuesta de Nivi y tanto Becca como yo la miramos horrorizados.

—¿Puedes dejar de hablar como si tuvieras ochenta años? —la regaña Becca por los dos—. Todavía no has cumplido los treinta y cinco.

—No están demasiado lejos tampoco.

—¿Y qué? Aunque los tuvieras, no tendría sentido que usaras ese argumento. Venga, anda, es una noche —continúa intentando convencerla—. Alek e Ivana pueden quedarse con los niños. También con Lucy —dice mirándome a mí—. No tenéis excusa para negaros.

—Yo no me he negado —intervengo—. De hecho, me apetece bastante. Hace mucho que no salgo a tomar una copa y no me importaría echarme unos bailes.

Esta vez son ellas dos las que me miran con los ojos como platos, incrédulas.

—¿Desde cuándo bailas? —me pregunta Nivi—. Si durante los bailes del instituto casi teníamos que agarrarte entre tres para que te dignaras a pisar la pista.

—Ese era el Kenan adolescente, el que quería hacerse el interesante siendo un poco arisco…

—¿Un poco? —dice Becca, pero la ignoro.

—… y hacía como que pasaba de todo. El Kenan adulto tiene ganas de pasar una noche de diversión con sus amigas.

Nivi nos mira a ambos sin estar del todo convencida.

—¿Solo nosotros tres?

—Puedo proponérselo a Claire.

—¿La profe de los peques? —pregunto con el ceño fruncido.

—Íbamos juntas al instituto —me aclara Becca—. Y a James —añade con tono burlón mirando a Nivi, la cual pone los ojos en blanco—. He oído que ha venido a pasar unos días con su familia.

—Pues que aproveche y haga eso, sí.

—¿Quién es James?

Ambas me miran como si tuviera que saber de quién se trata. Hasta que Nivi responde con voz aburrida mirando su taza.

—Mi novio del instituto.

—Y rollo esporádico de los últimos quince años —añade Becca, y parece estar a punto de decir algo más, pero la mirada asesina de Nivi le corta las palabras y a mí casi me hace sonreír, aunque no digo nada.

Creo que ya me acuerdo de él. Jugaba en el equipo de *rubgy* si no recuerdo mal y salió con Nivi al mismo tiempo que yo lo hacía con Kate. Nunca le he preguntado a Nivi cómo rompieron. Me gustaría saber qué ocurrió. Aunque viendo la reacción de la pelirroja, mejor no preguntar. Así que opto por alzar la cabeza para darles a entender que ya sé de quién se trata y continuamos la conversación. Entonces me viene un nombre a la cabeza y no me lo pienso antes de decirlo en voz alta.

—Podemos llamar a Kyle. —Joder, ese silencio no me lo esperaba. Ni tampoco la mirada que intercambian las dos, como si estuvieran manteniendo una conversación mental en la que Nivi le pide a Becca que respire hondo antes de responder—. O no —termino por añadir con tal de romper ese incómodo y estruendoso silencio.

—Kyle… está de viaje. Viaja mucho —contesta Becca sin entrar en detalles.

—Ah —digo sin más porque tengo la sensación de que cualquier cosa que pronuncie relacionada con nuestro antiguo amigo podría ganarme una de esas miradas asesinas, pero por parte de la morena.

Me apunto mentalmente preguntarle en algún momento a Nivi qué ocurrió entre Becca y Kyle para que ella termine por ni siquiera querer oír su nombre, aunque estoy seguro de que se me olvidará.

No intervengo mucho más, pero tampoco se nombra a demasiada gente. Al final, acordamos que el día de salida será el sábado por la noche, que Alek e Ivana harán de niñeras con los peques y que nos quedaremos por el pueblo en algún pub que conocen las chicas y que no está mal de ambiente y precio.

Los dos días que quedan para entonces se pasan más rápido de lo normal. Quizás porque tengo ganas de despejarme y tomarme una cerveza sin los niños delante ni preocuparme por nada más que

charlar con alguien y echar algún baile. Así que cuando llega el sábado por la tarde, me pongo unos vaqueros, una camisa negra con camiseta de manga corta debajo y unas zapatillas negras y blancas. Me engomino el pelo hacia atrás y escribo al grupo que Becca creó hace unos días con Nivi y conmigo para informarles de que ya salgo de casa.

Conduzco por el pueblo y aparco cerca de la dirección que me dieron el otro día. Después, camino unos metros hasta llegar al local en cuestión. Por la contestación de Becca de hace unos minutos, las chicas ya están dentro, así que no me demoro en internarme en el ambiente del pub. El cambio de temperatura es palpable, así que me deshago del abrigo a los dos pasos y poco me falta para quitarme también la camisa. Doy una vuelta por el local y no tardo en encontrarlas. Las tres están sentadas alrededor de una mesa redonda de cristal mientras charlan y ríen animadas.

—Buenas noches, señoritas —las saludo cuando estoy junto a ellas.

Las tres me sonríen y hacen un hueco entre Becca y Nivi. No conozco a Claire más allá de la relación padre-maestra, pero siempre me ha parecido una chica simpática y, si Becca es amiga suya desde el instituto, supongo que tiene que ser así.

Le pido al camarero una cerveza cuando pasa por nuestro lado y enseguida la tengo delante de mí. Doy un trago largo que me sabe a gloria y no tardo en internarme en la conversación de las chicas. Al principio hablan de los niños; tanto Claire como Becca son profesoras, cada una en su campo, y se entienden bastante bien. Después, ampliamos al trabajo y ahí Nivi habla de la empresa y yo de mi proyecto emprendedor.

Las copas, la cerveza y los cócteles empiezan a acumularse en la mesa y, cuando el camarero pasa a recogerlas, puedo contar unas ocho copas vacías. Hemos picado algo, sí, pero eso no impide que el alcohol haga de las suyas y nos desinhiba hasta el punto de no parecer nosotros mismos.

—Venga, vamos a bailar.

Levanto la cabeza hacia Nivi, que se ha puesto de pie y me tiende la mano después de colocarse sus pantalones negros de cuero que, lo admito, no he podido obviar cuando se ha levantado para saludarme al principio de la noche. Se le marcan todas las curvas de la cintura y las caderas, es imposible no posar los ojos aunque solo sea un segundo. Y no, eso también lo confieso, no la he mirado solo un segundo.

—Eh —le ha faltado chasquearme los dedos en la cara para que la mire—, ¿no decías que ya no eras ese muermo que se quedaba en la silla durante los bailes? Vamos a la pista y me lo demuestras.

Acepto su mano y la aprieto con fuerza de forma inconsciente

cuando noto la descarga eléctrica que recorre mis dedos al rozar los suyos. Ella tira de mí hacia el grupo de personas que se amontonan en lo que parece ser la pista de baile y nos perdemos entre cuerpos. Cuando Nivi se gira y se encara conmigo, apenas queda espacio entre nuestros cuerpos. Sus brazos se apoyan cada uno en uno de mis hombros y mis manos se posan a ambos lados de su cintura cuando empieza a contonearse al ritmo de la música.

No reconozco la canción, pero no lo necesito. Ni siquiera me importa el estilo de música que sea, porque todos mis sentidos, excepto el tacto, se han apagado en el momento en que Nivi ha comenzado a balancearse pegada a mí, con su pecho rozando al mío y sus caderas moviéndose de forma insinuante. No puedo verle la cara, porque está enfocada hacia lo que hay a mi espalda, pero no me importa.

Estoy demasiado obnubilado por la cercanía de su cuerpo y lo que su contacto me está haciendo sentir como para pensar en nada más. Como si se me hubieran muerto todas las neuronas y el único pensamiento —racional o no, eso no quiero juzgarlo— sea que no quiero que acabe la canción, porque me faltaría el aire si ella se separase de mí ahora. Además de que no estoy seguro de cómo afectaría a esta nueva relación de solo amistad que tenemos que viera lo excitado que estoy por tocarla y porque me baile de esta forma.

No sé cuánto tiempo pasamos en esa postura, ni cuándo he empezado a seguirle el ritmo, como si buscara su roce, pero tengo la sensación de que hemos pasado de canción ocho veces sin separarnos. Tampoco estoy seguro de que sea lícito o moral que esté disfrutando tanto con el roce de su muslo en mi entrepierna, pero no quiero que termine. Si es lo único que voy a tener de ella y si puedo echar la culpa al alcohol, pienso aprovechar cada centímetro que mi piel toca la suya incluso si es a través de la tela.

Solo despierto de ese trance cuando, por un impulso que no sé de dónde ha salido, agacho la cabeza y beso su hombro desnudo por el top blanco sin tirantes que lleva. Despierto porque veo su piel erizarse y la siento incorporarse. Su cara queda a pocos centímetros de la mía y, aunque sus ojos siempre me han parecido hipnóticos, sobre todo cuando me mira de esa forma tan inocente y atrevida al mismo tiempo, lo que más atrapa mi mirada son sus labios. Tan rosados y apetecibles, especialmente con ese brillo que se ha dado esta noche y que solo me da más ganas de besarla.

No me lo pienso. ¿Para qué? Puedo pensar que este deseo es cosa del alcohol, pero lo cierto es que llevo queriendo besarla desde que volví a verla. La cerveza solo es una excusa para dejarme llevar y este baile y este pub, el momento y lugar que el destino ha elegido para que lo que sentí una vez por Nivi vuelva a aparecer. Por eso, no me lo

pienso y me inclino para unir mi boca con la tuya y besarla como me pide el cuerpo.

El problema es que, por mucho que yo haya aceptado que esto es lo que deseo, ella tiene que estar de acuerdo y desearlo también. Bueno, no es un problema exactamente, pero sí el motivo por el que nuestros labios no llegan a rozarse. Nivi se aparta, echando el cuello hacia atrás y me mira con una mezcla de arrepentimiento y tristeza.

—No podemos —leo en sus labios porque la música no me deja escucharla, y a mí se me cae el alma a los pies al revivir esa sensación de asfixia y desesperación de aquella última vez.

—No me digas eso, por favor. Otra vez no.

Sé que me ha entendido porque su mirada se torna más atormentada y dolida. Sabe lo que he querido decir y a qué momento de nuestra historia me refería. Su única respuesta es sacudir la cabeza a ambos lados y marcharse, dejándome solo en medio de la pista, rodeado de gente que no tiene ni idea de lo roto y confundido que me siento. La única persona que no baila. Porque la única persona con la que querría hacerlo le ha dicho que no es posible.

Capítulo 20
Nivi

Fue un error. Bailar con él de esa forma, dejarme llevar por el alcohol, las feromonas, el ambiente cargado del pub… Todo fue un error. Lo tengo claro. Lo único coherente que hice el sábado por la noche fue apartarme cuando Kenan intentó besarme. Aunque después me doliera la forma en que me suplicó que no le dijera la misma frase otra vez. La misma frase que salió de mis labios la última vez que me besó.

Es lunes. Hace dos días que casi salí huyendo despavorida del pub como si me persiguiera un puma hambriento y yo fuera lo único comestible a su alcance. Soy patética. Treinta y cuatro años y sigo comportándome como una chiquilla de quince. Sigo corriendo cada vez que algo me asusta.

Ayer hablé con Becca largo y tendido y, aunque me repitió todo lo que ya me había dicho en otras ocasiones, esta vez pareció más comprensiva. Supongo que escucharme tan nerviosa apaciguó su tono. Es innegable la atracción que existe entre Kenan y yo; no puedo engañarme. Y si fuera cualquier otra persona, me dejaría llevar, de verdad, una noche o dos de sexo salvaje y satisfactorio lo solucionaría todo. La parte mala de esto es que se trata de Kenan, de que tenemos una historia y todavía hay un cabo suelto que ni él se imagina.

Estoy en la oficina y todavía me queda una montaña de papeles y contratos que leer y firmar, no sé cuántas llamadas por hacer y no tengo ganas de nada. En estos momentos, desearía no ser mi propia jefa y fingir estar enferma para no tener que ir a trabajar. La cara mala de emprender. Suspiro y me recojo el pelo en una coleta maltrecha antes de obligarme mentalmente a separar el horario de trabajo de los dramas personales.

Me concentro todo lo que puedo en el papeleo y las tareas que de mi lista de quehaceres. Intento que la mañana sea productiva y adelantar todo lo que pueda, porque sé que, si hoy no hago nada, el trabajo se acumulará para el resto de la semana y entonces querré tirarme por una ventana. A la hora de comer, me permito despegar los ojos del escritorio y soltarme la coleta, que empezaba a tirarme del pelo. Llamo al restaurante italiano donde hemos comido Kenan y yo alguna vez y pido que me traigan la comida.

El rato que estoy esperando lo empleo en distraerme con el móvil y contestar algunos mensajes de Becca y Alek. Kenan no me ha escrito desde que nos despedimos en el pub la otra noche. Puede que él

también necesite unos días para despejar su mente y darse cuenta de que no estaría bien que nos dejáramos llevar.

Unos nudillos tocando la puerta me obligan a levantar la cabeza del móvil y el culo de la silla. Me acerco a la entrada y la abro. Me quedo bloqueada, de piedra y sin respiración cuando veo que la persona que está de pie frente a mí no es el repartidor del restaurante.

—Kenan, ¿qué…?

No me da tiempo a preguntarle qué está haciendo aquí, porque en un pestañeo está pasando por mi lado y entrando como una exhalación en el local. Después de unos segundos de incomprensión, cierro la puerta y me giro hacia él, que permanece en medio de la sala diáfana que es la entrada.

—¿Ocurre algo? —pregunto cuando lo veo tan nervioso. Empieza a preocuparme que le haya ocurrido algo a él o a Lucy.

—Sí, claro que ocurre. —No lo había visto tan alterado desde que regresó, así que, como le conozco, lo mejor es que lo deje desahogarse—. Nivi, no es la primera vez que pasamos por esto.

Cierro los ojos y noto mis hombros hundirse. Una parte de mí quería pensar que no íbamos a hablar de este tema, pero parece que ya no vamos a fingir más. Está bien, entonces es el momento de sincerarse y hablar de sentimientos.

—Ken… —empiezo a decir, hasta acorto su nombre como no había hecho desde la última vez que lo vi, pero él me interrumpe.

—El destino sigue juntándonos, Niv, ¿no lo ves? Aunque hayamos caminado separados y nos hayamos convertido en extraños, al final, siempre regresamos el uno al otro. Aunque pasaran mil años y quisiéramos engañarnos, mentirnos y creernos nuestras propias mentiras, nada va a cambiar lo que llevamos sintiendo toda la puta vida.

Tiene razón. Joder, tiene toda la razón. Desde que nos conocimos hemos tenido esta conexión, esta sensación de hogar que, por mucho que tuviéramos al resto de la familia, siempre encontrábamos en el otro. Ni siquiera el paso de los años ha conseguido borrarlo. Siempre acabamos regresando a nosotros.

Me gustaría decir algo, lo que fuera, pero la intensidad y la fuerza de sus palabras junto con la gran verdad que me negaba a ver y ha tenido que mostrarme él… me han dejado sin habla, anonadada, sin un hilo de pensamientos del que tirar.

—¿Es que vamos a estar siempre huyendo? —Su pregunta me llega con un tono cansado y derrotado.

Cuando lo miro, me duele el pecho de pensar que esta vez he sido yo la que le ha hecho sufrir a él y no, no me siento nada orgullosa. Ojalá supiera cómo arreglarlo, dar marcha atrás para no meternos en este laberinto con tantos pasadizos y esquinas falsas.

—No, supongo que no —es lo único que se me ocurre decir.

Me encantaría ser capaz de pronunciar algo más, pero el torbellino de pensamientos que tengo en la cabeza no me lo permite. Lo único que puedo hacer es mirarle con la esperanza de que comprenda lo que quiero decir, lo que me encantaría decirle. No sé si llega a entenderme o no, solo sé que no puedo moverme, como si mi cuerpo se hubiera paralizado, cuando Kenan deshace sus pasos y avanza hasta mí con una decisión que hacía tiempo que no le veía.

No me da tiempo a preguntarme —mucho menos a él— qué más tiene que decir, porque, cuando está a mi altura, ni siquiera se lo piensa dos veces antes de colar una mano por mi cintura, otra por mi nuca y alzarme hasta que su boca toca la mía con necesidad. De la inercia, mi espalda queda apoyada en el cristal de la puerta y, de forma inconsciente, mis manos vuelan a su cuello y mis ojos se cierran.

No había olvidado el sabor de los besos de Kenan, tan dulces y ardientes al mismo tiempo. La necesidad con la que su lengua siempre busca la mía y la fuerza con la que parece querer respirarme. Yo no me siento diferente. Ojalá pudiera dejar mis dedos enredados en su pelo durante horas y que los suyos siguieran apretándome contra él como ahora.

Mi corazón late tan deprisa que podría salir disparado de mi pecho y me daría completamente igual porque en este instante lo único que quiero sentir son los labios de Kenan sobre los míos y sus manos recorriéndome entera. Ni siquiera puedo contener el gemido que escapa de mis labios cuando su boca besa mi barbilla y, después, mi cuello.

Al oírme jadear, él regresa a mi boca, como si necesitara tragarse cada uno de los sonidos que emito. No sé si es la necesidad de sentirlo cerca, de que no deje de besarme o ver cuánto me desea, pero saco mi lado más atrevido y, de un salto, enrollo las piernas alrededor de su cintura. Él lo entiende enseguida y me sujeta por los muslos antes de apoyarme en un mueble cercano y seguir devorándome con boca y manos. Sus dedos me recorren las piernas y se aferran a la parte baja de mi cintura con fuerza mientras las mías aprietan sus hombros.

—No me pidas que pare —murmura contra mi boca.

Sé a qué se refiere, porque no sería la primera vez que nos encontramos en esta situación y le recuerdo que no está bien, pero… Si algo nos hace sentir así de bien, no puede ser tan malo, ¿no?

—No pensaba hacerlo —le devuelvo el susurro antes de seguir besándolo con todo el deseo que no sabía que escondía.

Seguimos besándonos como si bebiéramos el uno del otro. Con esa necesidad y desesperación con la que se encuentra un oasis en el desierto. Las manos de Kenan vuelan por mis costados, apretando la

ropa contra mi piel y haciéndome arder. Continúan su camino hasta mi cuello y mi cara y consigue hacerme gemir y echar la cabeza hacia atrás. Es tan evidente lo excitados que estamos que me cuesta creer que estemos aguantando tanto.

Kenan se separa a pesar de mis quejas y me mira desde arriba con una oscuridad en la mirada que no le había visto nunca y que me eriza la piel, pero también me hace sentir más deseada que en toda mi vida. Me pongo de puntillas para cogerlo de la nuca y besarlo de nuevo. Él no tarda en inclinarse sobre mí, sujetando mi cara y acariciándome la barbilla con el pulgar, gesto que hace que me pierda del todo en él.

Sin embargo, cuando estoy a punto de suplicarle otra vez que no se detenga, ambos escuchamos a alguien llamando a la puerta.

Nos detenemos de golpe. El pecho de ambos subiendo y bajando con violencia a causa de nuestras respiraciones aceleradas y entrecortadas. Nos miramos como traídos de vuelta de un trance. Sus labios están tan hinchados como deben de estar los míos. Siento las mejillas ardiendo, pero no me avergüenza. Ni siquiera siento ese arrepentimiento que creí que me atacaría cuando recuperara la cordura.

—Joder, ¿estabas esperando a alguien? —me pregunta entre preocupado y desesperado por haber interrumpido el momento.

—Es el de la comida —respondo lamiéndome los labios para recuperar el aliento.

Me echo el pelo hacia atrás y un destello de sus manos enredadas en él de hace apenas unos segundos me eriza la piel. No nos atrevemos ni siquiera a mirar al otro. Bueno, yo no me atrevo a mirarlo a él, así que no tengo ni idea de si a él le ocurre lo mismo. Lo único de lo que estoy segura es que no me siento mal. Confusa, sí. Excitada, también. Pero no culpable. Y quiero pensar que eso puede significar algo diferente. Que puede significar algo… bueno.

Capítulo 21
Kenan

No lo había planeado así. Mi única intención al venir a ver a Nivi era hablar de nosotros, de nuestros sentimientos y lo que deseamos. Supongo que siempre hay un elemento sorpresa y ese ha sido que ambos nos teníamos más ganas de las que imaginábamos. Cuando la he besado, no solo he sentido alivio por rozar sus labios de nuevo. También he notado una creciente necesidad de demostrarle cuánto la deseaba —cuánto la deseo— y perderme en ella, en su aroma, en su sabor.

Se me ha nublado todo pensamiento coherente y he perdido por completo la cordura cuando me ha correspondido casi tan desesperada como yo. Si no hubiera sido por el repartidor del restaurante que ha llamado a la puerta y nos ha interrumpido, a saber adónde habría sido capaz de llegar.

Hace casi tres minutos que han tocado la puerta y ninguno de los dos se ha movido del sitio. Nivi sigue apoyada en ese mueble donde la he subido en un arrebato, con la respiración tan acelerada como la mía y las mejillas tan sonrojadas que me recuerda a nuestra adolescencia. Yo, mientras tanto, todavía estoy entre sus piernas, también intentando recuperar el aliento y asentar mis pensamientos. El muchacho debe de pensar que no hay nadie.

Al final, me doy cuenta de que, si no me aparto, Nivi no podrá bajarse de ahí y, por tanto, tampoco abrirá la puerta. De todas formas, cuando doy un paso hacia atrás, sintiendo un frío terrible por la falta de su contacto, soy yo quien toma la iniciativa y me dirijo a la puerta. Cuando la abro, el repartidor parecía estar a punto de marcharse.

—Perdona —me disculpo con una sonrisa educada y el tono más entero que me sale—, no hemos oído la puerta —miento descaradamente y casi puedo sentir los ojos incrédulos de Nivi sobre mí, aunque no me vuelvo hacia ella—. ¿Querías algo?

—Eh… Traigo la comida —dice levantando el brazo con una bolsa colgando.

Entonces se me enciende una bombilla en la cabeza y mi boca prácticamente actúa sola. Frunzo el ceño de forma dramática y miro la bolsa y luego al muchacho.

—No hemos pedido nada.

—¿Cómo? —Parece confuso. Casi me siento mal por jugársela así, no parece más que un crío de veinte años.

No desvío la mirada de él, pero puedo ver por el rabillo del ojo a

Nivi haciendo gestos y moviendo la boca para que le haga caso. Seguramente esté diciéndome que es la comida que ha pedido ella y que qué estoy haciendo. En cuanto tenga oportunidad de cerrar la puerta, se lo explicaré.

Solo me permito desviar un momento los ojos del chico cuando este saca un papel del bolsillo y se pone a leerlo; debe de ser la dirección que le han dado en el restaurante. Entonces veo a Nivi con las manos hacia arriba, como si me preguntara qué me traigo entre manos. Me contengo para no sonreír y delatarme y vuelvo con el chico, que me enseña el papel con la dirección.

—Sí, sí, es este local, pero no hemos pedido nada. Lo siento.

—Puede que lo hayan apuntado mal —duda sin dejar de mirar la nota.

—Seguramente.

—Siento haberles molestado.

—Sin problema.

Se despide con una sonrisa apurada y le pierdo de vista por la calle. Entonces cierro la puerta y me vuelvo hacia la pelirroja despeinada y acalorada que me mira desde mi izquierda. Joder, está preciosa. Y si esta es su cara después de un beso… No quiero imaginarme tras hacer el amor.

—¿Se puede saber qué pretendes? Era mi comida y estoy hambrienta.

Una sonrisa torcida y burlona aparece en mi boca antes de contestar.

—Ya, lo he notado.

A juzgar por cómo entrecierra los ojos para fulminarme y el color rojizo que vuelve a su cara, creo que ha entendido a qué me refería.

—Capullo arrogante…

Se me escapa una carcajada sin que pueda evitarlo. Deshago la distancia que hay entre nosotros hasta quedar a pocos centímetros de ella. Me quedo mirando sus preciosos ojos castaños, esos que me observan con un brillo que solo veía cuando estaba conmigo en aquella cocina.

—Vamos a dejar de mentirnos a nosotros mismos, ¿vale?

Su mirada se torna oscura durante un segundo, pero enseguida sonríe de nuevo y, tras un suspiro, asiente con la cabeza.

—Es que… Hay cosas que quiero… que tengo que contarte y…

—Tenemos todo el tiempo del mundo, pelirroja. Ahora todavía déjame saborear lo que acaba de pasar porque… Guau.

Su sonrisa se ensancha y sé que piensa lo mismo. Ni siquiera hay palabras para describir lo que acabo de sentir al volver a besarla, cuando pensé que no ocurriría nunca más. Enlazo mis dedos con los suyos y apoyo la frente en la suya. La veo cerrar los ojos y adoptar una

expresión de paz que me impacta porque nunca la había visto en ella después de besarnos. Por fin aparece.

—¿Me dejas que te invite a comer? —susurro sin apartarme.

Nivi abre los ojos y separa su cara de la mía para mirarme con una ceja levantada de incredulidad.

—¿Dejarte? Te voy a obligar —me espeta tan seria que me hace sonreír—. Por tu culpa se han ido mis raviolis de queso. No es cuestión de que te deje invitarme, es que *vas* a invitarme.

Una nueva carcajada sube por mi garganta y esta no tarda mucho en contagiársele a mi pelirroja favorita. No lo sabía, pero esto era lo que necesitaba para sentirme completo: oírla reír, compartir momentos con ella… Besarla. Una y otra vez. Hasta que se me cayera la boca. Y no contenerme.

Como justo cuando estamos a punto de salir del local, con la chaqueta y su bolso. Me vuelvo hacia ella y, cogiendo sus mejillas con ambas manos, la beso con suavidad, degustando su sabor. Es un beso corto y no demasiado apasionado, pero ahora quería que se tratara más de intimidad, la que quiero recuperar con ella.

Nivi me mira con los ojos entornados y los labios entreabiertos.

—No voy a disculparme por esto, pelirroja —le susurro a pocos centímetros y sin soltarla todavía—. Ni por lo que quiero contigo. No estamos haciendo nada malo. Quiero que tú también lo entiendas.

Tarda unos segundos, pero, aunque sus ojos se habían vuelto opacos por un momento, termina por apretar los labios y asentir con una decisión en la mirada que me encanta. Entonces sonrío, y ella sonríe. Un beso breve más y nuestras manos vuelven a entrelazarse antes de abandonar el local en el que, sin decir apenas palabra, ambos nos hemos sincerado sobre lo que sentimos.

Julio de 2006

Kenai, Alaska

Habían sido dos días muy intensos. El terror, la tristeza y la soledad se mezclaban en el corazón de Nivi como un tornado infinito del que no era capaz de deshacerse. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba sin dormir. A pesar de que su cuerpo estaba agotado y le exigía un descanso, su mente no era tan benévola. No paraba de revivir cada instante, cada emoción y cada palabra pronunciada y oída desde aquella mañana.

La mañana en que Kate falleció.

El forense le había dicho que, tras una operación tan delicada como la que había vivido, el porcentaje de fatalidad era más elevado que en una intervención rutinaria. Por lo que pudieron explicarle y ella fue capaz de entender, había sufrido una complicación durante la noche, la herida se había abierto y eso había provocado el sangrado excesivo y, por tanto, que sus funciones cerebrales se desactivaran. Habrían podido intubarla e inducirla en coma, pero nada les aseguraba que en algún momento fuera a despertar.

Hacía menos de cuarenta y ocho horas que Nivi había sentido su mundo desmoronarse y todavía no tenía fuerzas para mirar las ruinas que quedaban. Entre la congoja constante arraigada en su cuerpo y todos los trámites por los que había tenido que pasar, apenas había podido pensar en otra cosa que no fuera en Kate y en todo lo que había sufrido para nada.

No había comido más que un pequeño sándwich de la máquina del tanatorio que Becca le obligó a ingerir entre quejas y a duras penas había digerido la mitad. Tenía el estómago cerrado y terminó vomitando parte del bocadillo entre sollozos. Pensar en comer o dormir le resultaba una tortura; lo único que habitaba su mente era la pérdida de su amiga y todo lo que había dejado atrás.

Era de noche y, en parte, sentía que por fin tenía unos minutos de paz, de estar a solas y poder desahogarse sin que nadie quisiera consolarla. Deseaba llorar a su amiga en privado, gritar y moquear todo lo que el cuerpo le pidiera hasta quedarse vacía y librarse del dolor, aunque ni mil años de lágrimas paliarían esa pérdida.

Se sentó en el sofá que quedaba frente al cristal que mostraba a una Kate sin vida, pálida y con los ojos cerrados. Nivi se quedó mirándola sin contener los sollozos. Le habían dado la opción de cerrar el ataúd para que nadie la viera, pero, tras pensarlo unos minutos, decidió que lo mejor era dejarlo abierto para que todo el que quisiera pudiera despedirse de ella en condiciones. Además de que estaba preciosa rodeada de tantas flores, en

opinión de Nivi. Siempre había sido una mujer muy guapa y la enfermedad y los tratamientos no habían podido con eso.

Nivi echó el cuerpo hacia atrás y dejó que sus hombros se hundieran y le dieran un respiro. Mentalmente revivió todas las anécdotas felices y divertidas que había compartido con Kate, porque quería quedarse con lo bueno y no con el sufrimiento que había crecido en ella en los últimos días.

Una nueva lágrima, tímida, descendió por su mejilla en silencio. Nivi apenas pestañeó, pero fue suficiente para que las demás se atrevieran a recorrer su cara y se acumularan en su barbilla. Fue incapaz de retener el sollozo que se escapó de sus labios unos instantes después y creyó que por fin iba a destaponar todo lo que le estaba matando por dentro.

Sin embargo, tuvo que apretar los labios y tragar saliva cuando escuchó la puerta de la sala abrirse. Cerró los ojos momentáneamente, buscando una pizca de serenidad, y se pasó una mano por la cara para apartar los restos del llanto de hace un momento. Sabía que tendría el rostro colorado y los ojos hinchados, pero con eso no podía hacer nada.

Se puso de pie, colocándose el pantalón vaquero y la chaquetilla negra que Becca le había llevado para pasar la noche, alejó la mirada de Kate para dirigirse a la otra zona de la sala, separada de aquella en la que se mostraba a la persona fallecida, y fue a recibir a quien quisiera presentar sus respetos y condolencias.

Lo que no esperaba era encontrar la figura que halló en aquel momento, observándola con tristeza y compasión pero con los mismos ojos en los que siempre había sentido ahogarse.

Capítulo 22
Nivi

La cara de Becca no tiene comparación. Hace como dos minutos que le he contado lo que ha pasado entre Kenan y yo esta mañana y su reacción ha sido quedarse mirándome con la boca entreabierta.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿Crees que bromearía con eso?

—¿Con enrollarte con un tío? ¿Sí?

—Con enrollarme con Kenan.

Madre mía, si es que lo digo en voz alta y ni yo me lo creo. No me extraña que ella tampoco se fíe de mis palabras.

—Guau —reacciona por fin—. En serio, guau. Pensaba que hablarías con él sobre Alek antes de hacer nada, pero si te has querido dar una alegría antes…

—No ha sido planeado —entro en detalle mientras nos tomamos un café esa misma tarde en la cafetería del polideportivo. Después de que Kenan me invitara a comer, decidí que me tomaría el día libre y vine aquí a ver a mi amiga y pedir su consejo—. El sábado tuvimos un roce —nunca mejor dicho, claro, porque rozarnos nos rozamos una barbaridad— y esta mañana vino al local nuevo para hablar de ello.

—¿Y habéis acabado echando un polvo en el suelo rodeados de cajas y papeles de periódico?

—No —contesto y una sonrisa se dibuja en mi cara al recordar el momento en que estaba segura de que terminaríamos cruzando esa línea—, no hemos llegado a tanto.

—Entonces, ¿ahora estáis juntos?

—No lo sé —me sincero—. Hemos hablado de sentimientos, sí, y admito que ha sido probablemente el mejor beso de mi vida, pero no hemos hablado de lo que significa o de qué va a ocurrir a partir de ahora. —Suspiro—. Si te soy sincera, por mucho que me haya gustado, ahora tengo más miedo de contarle lo de Alek.

—Porque has visto que funcionáis bien y que los dos seguís sintiendo lo mismo y ahora estarás arriesgando también eso, ¿no?

Hablar con Becca siempre es fácil, porque entiende lo que quiero decir aunque no tenga idea de cómo expresarlo. Lo de esta mañana con Kenan empezó siendo una conversación a traición sobre nuestros sentimientos y terminó siendo la explosión de los mismos y la prueba de que nos atraemos tan irremediablemente como dos polos opuestos.

—Lo he hecho mal otra vez, ¿verdad?

Aunque tenga la mirada clavada en mi café, sé que Becca suspira y

se acerca a mi silla con la suya antes de posar sus manos sobre las mías y hacerme levantar la cabeza en su dirección.

—Te has dejado llevar, eso es todo —contesta en un intento por consolarme—. Quizás no era el momento, pero arrepentirse ahora no tiene sentido. Lo que puedes hacer es arreglarlo y contarles la verdad a ambos antes de que se haga más grande y entonces explote de verdad.

Escucho sus palabras y asiento con la cabeza despacio, más convenciéndome a mí misma que a ella de que es la mejor solución, de que ya no puedo retrasarlo más y que es lo que tengo que hacer. Lo que debo hacer.

—Voy a hablar con ellos —confirmo en voz alta—. Pronto. Lo prometo. Y les contaré todo.

***

Aunque Kenan y yo nos vemos al recoger a los niños del colegio y hablamos a menudo por WhatsApp, no volvemos a estar a solas —mucho menos como en mi oficina ese lunes—. Compartimos varias bromas y sonrisas y cualquiera podría ver la conexión entre nosotros, la forma en que sonreímos y cómo nos miramos. Sé que eso solo complica más lo que tengo que contarle, pero una parte de mí, la que ha vuelto a tener quince años, no quiere renunciar a estas mariposas que Kenan me provoca.

El viernes por la noche, como ya es costumbre, cenamos en casa con los niños. Pedimos pizza y nos la tomamos sentados en el suelo, alrededor de la mesa baja del salón. Me habría gustado aprovechar esta ocasión para hablar con ambos una vez que los niños estuvieran acostados, ya que Lucy va a quedarse a dormir hoy con nosotros. Sin embargo, Alek no está en casa, ha ido con Ivana a pasar el fin de semana a Fairbanks para ver la aurora boreal. Así que estamos los cinco solos.

Jugamos a algún juego de mesa como el Pictionary o el Scrabble por equipos y, cuando vemos que los niños empiezan a bostezar, Kenan me ayuda a llevarlos en brazos hasta el dormitorio de los gemelos. Juntamos las dos camas para que quepan los tres y salimos del cuarto dejando la puerta entornada y la luz apagada. Volvemos al salón y nos dejamos caer sobre el sofá, agotados de toda la semana.

—¿Sabes? —digo después de acomodarme bajo el brazo con el que me rodea los hombros—. Si no estuvieras aquí, llenaría la bañera y me daría un baño con sales y espuma.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Porque estás aquí? —bromeo con una sonrisa.

—De hecho, yo soy una ventaja. —Lo noto acercarse a mi oreja y susurrar—: Puedo enjabonarte y asegurarme de que te relajas del todo.

Me entra la risa, pero eso no impide que se me enciendan las mejillas. Echo la cabeza hacia atrás y lo miro de cerca. Es tan guapo que podría quedarme embobada durante horas y no me cansaría. Siempre fue guapo y atractivo, pero no tiene comparación el Kenan de dieciséis años del que me enamoré una vez con el hombre que tengo delante.

Él inclina la cabeza hacia mí y yo cierro los ojos cuando sus labios chocan con los míos. Me dejo besar y le devuelvo el entusiasmo que va creciendo entre los dos. Una de sus manos me sujeta por los hombros y la otra se posa en mi cintura, debajo de mi camiseta, erizándome la piel. Nos besamos cada vez con más necesidad y tengo que obligarme a empujarlo con suavidad. Él me mira entre confuso y arrepentido.

—Si crees que vamos muy rápido…

Se me escapa una pequeña risotada y tengo que taparme la boca. Me ha hecho gracia lo apurado que se le ve de repente.

—No es eso —respondo sin abandonar la sonrisa—. No se trata de ir deprisa o no. —Me muerdo la lengua, indecisa—. Ya te dije que había cosas que quería contarte y…

—Y yo te dije que teníamos tiempo. No hay prisa —dice para tranquilizarme, pero lo cierto es que, al no saber de qué se trata, no puede hacer mucho para calmar mi ansiedad—. He pasado muchos años sin verte ni besarte. Todavía no quiero abandonar esta fase para entrar en una en la que seguramente haya cosas que no nos gustarán a ninguno de los dos. Déjame disfrutar un poco más.

La forma en que se inclina hacia mí para besar mi cuello y el escalofrío que me provoca su respiración me hacen suspirar. Cierro los ojos y dejo de escuchar esa voz en mi cabeza que me decía que este no era el orden en el que quería hacer las cosas.

Los labios de Kenan descienden por mi cuello mientras sus manos suben por mi costado, erizándome la piel y haciendo que mi cuerpo se arquee por sí solo hacia él. Su boca encuentra la mía y enseguida ese chispazo, esos fuegos artificiales que sentí la primera vez que nos besamos, hacen acto de presencia.

Enredo los dedos en su pelo y le beso como no recordaba que deseara hacerlo. Como me habría gustado hace años y no me permitía. Quizás sea el tiempo que hemos pasado separados o que ahora las cosas son diferentes, pero no me contengo, no me obligo a parar. Necesito más de él. Llevo tantos años necesitándolo y negándomelo a mí misma que ya no puedo seguir haciéndolo.

No puedo seguir reprimiendo lo que siento.

Abro los ojos y me separo de Kenan con mucha fuerza de voluntad. Él me mira entre excitado por la situación y asustado por lo que pueda decir. Le acaricio la mejilla con los dedos y termino por coger su mano sin apartar los ojos de los suyos. No hace falta que diga nada, creo que

él también lo sabe. Me pongo de pie sin prisa y tiro de él para que me imite. Camino hacia las escaleras, con él siguiéndome en silencio, y solo me vuelvo cuando estamos a punto de entrar a mi habitación.

Él no me mira. Se ha quedado observando el pasillo a oscuras. Puede que le hayan venido demasiados recuerdos de golpe y esté un poco afectado. Deshago el paso que nos separa y poso la mano libre en su mejilla con suavidad. Él se gira hacia mí y veo exactamente lo que imaginaba en sus ojos: nostalgia y arrepentimiento.

—Estás aquí —susurro sin haberlo pensado antes—. Lo demás ya no importa.

Pestañea varias veces y amaga una sonrisa. No estoy siendo del todo sincera, pero sé que él también necesita pasar página y dejar de castigarse.

Doy un paso hacia atrás, en dirección a mi cuarto, y tiro de su mano para que me siga. Kenan no se resiste ni aparta la mirada de mí. Cerramos la puerta cuando estamos dentro y el ambiente se carga de intensidad. Nuestros rostros apenas están a unos pocos centímetros de distancia, pero este simple gesto ya se siente mucho más íntimo que cualquier caricia o beso.

No estoy segura de quién de los dos da el primer paso o si lo hacemos a la vez, pero nuestros labios vuelven a rozarse en un beso cálido, suave, tierno, que va cogiendo fuerza. Las manos de Kenan se cuelan por mi cintura y pegan mi torso al suyo mientras las mías ascienden por sus brazos y se anclan a su cuello.

Siento el corazón tan acelerado que me tiemblan las manos y él lo nota. Sus dedos encuentran los míos y los acaricia para tranquilizarme. Después deja varios besos dulces en cada dedo, lo que me hace sonreír.

—Yo también estoy nervioso, pelirroja —murmura muy cerca de mi cara—, pero ni siquiera eso va a detener lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—¿Qué sientes?

Kenan tarda unos segundos en contestar. Cuando lo hace, su mano acaricia mi mejilla en un gesto tan familiar que me hace suspirar.

—Que todo ha merecido la pena solo por estar aquí contigo.

Es extraño. Llevo años desechando de mi mente cada recuerdo suyo, regañándome cada vez que me descubría echándolo de menos… y ahora todo se ha ido al garete. Porque no hacía más que mentirme, engañarme a mí misma diciéndome que no quería volver a verlo. Cuando en realidad seguía siendo esa chiquilla que perdió a su mejor amigo después de enamorarse de él.

—Ken, yo…

—No —me interrumpe en un susurro mientras tuerce la cabeza para encajarla con la mía—, ya no hay más palabras. Quiero demostrarte lo

que siento con acciones.

No me da tiempo a añadir más —aunque tampoco tenía nada que decir— antes de que su boca reclame la mía y mi corazón amenace con salirse de mi pecho. Kenan rodea mi cintura con su brazo y tira de mí hasta que nos topamos con la cama. Giramos sobre nosotros mismos y, sin despegar mis labios de los suyos, me pongo de rodillas sobre el colchón.

Mis manos acarician su abdomen, provocando alguna especie de ardor en él que hace que necesite sacarse el jersey por la cabeza, al que no tarda en seguir el mío y ambos terminan en el suelo.

—Ponte de pie —me ordena y yo obedezco sin rechistar.

Ahora quedo bastante más alta que él. Los labios de Kenan descienden desde mi vientre con tanta lentitud que se me escapan varios jadeos y siento un hormigueo desesperante cuando llega al borde de mi pantalón. Desabrocha el botón y baja la cremallera con su cara casi pegada a la tela y los desliza sin hacerse de rogar.

Su mano en la parte baja de mi espalda me ayuda a mantener el equilibrio mientras los saca por mis piernas, pero enseguida me sujeta por la cintura y me ayuda a tumbarme bocarriba en la cama. Se deshace de su pantalón con rapidez y no tardo en sentir el calor de su piel contra la mía cuando se tumba a mi lado y mi boca busca la suya como si se le escapara la vida.

El tacto cálido de sus dedos en mi costado, su aliento mezclado con el mío, cómo su cuerpo busca mi roce constantemente… No sabía hasta qué punto mi piel anhelaba la suya, ni siquiera sin haberse tocado de esta forma antes. Los brazos de Kenan me rodean y no tarda en desabrochar mi sujetador, del que se deshace muy despacio, deslizando los tirantes con una lentitud casi tortuosa.

Su boca se despega de la mía y desciende hasta atrapar uno de mis pezones. Se me escapan varios gemidos y mi cuerpo solo busca aún más su roce, así que paso una pierna por encima de su cadera, buscando su cercanía. Él también jadea cuando nuestras zonas más sensibles se alcanzan y admito que me encanta. Adoro que solo tocarme le vuelva loco, pero es un arma de doble filo, porque también yo me pierdo al sentirlo.

—Me vas a matar —murmura de forma entrecortada antes de besarme de nuevo.

Se revuelve mientras se coloca de rodillas entre mis piernas separadas y me observa desde arriba. Siento frío en cuanto se despega de mí, pero una ligera ola de calor me recorre cuando Kenan me acaricia las piernas en dirección ascendente. Toca la tela de mi ropa interior y no duda en agarrarla y tirar de ella hacia abajo con la misma parsimonia que antes. Como si disfrutara de ver cómo me retuerzo expectante.

Deja caer mis braguitas por el borde de la cama y realiza el mismo ritual con sus calzoncillos justo antes de inclinarse hacia su pantalón, en el suelo, y sacar un preservativo de su cartera. Se lo coloca con rapidez, pero con manos temblorosas y enseguida vuelve a tumbarse sobre mí, apoyado sobre sus codos y dejando su rostro a la altura del mío. Siento el corazón más acelerado que nunca. Son los nervios. Porque es la primera vez que llegamos tan lejos, porque nunca creí que fuéramos a vivir un momento tan íntimo, porque es él…

—¿Estás bien? —me pregunta en un susurro cuando nota cómo me sacudo sin querer.

Aunque me lleva un par de segundos, termino por subir mis manos hasta su cara y acariciar su rostro y su pelo como no me había permitido hasta ahora, lo que no hacía más que torturarme. Ya no pienso contenerme más.

—Nunca he estado mejor —respondo con voz trémula y alzo la barbilla para atrapar su boca en la mía en un beso que espero que entienda mejor que cualquier cosa que pueda decir ahora mismo.

Kenan me devuelve el gesto con ganas y un deseo que nos lleva a ambos a buscar un roce mayor en el otro. Mientras yo flexiono las rodillas, él baja una mano hasta situarse entre mis piernas y no se demora en entrar en mí de una sola estocada. Los dos nos quedamos como suspendidos, quietos, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos en un beso que no llegamos a darnos. No estoy segura de cuánto tiempo transcurre; seguramente menos del que nos parece a nosotros. Cuando abro los ojos y veo a Kenan respirar entrecortado, me doy cuenta de que no soy la única que está nerviosa.

Me acaricio la mejilla y él abre los ojos para mirarme con un deseo anhelante que me encoge el corazón. Ha estado tranquilizándome mientras él también se sentía inseguro y ansioso al mismo tiempo. Ahora me toca a mí.

—No pares —digo contra su boca antes de besarlo con vehemencia.

No tarda en concederme ese deseo y enseguida comienza a mover las caderas sobre las mías. Tenerlo dentro es tan diferente a como lo había imaginado que no puedo más que dejarme llevar por esa sensación de plenitud y euforia creciente que me recorre cada vez que lo siento por completo.

Seguimos besándonos sin que ninguno deje escapar una sola embestida, como si necesitáramos el aliento del otro para seguir respirando. El ritmo de nuestros movimientos va en aumento, al igual que nuestros jadeos. No sé si lo nota o si es su necesidad de no salir de mí, pero Kenan acelera las acometidas cuando no puedo evitar clavar los dedos en sus hombros y los talones en sus muslos, a punto de estallar.

Cuando lo hago, cuando tiene que besarme para que nuestros

gemidos no despierten a los niños, noto que él también ha terminado. Un gruñido suyo contra mi boca le delata. Ya no nos movemos, ese hormigueo que recorre nuestros cuerpos desmadejados no nos permite más que respirar con la boca seca y una sensación de totalidad que ojalá no desaparezca nunca.

Capítulo 23
Kenan

No voy a negar que el sexo con Nivi es mucho más intenso que con cualquier otra mujer con la que haya estado. No sé si tiene que ver con la historia que tenemos o porque hacía años que nos moríamos el uno por el otro, pero no me canso de ella, de verla desnuda, de oírla gemir y que ambos acabemos a la vez.

Al regresar al pueblo, lo único que deseaba era encontrar paz y sentirme como en casa, como siempre me había sentido en Kenai. Lo que no esperaba era despertar los sentimientos que había tenido por Nivi antes de marcharle y que ella se sintiera igual hacia mí. No sé si se trata de que nunca hemos dejado de sentir esto o si hemos vuelto a caer al reencontrarnos, pero no creo que sea relevante, porque lo que me importa es que estemos bien. Y creo que así es.

Al despertarnos esa mañana, no nos levantamos hasta bastante rato después de abrir los ojos. Apenas hablamos, nos hemos quedado mirándonos sin decir nada, como si quisiéramos asegurarnos de que el otro estaba ahí de verdad y de que lo que habíamos hecho no había sido un sueño.

—¿Voy a tener que esforzarme más para que veas que esto es real? —bromeo cuando Nivi me expresa su inquietud, lo que la hace reír.

—Tengo la sensación de que lo he soñado, así de maravilloso ha sido. ¿Crees que puedes mejorar eso? —me pica.

Le dedico una sonrisa torcida, esa que dice que pongo cuando soy arrogante, y me inclino hacia ella para besarla de nuevo. No tardo en enredar mis manos en su melena pelirroja, como siempre quise hacer y demasiado a menudo me contenía, y bajar los dedos por su espalda hasta su rodilla. Entonces tiro de ella y la obligo a montarse a horcajadas sobre mí entre besos y risas cómplices.

Y volvemos a hacer el amor, para asegurarnos de que el sueño es real.

***

Hoy me he tomado el día libre. No es que haya estado trabajando para nadie para tener que pedir un descanso, pero me apetecía pasar la mañana tranquila, sin mirar el ordenador, y secuestrar a Nivi para dar un paseo por el pueblo. Los dos solos.

Cuando aparezco en el local que está arreglando y la encuentro desenrollando algunos posters sobre la mesa y el suelo para que

queden lisos, su cara de sorpresa y alegría al verme me hacen sonreír. No tenía ni idea de cuánto me hacía falta compartir estas pequeñas cosas con ella sin contener ningún sentimiento o pensamiento que cruzara mi cabeza.

—Hola —me saluda poniéndose de pie y limpiándose las manos—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a secuestrarte… otra vez —respondo con una sonrisa torcida de las que le gustan a ella.

—Vale, lo primero es que esto se está convirtiendo en una costumbre un poco extraña y lo segundo, no es un secuestro si yo también estoy deseando que me des cualquier excusa para no trabajar hoy.

—¿Tienes mucha faena? —le pregunto acercándome donde está ella y colocándome a su lado.

—Pues… Tengo que estirar los posters que quedan, colocar las mesas y hacer unas cuantas llamadas. —Suspira con pesadez—. Y la verdad es que me apetece lo mismo que patinar sobre hielo —bromea con una sonrisa cansada.

Yo paso los brazos por su cintura y la acerco a mí. He llegado a un nivel en que cualquier corriente de aire que nos separe, por pequeña que sea, me parece un crimen.

—Entonces ¿te apetece dar un paseo por el pueblo, ir a la playa y comer en algún chiringuito?

—Suena muy tentador, pero…

—Los peros no existen —la interrumpo—, me quedo con lo primero que has dicho y voy a tomármelo como una llamada de auxilio para que te saque de aquí.

Nivi se ríe de esa forma que es música para mis oídos.

—¿En qué quedamos? ¿Eres secuestrador o héroe?

—Puedo ser lo que tú necesites que sea —contesto y me inclino para besarla. Porque sí, porque puedo y no tengo que aguantarme las ganas. Ya no—. ¿Te he convencido?

Ella finge pensárselo con una expresión exagerada mirando hacia arriba.

—Puede que un poquito.

—Entonces tendré que esforzarme más.

—Tiene toda la pinta —contesta mordiéndose el labio conteniendo una sonrisa.

La beso de nuevo y esta vez alargo el momento. Nivi echa los brazos alrededor de mis hombros y pega su cuerpo más al mío, creando un calor primitivo en mí que me acelera la respiración.

—¿Sabes? —murmuro sobre sus labios cuando nos separamos en busca de aire y quizás mi voz suena más ronca que hace unos minutos—. Puede que se me haya ocurrido un plan mejor que el de la

playa aquí mismo.

Nivi se ríe y agacha la cabeza con las mejillas encendidas. Me encanta verla así, tan desinhibida.

—¿Aquí? —Adivina por dónde voy y yo asiento con la cabeza—. Ni de broma. No podría trabajar aquí después de eso.

No esperaba que aceptara, aunque admito que no habría sido yo el que se negase si decía que sí. Me río en voz alta y me separo un paso de ella para que mi temperatura corporal vuelva a su ser.

—Pues volvemos al plan inicial —adjudico enlazando su mano con la mía—: paseo y playa. Ya después hablaremos de la otra palabra que empieza por p.

Vuelve a soltar algunas carcajadas y se echa el pelo detrás de la oreja.

—Sigo teniendo mucho trabajo.

—Eres la jefa. Puedes delegar esas tareas —digo en tono jocoso.

—No sería buena jefa.

—Puedes hacerlo por la tarde, yo te ayudaré para agilizarlo todo, ¿vale?

No replica, aunque mira a su alrededor sopesando la propuesta. Ya la he convencido, lo sé. Se vuelve hacia mí con un suspiro que parece resignado pero que no engaña a nadie y extiende los brazos en señal de rendición.

—Está bien. Iré a por mi abrigo.

No tarda más de un minuto en aparecer de nuevo por la puerta de su despacho con el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro. Cojo su mano y salimos del local. Nivi echa el cierre y nos ponemos a caminar a un paso tranquilo y relajado.

Charlamos sobre el trabajo, los niños, el pueblo… Me gusta compartir estos momentos con ella. Tal vez resulten banales y sin importancia, pero demuestran que estamos cerca. No solo físicamente, sino también a nivel emocional. Ya no se trata solo del hecho de lo que está volviendo a nacer entre nosotros, de estos sentimientos que por fin pueden correr sin ataduras. También es que somos amigos de nuevo, pudiendo compartir cualquier cosa, comentario o experiencia con el otro. Y eso es lo que más me alivia y me alegra de todo. Volver a tenerla en mi vida.

Estamos casi llegando a la playa donde una vez, después de mi graduación, sentí que estaba despidiéndome de ella, de mi mejor amiga, y siento la brisa gélida del mar en la cara. Me ajusto el gorro, Nivi hace lo mismo con su bufanda y nos volvemos el uno al otro. Sonríe, como si este lugar ya no fuera doloroso para ella, y eso me alivia sobremanera.

—¿Te apetece caminar por el paseo? —me propone y yo asiento de nuevo.

Sin embargo, antes de que podamos reemprender la marcha, una voz nos detiene.

—¿Nivi?

Ella se vuelve con curiosidad, pero cuando reconoce al hombre rubio que la mira sin estar seguro de si es ella (como si su melena pelirroja no fuera inconfundible), sonríe y se gira hacia él.

—James, hola.

—Hola —la saluda él acercándose a nosotros.

James… ¿No era su novio del instituto? Cuando está frente a nosotros, me mira unos instantes y creo que no tarda en averiguar quién soy. Sí, es él, el chico con el que Nivi salió al mismo tiempo que yo lo hacía con Kate.

—Kenan —pronuncia mi nombre con sorpresa.

Intento sonreír y le tiendo la mano.

—Cuánto tiempo —digo con educación.

—Sí, unos cuantos años.

Puede que me lo haya imaginado, pero ha sonado a reproche. Aun así, intento no incomodar a Nivi, que parece un poco tensa mirándonos a uno y a otro y sonriendo con tirantez.

—Sí, bastantes —respondo con cortesía—. Aunque espero quedarme mucho tiempo en el pueblo —añado girando la cabeza hacia Nivi y ella, creo que de forma inconsciente, también me mira, y eso consigue que su sonrisa se destense.

—Entiendo —dice James asintiendo con la cabeza, como si estuviera dándose cuenta de lo que ha ocurrido entre Nivi y yo solo con ese intercambio de miradas que hemos compartidos. Después, dibuja una sonrisa cordial y añade dirigiéndose a ella—: Bueno, yo he venido unos días para ver a mis padres y me quedaré hasta el domingo. Por si te apetece tomar algo y ponernos al día.

—Sería genial. ¿Me escribes?

Él asiente con la cabeza y se despide de nosotros con la mano antes de darse la vuelta y alejarse. Nivi y yo nos quedamos en silencio unos segundos. Entonces ella se gira hacia mí y me mira con lo que creo que es arrepentimiento en los ojos.

—¿Ha sido incómodo?

—No demasiado —respondo para tranquilizarla—, pero entiendo que estuvieras tensa.

—¿Ah, sí?

—Claro, era tu novio en el instituto. Lo que… le hicimos a Kate también se lo hicimos a él y comprendo que actúe tirante conmigo. ¿Se lo contaste?

—No hizo falta —contesta mirando en la dirección en la que él se ha marchado—. De alguna forma, lo sabía. Rompió conmigo por eso y hace unos años retomamos el contacto. Bueno… —Nivi aparta la

mirada de mí y se echa el pelo hacia atrás—. También hemos tenido alguna que otra… recaída.

Me hace gracia esa palabra. Sonrío sin poder evitarlo.

—O sea que os acostabais. Ya me dejó caer algo Becca hace unas semanas, ¿no te acuerdas? Cuando quería organizar esa salida nocturna con nosotros.

Nivi asiente con la cabeza, dándose cuenta de ello, y parece menos agobiada.

—Es verdad, ya lo sabías.

—Y entiendo que en estos años hayas estado con otras personas. No es que tenga que entenderlo —me apresuro a explicarme—. Quiero decir que es lógico. Has seguido con tu vida y me habría alegrado de que encontraras a alguien con quien compartirla. —Y me atrevo a añadir—: Aunque también me alegro de que no lo hayas hecho.

Los ojos castaños de Nivi se clavan en mí con tanta intensidad que me entran ganas de besarla como en su oficina hace un rato.

—Yo también me alegro de no haberlo hecho —susurra tan cerca de mí que me eriza la piel.

Nivi apoya la cabeza en mi hombro en un gesto tan íntimo que me caldea el pecho y yo me atrevo a dejar un beso en su cabeza y frotar la mejilla contra su pelo. No estoy seguro de los minutos que pasamos así, en silencio, pero cuando nos incorporamos, nuestras manos están enganchadas una a la otra, como dos imanes que se buscan y se encuentran por fuerzas más grandes que ellos mismos.

—¿Seguimos con el paseo? —me pregunta con voz dulce.

Yo asiento con la cabeza y ambos comenzamos a caminar uno junto al otro. Como llevamos tanto tiempo queriendo hacer y hasta ahora no nos habíamos permitido.

Capítulo 24
Kenan

Pasa algo más de una semana y el sábado nos encontramos en la pista de patinaje para esa especie de fiesta que montan de vez en cuando y que a Lucy le encanta. Aprovecha para pasar tiempo con sus amigos y patinar con Ivana, quien parece encantada de instruirla. Por una vez, consigo convencer a Nivi de que se calce unos patines y entre en la pista conmigo. Damos un par de vueltas haciendo el tonto y vigilando a los niños mientras estos disfrutan de la tarde, aunque ella no para de amagar una huida que no resulta porque la tengo demasiado sujeta como para que se escape.

Cuando llevamos una media hora dentro, me ofrezco para ir a por unos refrescos para nosotros y los niños. Así que salgo de la pista y, tras cambiarme de zapatos de nuevo, me acerco a la cafetería. Estamos pasándolo tan bien que me da pena que no organicen este tipo de eventos en más ocasiones. Quizás pueda proponer algo para que los niños y los chavales tengan más variedad de actividades en el pueblo y, de esa forma, darme a conocer como organizador. No es un mal hilo del que tirar.

Me acerco a la barra y veo una cara conocida, así que me coloco al lado de Alek, que parece estar esperando unos zumos para él y su novia.

—Hola —le saludo con una sonrisa.

Cuando se percata de mi presencia, me devuelve el gesto.

—Hola. ¿También estás de camarero?

—Me he ofrecido. Para una vez que Nivi entra en la pista, no vamos a hacerla salir —bromeo justo antes de pedir nuestros refrescos.

—Ya, no le va mucho lo de patinar.

—Buf, no te imaginas lo difícil que fue convencerla para ponerse unos patines la primera vez. —Me acuerdo y me parece hasta cómico—. Tuve que hacerle chantaje emocional de críos.

—¿Os conocéis desde niños?

—Bueno, en realidad no. Sabes que Nivi estuvo en una casa de acogida también, ¿verdad? —Asiente con la cabeza y continúo—: Estábamos juntos. También Becca, y un par de amigos más, aunque ahora solo estamos los tres.

—Vaya, eso no lo sabía. A ver, lo de Becca sí, pero no que tú también.

—Ya, bueno, no he estado por aquí en los últimos años y… habíamos perdido el contacto.

—Entonces es genial que estés otra vez por aquí. A Nivi se la ve feliz.

Esta vez soy yo el que asiente. No sé cómo sería su vida antes de mi regreso, aunque asumo que era feliz con su familia y su negocio. Sin embargo, me gusta pensar que una parte de esa felicidad que muestra ahora también es por mí.

—Nivi es genial —prosigue Alek—. Lleva cuidando de mí prácticamente toda mi vida y se merece ser feliz.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Así que no la cagues. —Me sorprende el tono de advertencia que utiliza, aunque parece calmado—. No soy ciego y veo que hay algo entre vosotros. La he visto con algunos tíos, pero con ninguno parecía tan radiante. No la cagues —me repite—. No se merece sufrir más.

No lo ha dicho como una amenaza, sino como una advertencia o una petición. Si no recuerdo mal, este muchacho tendrá unos diecisiete años; me sorprende que sea tan protector con su madre de acogida. Aunque tampoco me extraña. Yo también habría defendido así a mi familia con su edad.

Alek coge sus zumos y se marcha después de dedicarme un amago de sonrisa. Lo veo alejarse y me quedo pensativo. Por lo que ha dicho, ha visto a Nivi saliendo con otros hombres y ninguno ha terminado por hacerla feliz. Y ahora, conmigo, se la ve radiante, o eso ha dicho Alek. Espero que esta vez sea la nuestra y no estropearlo como ya hice.

—Eh. —Una voz me sobresalta a mi espalda. Me vuelvo y veo a Becca—. He visto que hablabas con Alek. ¿Estás bien?

—Sí, sí, es que… Ha sido una conversación extraña.

—Ya… Lo entiendo. —No sé qué es ese deje de lástima en su voz, pero decido ignorarlo. Becca mira hacia la pista, donde Alek se encuentra con Ivana y esta le sonríe y le suelta un golpe en el brazo al coger el zumo—. Le dije a Nivi que tenía que contártelo antes, pero le daba miedo cómo pudierais tomároslo.

De acuerdo, eso ya no puedo ignorarlo. ¿Qué ha querido decir? La miro con el ceño fruncido y no me contengo antes de preguntar:

—¿A qué te refieres?

—Pues a lo de Alek y…

La mirada de Becca pasa por distintas fases. La primera es la incomprensión, esa confusión que todos mostramos alguna vez cuando el tema de conversación no es el que pensábamos. La siguiente es el terror, el miedo a haber dicho algo que no debía.

—Mierda… —murmura llevándose una mano a la boca, con los ojos como platos, y apartando la mirada de mí.

—¿Qué pasa con Alek, Bec?

—Es mejor que hables con Nivi —me contesta con rapidez.

—¿Qué tiene que contarme?

—En serio, habla con ella —insiste y se la ve tan agobiada que no vuelvo a preguntarle—. Ya me cuesta creer que vaya a dirigirme la palabra después de esto, como para contarte más.

—Bec…

—No, en serio, es con ella con quien tienes que hablar. Perdona, tengo que irme.

No tengo tiempo de decir nada más porque enseguida se da media vuelta y se marcha apresurada hacia la zona del personal del polideportivo. Ni siquiera mira atrás antes de que la pierda de vista. Sin embargo, eso no es lo que más ocupa mi mente.

¿Qué ha querido decir con que Nivi tendría que habérmelo contado antes? ¿Contado el qué? ¿Y qué tiene que ver Alek? Demasiadas preguntas de golpe y lo peor de todo es que no puedo hacérselas delante de los niños. Será mejor que espere a estar a solas para que me saque de dudas. Por ahora, lo único que puedo hacer es coger las bebidas y reunirme con ellos junto a la pista. Y eso hago.

Los niños salen del hielo y, sentados en la primera fila de las gradas, cada uno coge su zumo. Le tiendo a Nivi la lata de refresco que me ha pedido y me da las gracias con una sonrisa que yo intento devolverle con naturalidad. Aun así, no puedo evitar volverme hacia el interior de la pista y mirar a ese muchacho con el que he estado hablando hace unos minutos y que, al parecer, también está metido en todo esto.

Lo único que no sé es… Bueno, en realidad, no tengo ni idea de lo que está pasando.

***

Han pasado dos días y todavía no hemos hablado. Bueno, sí que hemos hablado, pero como siempre. No he sacado el tema del que me habló Becca en la pista de patinaje porque no ha habido un momento en el que sintiera que debía hacerlo, pero me sorprende, con lo unidas que están, que Becca no le haya dicho nada a Nivi de esa supuesta metedura de pata que cometió conmigo. O quizás sí lo ha hecho y simplemente la pelirroja disimula muy bien.

Aun así, a pesar de esos pensamientos intrusivos que se agolpan en mi cabeza, este lunes decido dejar de esperar al momento adecuado y provocarlo yo mismo. Así que, después de dejar a Lucy en el colegio y hacer la compra, me dirijo a la oficina de Nivi, la misma en la que hace unas semanas nos confesamos y dejamos llevar. Parece que el lugar haya sido creado explícitamente para este tipo de conversaciones.

Doy varios toques con los nudillos en el cristal y a los pocos segundos tengo su cara frente a mí. No sé por qué será, pero la noto

triste. Aunque sonríe, es como si sus ojos estuvieran entornados y nostálgicos.

—Hola —me saluda con voz suave—, ¿qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

Intento que mi tono sea dócil, porque estoy seguro de que no será para tanto y de que Becca solo ha exagerado en su reacción, pero también quiero ser claro.

Nivi asiente con la cabeza y su sonrisa desaparece. Algo me dice que sí han hablado. Se echa a un lado y me cede el paso. Cuando estoy dentro, cierra la puerta y se gira hacia mí. De repente vuelvo a ver a la Nivi de aquella última vez, asustada por perder algo o alguien que le importa. Y no me gusta un pelo esa imagen.

—¿Estás bien? —le pregunto en un intento por tranquilizarla.

Ella intenta sonreír y se echa un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí, es solo que… —No encuentra palabras para expresar lo que piensa y eso me sirve de confirmación.

—Has hablado con Bec, ¿no? —Vuelve a asentir con la cabeza, dejando salir el miedo que debe de sentir—. No te enfades con ella. En realidad no me dijo nada, solo se le escapó que tenías algo que contarme.

—No estoy enfadada. La verdad es que una parte de mí se lo agradece, porque no tengo ni idea de cómo contarte esto y puede que bajo esta presión lo consiga.

—¿Qué ocurre, Nivi? —le pregunto con calma—. No sé qué es eso que tienes que contarme o qué tiene que ver Alek, pero puedes compartirlo conmigo, ¿vale? Estoy aquí. —Sus ojos me mira tan suplicantes y asustados que siento ganas de abrazarla hasta que me crea—. Confía en mí.

—Yo confío en ti, Ken. Lo que me da miedo es que tú no vuelvas a confiar en mí. Y que me odies por no haberte contado esto antes.

Está empezando a entrar en pánico. Tiene la voz rota y los ojos cada vez más acuosos. Ahora el que tiene miedo soy yo, pero de que le dé un ataque de ansiedad y ni siquiera sepa por qué.

—Nivi, ¿Alek está bien? —Ya he llegado a la conclusión de que todo esto tiene que ver con ese muchacho, pero mi pregunta parece que solo consigue ponerla más nerviosa. La oigo sollozar y enseguida se tapa la cara con ambas manos. Siento una angustia creciente que no entiendo en mi cuerpo y el corazón acelerado. Ni siquiera controlo mi tono de voz, ligeramente más elevado, cuando vuelvo a preguntárselo—. Nivi, ¿qué ocurre?

—Es el hijo de Kate.

Capítulo 25
Nivi

Todas las verdades terminan por saberse. Da igual si las sacan a la luz las personas implicadas o cualquier otra, si lo hacen por voluntad propia, por error o bajo presión. Al final, todo acaba sabiéndose.

No distingo ese sentimiento que me invade cuando por fin pronuncio esas cinco palabras. No sé si es alivio por haberlo confesado por fin o terror por la expresión impactada y muda de Kenan al escucharme. Tampoco estoy segura de que haya entendido lo que significan ni de si en algún momento va a desaparecer ese pitido tan molesto en mis oídos. Lo único que sé es que, cuando él parpadea por primera vez, yo recupero el aliento y siento el aire entrando de nuevo en mis pulmones.

—¿Qué? —es lo primero que dice con una interrogación dibujada en la cara—. Eso es imposible, Nivi. —Su voz suena contrariada, pero no tanto como debería o había imaginado. No lo ha entendido—. ¿Qué tiene?, ¿diecisiete años? Es muy mayor. Kate ahora tendría tu edad. Treinta y cinco o así. Si fuera hijo suyo lo habría tenido con ¿qué? ¿diecisiete? Y eso querría decir que se quedó embarazada con…

Casi puedo ver esa pieza que hace clic en su cabeza y encaja en ese puzle que ha desplegado en un momento. Se queda mudo, moviendo los ojos de un lado a otro. A mí me tiembla todo el cuerpo, hasta el alma siento en un precipicio. Cuando vuelve a mirarme, tiene los ojos tan abiertos que temo que esté dándole algo, y a punto estoy de preguntarle si está bien, pero en su mirada veo que no lo está, porque lo ha entendido. Ahora ya lo sabe.

Lo veo mover la cabeza hacia ambos lados sin dejar de mirarme, como si buscara una confirmación de que lo que se está imaginando no es la realidad.

—No —murmura y no sé a cuál de los dos trata de convencer—. No, no, no es posible.

—Ken…

—¡No! Nivi… —Se pasa una mano por la barbilla, pero no es suficiente y arrastra ambas por su pelo, echándolo hacia atrás con rabia—. No puede ser —repite con insistencia.

—Sé que es difícil de creer a estas alturas, pero…

—¿Difícil de creer? —Detiene sus pasos y me mira entre aterrado y confuso—. ¿Me estás diciendo que ese chico, con el que llevo dos meses cruzándome por la calle, cenando con él en tu casa, viéndolo recoger a los niños es…? —Ni siquiera puede decirlo. Sabía que tenía

que habérselo contado antes. Aunque su reacción habría sido la misma, puede que no le hubiera dolido tanto—. Que yo soy…

Se muerde el labio inferior con tanta fuerza que temo que vaya a hacerse sangre. Al final, cierro los ojos y siento las lágrimas calientes recorrerme el rostro antes de mirarlo de nuevo y decir esas palabras que debí decirle aquella última vez.

—Su padre. Eres su padre.

Kenan observa el suelo sin apartarse las manos del pelo. Apenas puedo verle la cara, pero es evidente que está más confuso que nunca, más que cuando comprendió que nos quería a Kate y a mí de la misma forma. No sé cuánto tiempo pasamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, pero se me hace una eternidad.

—¿Pensabas decírmelo algún día? —susurra con voz derrotada.

Levanto la cabeza y lo miro. Dios, sabía que esto era un error, que no debería haberlo retrasado tanto. No soy más que una cobarde a la que al final todo le explota siempre en la cara y después no sabe hacer otra cosa que llorar.

—Quise contártelo desde el principio. Te lo prometo. —Confío en que me crea, que me conozca lo suficiente para saber que no le estoy mintiendo. No otra vez—. Pero no es algo fácil de contar, no después de que no estuvieras aquí y que Kate…

Se me atragantan las palabras y tengo que obligarme a parar si no quiero echarme a llorar como la niña que era cuando mi mejor amiga murió sin poder ver a su hijo crecer. Me tapo la cara con ambas manos e intento serenarme. Es difícil, pero logro calmar mi respiración y mis latidos acelerados para mirarlo y ser totalmente sincera con él.

—Kate no lo supo hasta unos meses después de que te fueras. —Kenan me mira con dolor pero en silencio y yo me lo tomo como una invitación a continuar—. Estaba asustada cuando me lo contó y cuando se lo contó a Marianne y Robert, pero tenía claro que quería quedárselo. El último curso del instituto lo estudió en casa porque le recomendaron mucho reposo. Cuando se puso de parto, Robert estuvo con ella en el paritorio; los demás éramos menores y no podíamos entrar. —No sé por qué, pero se me escapa una risilla al recordar lo primero que dijo cuando entramos en su habitación del hospital—. Siempre decía que menos mal que se parecía a ella, pero es innegable que tiene tus ojos. Y tu sonrisa. Y ahora que es un poco más mayor, también esa actitud de rebelde sin causa, perdonavidas y pasota.

—Te estás quedando a gusto…

Una nueva carcajada me sobresalta y tengo que taparme la cara entre los sollozos. Kenan se sienta derrotado en una butaca cercana y yo me tomo la libertad de acercarme y acomodarme a su lado.

—Cuando Kate murió, Alek quedó a mi cargo. Es mi niño bonito, no puedo evitar tener predilección por él. No lo sabe, pero fue mi mayor

punto de apoyo cuando ella se fue.

Clavo la mirada en el suelo, aunque mi mente está mucho más lejos. En esos días en los que los tres íbamos al parque, siendo Alek muy pequeño; en las veces que jugamos al parchís en el salón, aunque casi siempre dejábamos ganas al enano de la casa; en la última vez que la vi con los ojos abiertos, la noche antes de morir, después de haber jugado con Alek y estar más cansada de lo normal.

—No lo entiendo —dice Kenan después de unos minutos en silencio.

—Lo siento. Debería habértelo contado antes. Estos dos últimos meses podrías haberlos aprovechado para estar con él.

—¿Él lo sabe? Que yo… soy su padre.

—No, no me pregunta por vosotros. Solo lo hizo una vez y fue porque encontró una foto de Kate y mía. Me preguntó quién era y le dije que mi mejor amiga y también su madre. Sabe que murió cuando él tenía tres años.

—¿Y… por mí no te ha preguntado nunca?

Sacudo la cabeza en gesto negativo.

—No es un tema que le gusta. Nunca me ha preguntado, pero sí le dije una vez que… Bueno, que su padre se marchó antes de saber que él estaba por llegar.

Otro silencio. Sé que es difícil asimilar tanta información de golpe, así que quiero darle tiempo para que pregunte todo lo que necesite y no comprenda.

Al final, lo escucho suspirar con pesadez y enterrar la cabeza en sus manos, con los codos apoyados en sus rodillas.

—Joder… ¿por qué no me lo dijiste antes?

Un sollozo hace que me escuezan los ojos de nuevo, pero me obligo a parpadear varias veces para disipar las lágrimas y mantener la calma.

—Tenía miedo de que volvieras a marcharte y esta vez no fuera solo yo la que se quedara con el corazón roto. Me daba miedo por él.

—No lo habría hecho. —Cualquiera podría afirmar lo contrario, pero no suena a reproche—. Entiendo que temieras acercarte a mí, pero… si hubiera sabido que tenía un hijo, yo…

—¿Te habrías quedado? —me atrevo a preguntarle.

Él levanta la cabeza y me mira con un dolor y una tristeza en los ojos que reconozco bien, porque la he visto reflejada en los míos muchas veces al mirarme al espejo.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Ya te lo he dicho…

—No, no ahora, no me refiero a esta vez. —Y ahí viene, la pregunta que más me aterraba que me hiciera está a punto de ser una realidad—. ¿Por qué no me lo contaste… después del funeral de Kate?

Julio de 2006

Kenai, Alaska

La sorpresa había paralizado a Nivi hasta el punto de no ser capaz siquiera de pestañear. Si no hubiera sido por la rapidez en que las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos, habría sentido cómo se le secaban. Sin embargo, otra emoción sobrecogió su corazón al reconocer a ese hombre que tanto había echado de menos, desde que él desapareciera del hogar que habían compartido, dejando desolada a toda una familia.

—Hola —fue la única palabra que Kenan pudo pronunciar entre la vergüenza por no haber dado señales de vida en tanto tiempo, la tristeza del acontecimiento que le había hecho regresar y la pena al ver a la que había sido su mejor amiga destrozada por la partida de la que había considerado su hermana.

Una sola palabra que consiguió que Nivi volviera a respirar. Una bocanada de aire entró en sus pulmones haciéndola gimotear. Una oleada de tranquilidad la abordó al darse cuenta de que no era un fantasma como el que había visto en sueños. Era real, había vuelto y ahora la pérdida dolía un poco menos.

—Niv…

La forma en que pronunció su nombre, como una súplica, mientras daba un paso lento hacia ella, la hizo sollozar y sentir que le temblaban las piernas. Así que no las retuvo cuando echaron a andar hacia él. Tampoco a sus brazos cuando rodearon su cintura y lo estrecharon con fuerza, en busca de una prueba de que de verdad estaba allí y un punto de apoyo al que aferrarse. Ni siquiera se contuvo antes de hundir la cara en su pecho, absorbiendo ese olor familiar que tanto había añorado, y llorar.

Kenan la sostuvo cuando creyó que estaba a punto de caerse y la abrazó con fuerza. Apoyó la cara en la cabeza pelirroja con la que había soñado tantas veces que había perdido la cuenta y cerró los ojos para encontrar esa paz que su mente no le permitía desde el día en que la dejó atrás. Ninguno contó los segundos que permanecieron en aquella postura; solo se trasladaron al sofá frente al ataúd de Kate cuando sus músculos comenzaban a doler.

Kenan sintió una punzada en el pecho al clavar sus ojos en la que había sido su amiga de la infancia y su pareja. A ella también la había abandonado e imaginarse su dolor al descubrir que se había marchado era otro de sus infinitos tormentos. Pero ahora había vuelto, con la peor excusa, lo sabía, pero no iba a dejar a Nivi sola de nuevo. Había vuelto para quedarse, estar con ella y compensar todo el daño que, sin pretenderlo, le había ocasionado.

—Está preciosa —musitó con un nudo en la garganta que le obligó a apretar los dientes para contener el llanto.

—Siempre lo fue —replicó Nivi desde el sofá sin una pizca de reproche—. ¿Cómo te has enterado?

Kenan apartó la mirada de Kate y la dirigió a Nivi al tiempo que se acomodaba a su lado y buscaba su mano. Entrelazó sus dedos y, con ese contacto, trató de transmitirle su apoyo.

—Si te lo digo, no puedes enfadarte con él.

Nivi frunció el ceño casi sin fuerza. Demasiadas emociones y muy poco descanso habían sacudido su cuerpo en las últimas horas. No dijo nada y esperó a que Kenan continuara, lo cual hizo después de un suspiro.

—Kyle.

—¿Kyle? —Kenan asintió con la cabeza—. Pero ¿cómo sabía él dónde localizarte?

—Siempre lo supo. Bueno, siempre no —rectificó—. Hace más o menos un par de años, en Vancouver, en una de sus competiciones con Becca, fui a verlos. No pretendía cruzarme con él, solo verlos patinar como cuando éramos unos críos, pero Kyle me vio desde el pasillo lateral de la pista y no pude escaparme. Al principio se cabreó mucho y estuvo a punto de darme un puñetazo. —Sonrió al recordar el momento en que el rubio lo acorraló contra una pared hecho una furia—. Al menos supe que me había echado de menos.

—Todos lo hicimos —susurró Nivi mirando sus manos unidas—. No hemos dejado de hacerlo nunca.

—Le pedí que no os dijera nada de que me había visto. Había pasado más de un año y estaba seguro de que vuestras vidas habían vuelto a la normalidad; no era justo que yo volviera a ponerlas patas arriba.

—Lo habría preferido, al menos, habríamos sabido que estabas vivo.

—Me dio miedo, Niv… No quería ver la decepción en los ojos de nadie. Mucho menos en los tuyos.

Nivi evitó su mirada, pero no pudo obviar el latido acelerado de su corazón y el pinchazo de culpabilidad al darse cuenta de que no había dejado de sentir por Kenan aquello que lo había estropeado todo.

—Kyle me estuvo escribiendo —continuó Kenan—. Me contó que Kate estaba enferma, pero que estabais haciendo todo lo posible para que se recuperase. Admito que ahí estuve tentado a volver, porque la preocupación apenas me dejaba dormir, pero el miedo me paralizaba cada vez que quería llamar a casa.

A Nivi por poco se le saltan las lágrimas de nuevo al escuchar esa palabra. Él todavía los consideraba su hogar.

—Él me insistía en que esto era más importante que yo, y tenía razón. Ojalá le hubiera hecho caso. Ahora no tendría otra cosa más por la que arrepentirme. Podría haberme despedido de ella. Podría haber estado contigo. No habrías estado sola.

Un silencio los envolvió. A los tres. Porque, aunque Kate hubiera muerto y su cuerpo desapareciera, su espíritu seguiría viviendo en ellos dos y en todos los que la conocieron durante el resto de sus vidas. Así era Kate, siempre había pensado Nivi, eterna e inolvidable.

Transcurrieron varias horas en las que no dejaron de hablar. Kenan le habló de sus viajes, de que había trabajado de camarero y paseador de perros durante un tiempo para ganar dinero con el que pagar autobuses a otros destinos del país, que no tenía un hogar fijo porque eso ya lo tuvo una vez y no creyó que pudiera encontrar otro igual. Nivi, por su parte, apenas le contó nada, prefería escucharlo y mirarlo, asegurarse de que era real y no se trataba de una broma de su subconsciente por las pocas horas de sueño que acumulaba y porque lo echara de menos.

Cuando amaneció y comenzó a llegar la gente que acudiría al funeral para presentar sus respetos hacia Kate y su familia, Kenan no huyó, permaneció con Nivi todo el tiempo, siempre sosteniendo su mano y abrazándola cuando la sentía flaquear. Solo se separó de ella cuando el resto de los miembros de la que había sido su familia aparecieron.

Kyle lo abrazó sin ninguna sorpresa y Kenan le dio las gracias por haberlo mantenido informado. Becca soltó alguna lágrima mientras abrazaba al que había considerado su hermano mayor durante su infancia y después acudió junto a Nivi. Sin embargo, lo que más miedo le dio a Kenan fue cómo reaccionarían sus padres de acogida, que habían regresado de un largo viaje para el funeral de una de sus protegidas.

Cuando Marianne lo vio, se le abrieron los ojos por la sorpresa. Le tembló el labio inferior por la congoja y profirió varios sollozos cuando le acarició la mejilla, justo antes de estrecharlo entre sus brazos. Kenan susurraba una y otra vez cuánto lo sentía y ella negaba con la cabeza, como queriendo decirle que el hecho de que estuviera ahí ya era disculpa suficiente. Robert lo estrechó durante un largo rato y dejó caer alguna lágrima. También a ellos les desbordaban tantas emociones contradictorias.

A media mañana, trasladaron a Kate al crematorio. Se celebró una pequeña ceremonia de despedida en la que se pronunciaron varias oraciones por su alma y la de aquellos que dejaba allí y, una vez que todo terminó y Nivi recogió las cenizas de su amiga, lo único que quedaba de ella, volvieron a casa.

Capítulo 26
Kenan

Un hijo.

Alek… es mi hijo.

El hijo de Kate y mío.

¿Cómo era posible? No, esa no es la pregunta, sé cómo es posible, pero… ¿Por qué no lo supe antes? ¿Por qué Nivi no me lo contó la última vez que nos vimos? ¿Cómo he estado tan ciego?

Ahora, viendo en mi mente su cara, no puedo negar que se parezca a nosotros. A los dos. Desde luego es el mismo tono de pelo que Kate, la forma de su cara y hasta las veces que le he visto dibujando en una libreta. Todo es herencia de ella. Por otro lado, sus ojos son igual a los míos, su forma de sonreír de lado es calcada a mí y su actitud me ha recordado tantas veces a la mía a su edad que no he podido ser más iluso y ciego porque no lo he hecho adrede.

Es innegable. No hay duda. Es hijo nuestro.

—Ken… —La voz de Nivi me llega lejana pero cargada de súplica.

Noto su mano en mi brazo, temblorosa, y me gustaría no actuar como lo hago, pero es lo que me pide mi cuerpo y mi mente. Por eso, en cuanto noto su roce, me aparto. No puedo mirarla, no después de que me haya ocultado esto durante años. Si hubiera estado ausente desde que me largué con diecisiete, lo entendería. Incluso comprendería que Kyle no me dijera nada, porque no le correspondía a él hacerlo, pero ella pudo contármelo. Quizás no era el mejor momento por todas las emociones que estábamos viviendo, pero no hubo otra ocasión. Tendría que habérmelo dicho entonces. Habría… podido quedarme y conocerlo. Habría sido un buen padre, joder.

—Lo siento tanto…

Cierro los ojos y me tapo la boca con fuerza. No quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme, pero es que no sé cómo reaccionar. No sé qué decir, no sé qué hacer. Acabo de descubrir que tengo un hijo que lleva diecisiete años pensando que lo abandoné a él y a su madre. ¿Cómo se asimila eso?

—Ken… —Nivi vuelve a decir mi hombre sin acercarse como antes, en cambio, soy yo el que se aleja de ella.

Me pongo de pie de un salto y camino por el local. No quiero mirarla, no puedo mirarla en este momento. Ni siquiera sé si puedo hablar con ella. ¿Qué hago? ¿Qué le digo? No soporto esta presión, me pitan los oídos y lo único que me pide el cuerpo es correr, huir y escapar. Salir a la calle y buscar el aire que le falta a mis pulmones.

Y eso hago.

—¡Kenan!

No espero a que ella me detenga, ni siquiera hago caso a cómo grita mi nombre antes de que la puerta se cierre detrás de mí. Solo sé que necesito que el frío de la calle me abra la mente, los pulmones, que me devuelva la calma. Aunque, en este instante, crea que nunca voy a recuperarla.

***

No sé cuántas llamadas perdidas he dejado correr. Tanto de Nivi como de Becca. La primera ha debido de hablar con la segunda sobre cómo fue nuestra conversación; se han hecho tan íntimas que no saben no contar con la otra. En parte me alegro de ello, sin embargo, por otra, no puedo evitar sentirme traicionado y engañado.

Hace dos meses que regresé a Kenai con la esperanza de recuperar aunque fuera una pequeña cantidad de la vida que tuve una vez aquí. Ahora, en cambio, me siento más perdido que cuando llegué. Pensaba que todo estaba yendo a mejor, que, como mi relación con Nivi había pasado a otro nivel, por fin el destino nos recompensaba por el dolor del pasado. Y me encuentro esto.

Un hijo.

No solo eso: un hijo que me han estado ocultando durante años. Si no hubiera aparecido hasta ahora, podría llegar a entenderlo; aunque me seguiría cabreando el hecho de haber tenido contacto con él durante semanas y no haber tenido una sola pista de ello. Aun así, podría haberlo sabido antes, podría haber sido un buen padre si Nivi me hubiera dejado, si me lo hubiera dicho hace quince años, cuando Kate murió y yo volví porque mi familia me necesitaba y yo los necesitaba a ellos.

Si aquello no se hubiera torcido, ¿me lo habría contado?

Si no hubiéramos…, ¿habría sido sincera conmigo?

Me paso ambas manos por el pelo, echándolo hacia atrás con rabia, y dejo la espalda chocar con el respaldo del sofá con los hombros hundidos.

Hace tres días que salí corriendo, como siempre hago cuando algo me asusta demasiado, del despacho de Nivi. No he vuelto a hablar con ella o con nadie más que Lucy desde entonces. Ni siquiera he visto a Alek a la salida del colegio porque estos días he ido más tarde para no arriesgarme a verlo a él o a Nivi. A la segunda porque todavía no sé cómo enfrentarme a ella y al primero porque no tengo ni idea de cómo hablarle ahora que sé que soy su padre. Aunque él todavía lo desconozca.

¿Debería decírselo? ¿Acercarme a él y hablarle con franqueza para decirle que no lo abandoné porque no sabía que existía y que, si lo

hubiera sabido, jamás me habría apartado de él? Por mucho miedo que me diera, no me habría largado si hubiera sabido que él existía. Eso lo tengo muy claro y me duele —me jode— que Nivi lo dude. Entiendo que le diera miedo después de dejarla a ella, algo de lo que me arrepentiré toda la vida, pero no lo habría hecho de nuevo.

Miro el reloj que cuelga de la pared, sobre la chimenea de gas, y me doy cuenta de que, en los últimos cuarenta minutos que he intentado trabajar, no he hecho más que pensar en toda esta mierda de situación, en cómo hemos llegado aquí y en qué puedo hacer para salir. Lo único que se me ocurre es contarle a Alek la verdad y rezar para que no nos explote todo esto en la cara.

Cierro el portátil y suspiro. Me paso las manos por el rostro en un intento por despejar mi cabeza, aunque sé que no va a servir de nada, y salgo de casa para ir a buscar a Lucy al colegio. Conduzco tratando de concentrarme en la carretera para no pensar durante un rato y aparco frente a la puerta de salida de los alumnos de primaria. Bajo del coche, notando el frío que todavía permanece a mediados de abril en Alaska, y sonrío al reconocer a Lucy. Ella corre hacia mí y yo la atrapo y la levanto del suelo.

—¿Qué tal el cole hoy?

—Muy bien, hemos jugado al pañuelo y Jacob y yo teníamos el mismo número, pero no ha podido atraparme —me cuenta orgullosa—. Soy más rápida que él.

Sonrío al ver lo contenta que está. Me doy la vuelta para despedirme de Claire, su maestra, y se me congela la sonrisa al ver esa trenza pelirroja. La sonrisa, el corazón, el aliento… Todo. Tres días sin verla o hablar con ella han sido una tortura y no solo por las circunstancias en que nos encontramos.

Nivi lleva a los gemelos a ambos lados mientras atraviesa la verja de salida del colegio y entonces me ve. Igual que yo, se queda clavada en el sitio y su piel se vuelve pálida. Su expresión adopta una de culpa y tristeza casi al instante y yo me siento más confuso que antes. Estoy cabreado con ella, más de lo que recuerdo haber estado alguna vez, pero entiendo por qué hizo lo que hizo, aunque no fuera lo más acertado. También yo he actuado de esa forma y no ha resultado ser lo correcto; sé lo que es estar ahí. E igual que he deseaba que me perdonara, ella debe de sentirse de esa forma ahora.

—¡Adiós, Lucy! —La voz alegre de uno de los gemelos, seguramente Ethan, nos hace pestañear a los dos.

—Adiós, Ethan —le contesta mi sobrina moviendo la mano en su dirección—. Adiós, lento —añade sacándole la lengua a Jacob, quien no duda en devolvérselo poniendo los ojos en blanco.

—¡Lucy!

La miro con los ojos muy abiertos. No puedo creer que haya dicho y

hecho eso. Mi intención es darle una pequeña charla sobre no burlarse de los demás ni siquiera siendo broma, pero una risilla me lo impide. Cuando levanto la cabeza de nuevo, veo a Nivi intentando contener una sonrisa. No sé por qué o cómo interpretarlo, pero oírla reír consigue destensarme la espalda y que deje de dolerme.

Ella me mira y trata de dibujar una sonrisa amable en mi dirección. Me gustaría acercarme a ella y actuar como llevamos haciéndolo estas últimas semanas, puede que incluso besarla, pero no sale de mí. Apenas puedo amagar una sonrisa ladeada. Dejo a Lucy en el suelo y creo que Nivi lo entiende como una invitación a hablar. Da un par de pasos hacia mí y se queda a otros tres de distancia. Su mirada deja claro que le encantaría decirme muchas cosas, la principal de ellas, que lo siente, pero soy yo quien toma la palabra y trata de hablar con toda la calma que puede.

—Tiene que saberlo.

No hace falta que le diga de quién estoy hablando. La forma en que sus ojos se oscurecen y cómo agacha la cabeza lo dejan claro.

—Necesito que lo sepa —insisto casi suplicante—. Necesito que sepa que no lo abandoné, Nivi.

Ella asiente con la cabeza, pero sigue sin mirarme.

—Hablaré con él y se lo contaré todo.

—¿Podría estar delante? —le pido y es entonces cuando me mira y me doy cuenta de lo asustada que está, así que intento tranquilizarla de alguna forma—. Creo que será más fácil si lo hacemos entre los dos.

Me observa durante unos segundos hasta que termina por asentir de nuevo.

—¿Puedes venir a casa mañana por la noche? —me pregunta—. Así tendremos intimidad.

—Vale. Lucy va a quedarse a dormir en casa de Amy, así que allí estaré.

Ambos estamos de acuerdo. Nos despedimos con tirantez y ganas de decir y hacer mucho más que simplemente darnos la vuelta y desaparecer en el coche sin mirar al otro. Cuando estoy en mi asiento, respiro hondo y me dejo hundir. No pensé que fuera a ser tan duro verla y lidiar con la contradicción de mis sentimientos.

No me ha hecho falta mucho tiempo para darme cuenta de que, en el tornado de emociones que habita mi cabeza y mi corazón estos días, hay dos que cada vez cogen más fuerza. Una es la decepción, mezclada con la rabia, por haber sido tan iluso e ingenuo. La otra es esa que muchos buscan y, cuando la encuentran, salen despavoridos, entre ellos, mi yo adolescente.

Arranco el coche y trato de dejar la mente en blanco. Por ahora, es todo lo que puedo hacer. Hasta mañana por la noche.

Capítulo 27
Nivi

Sabía que tendría que hacerme cargo tarde o temprano, estuviera preparada o no. El caso es que ha resultado ser cuando no. Pero así es la vida. Cuando evitamos algo o a alguien durante mucho tiempo, aunque sepamos que en algún momento tendremos que enfrentarlo, el azar toma las riendas y nos expone a ello con tal de darle un final a ese capítulo. De otra forma, de nosotros no sale arreglarlo.

Ahora, bajo la presión de no poder eludirlo más, me encuentro sentada en el sofá de casa, esperando a que llegue Kenan para terminar de una vez por todas con esto. Alek está en su cuarto, todavía no se ha ido. Espero que Kenan llegue antes de que se marche, porque no estoy segura de poder convencerlo de que se quede porque tengo algo que contarle. Si él está presente, Alek entenderá que es serio y que no puede esperar.

Hace rato que he acostado a los niños para tener más intimidad, pero el silencio que me rodea es todavía más asfixiante. Suena el timbre y, aunque lo estaba esperando, me sobresalto. Me acerco a la puerta y, tras respirar hondo un par de veces, la abro. Kenan está ahí y, aunque intenta disimularlo, su rostro está tenso; él también está nervioso. Intento sonreír y tranquilizarlo, a pesar de que es imposible transmitir algo que tú no sientes, y le cedo el paso.

—Hola.

—Hola —me devuelve el saludo—. ¿Está aquí?

Asiento con la cabeza y dirijo la mirada a las escaleras. Justo cuando estoy a punto de decirle que Alek se encuentra en su cuarto, el susodicho aparece trotando por cada escalón. Sonríe cuando nos ve y va hacia la entrada para coger su chaqueta y su manojo de llaves.

—No me esperes despierta, Nivi —me dice mientras se coloca la cazadora de cuero que me recuerda todavía más al Kenan adolescente—. Voy a llevar a Ivana a…

—Alek —le interrumpo con la voz firme, pero las manos tan temblorosas que podría derramar un vaso—, necesito que te quedes. Tenemos que hablar de algo importante.

—¿No puede esperar a mañana?

Cuando levanta la cabeza y me mira, lo entiende. Se da cuenta de mi semblante serio, nervioso y casi asustado. Después mira a Kenan, detrás de mí, intentando entender qué ocurre, pero supongo que sus dudas no se disipan y vuelve a mirarme a mí.

—¿Qué pasa? —Esta vez ya no habla con tanta jovialidad. Él

también se ha puesto serio.

—¿Por qué no te sientas?

Tarda unos segundos en hacerme caso; segundos en los que sigue escrutándonos para ver si averigua eso tan importante de lo que tenemos que hablarle. Y casi siento ganas de abrazarlo con todas mis fuerzas porque no se imagina nada de lo que estamos a punto de desvelarle.

Alek se sienta en el sofá, donde estaba yo hace un par de minutos, y nos observa a ambos, que estamos de pie junto a la chimenea, al otro lado de la mesa de café. Miro a Kenan, buscando alguna especie de calma, pero él se siente tan perdido como yo, lo veo en sus ojos. Entonces me vuelvo hacia Alek y busco en mi mente la forma de contarle todo de la forma menos liosa posible.

—Estáis liados, ¿es eso? —dice él antes de que yo tenga tiempo de abrir la boca y creo que tanto Kenan como yo nos quedamos tan sorprendidos por la naturalidad de lo que dice que no nos da tiempo a hablar antes de que él continúe—. No hace falta que me lo digas, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que hay algo entre vosotros. Y me alegro, en serio. Me alegro mucho. Creo que podéis ser muy felices porque…

—No es eso —le interrumpo de nuevo cuando recupero la voz—. Sí que tiene que ver con nosotros, pero… —trago saliva con dureza— también con tu madre. —Sus facciones se endurecen solo con su mención y las comisuras de sus labios se curvan hacia abajo. Nunca le ha gustado hablar de esto, pero es necesario que lo hagamos ahora—. Alek, sabes que ella y yo éramos muy amigas.

—Y que vivíais todos en la misma casa, ya lo sé —dice con impaciencia—. De verdad que no entiendo que estéis tan tensos los dos. ¿Qué coño está pasando?

—No hables así —le regaño por instinto.

Alek chasquea la lengua, pero no dice nada más. Un sonido nimio me hace intuir que Kenan ha sonreído y, cuando me giro para mirarlo, me doy cuenta de que es así, a pesar de que intente disimularlo. Sí, se parece muchísimo a él.

Me echo el pelo hacia atrás por el nerviosismo y respiro hondo de nuevo. Tengo que mantener la calma si quiero que esto no se me vaya de las manos. De modo que me acerco a él y me siento en el borde de la mesa de café.

—Nunca me preguntas por ella, Alek.

—Porque ya sé todo lo que necesito saber.

—No —se me escapa una sonrisa triste y nostálgica—, no lo sabes todo, cielo.

Me tomo la libertad de coger sus manos entre las mías no solo para calmar el temblor que las recorre, sino para intentar que él se abra un

poco conmigo. Con nosotros.

—Kate… Tu madre se quedó embarazada con dieciséis años. Era muy joven, pero siempre supo que quería tenerte. Todos estuvimos ahí para apoyarla desde el principio.

—A pesar de que estaba sola.

Un escalofrío me recorre la espalda y me obliga a cerrar los ojos durante unos instantes. Aprieto los labios y trago saliva antes de mirarlo.

—No estaba sola porque nos tenía a nosotros, su familia y sus amigos. Pero entiendo que te refieres a otra persona.

Alek suelta una ráfaga de aire por la nariz con tanta fuerza que se le abren los orificios y tensa tanto la mandíbula que temo que pueda hacerse daño, pero no dice nada, solo me mira, así que continúo.

—Ya te he contado que él no sabía que estaba embarazada cuando se marchó.

—Eso me da igual —reacciona con brusquedad—. Abandonó a su familia, Nivi. Incluso si no sabía de mi existencia, se largó y os dejó. La dejó a ella y te dejó a ti.

No puedo volverme para ver cómo esto está afectando a Kenan, pero estoy segura de que no demasiado bien. Aunque sea verdad, siempre duele que te echen en cara cuando obraste mal.

—Lo sé —continúo con tono sosegado—. Pero ha pasado mucho tiempo y, si yo he podido perdonarle, quizás tú también puedas.

—Sí, claro. —Suelta una carcajada sarcástica y una sonrisa del mismo tipo permanece en su cara—. Primero que se digne a aparecer por aquí alguna vez.

—Lo hizo —me armo de valor para decir y eso consigue que se deshaga ligeramente el nudo de mi mente y mi corazón para continuar hablando—. Cuando Kate murió y tú tenías solo tres años, volvió. Pero no pudo conocerte y te pido perdón porque fue culpa mía que…

—A ver, Nivi —me interrumpe sin una pizca de paciencia—, tú misma has dicho que ha pasado mucho tiempo. Así que ¿por qué estamos hablando de esto ahora? Kenan, ¿qué coño está pasando?

Ni siquiera me atrevo a regañarlo por la palabrota. Aprieto los labios porque empiezo a sentir que la ansiedad me está ganando y tengo que agachar la cabeza. Solo la levanto cuando noto un roce a mi izquierda y, al mirar, veo a Kenan sentado a mi lado, con una mano apoyada con suavidad sobre mi pierna, mirándome como si me estuviera pidiendo permiso para hablar. Sabe que esto no está siendo fácil para mí.

—¿Puedo? —me pregunta en un susurro casi inaudible. Cierro los ojos, a punto de desbordarse, y asiento con la cabeza. Entonces lo encara—. Alek… —Hace una pausa. Él tampoco sabe cómo contárselo. Al final, suelta un suspiro y murmura como una disculpa—: Si hubiera

sabido que Kate estaba embarazada, jamás me habría largado. Te lo juro.

Mis ojos no se apartan de los de Alek, aunque él no me esté mirando a mí, y puedo ver el momento exacto en que entiende lo que Kenan ha querido decir, lo que yo llevo todo este rato queriendo contarle. Sus labios se separan por la sorpresa y sus ojos siguen clavados en Kenan como si no pudiera creerlo. Ninguno de los tres dice nada en lo que parecen siglos, pero seguramente solo sean unos segundos. Hasta que Alek vuelve la cabeza hacia mí, buscando una confirmación que no necesito siquiera expresar en voz alta.

—¿Estáis de coña? —susurra entre dientes antes de apretar la mandíbula al tiempo que aparta sus manos de las mías con brusquedad y a mí se me rompe el corazón porque veo que lo que más temía está a punto de ocurrir—. ¿Qué me estáis queriendo decir? Si es una broma…

—No es ninguna broma —interviene Kenan para calmarle, pero parece confundirlo más.

—Entonces ¿estáis diciendo que llevas meses aquí, viéndome y hablando conmigo como si nada, y no te has dignado a decirme que…?

Al igual que Kenan, le cuesta decirlo en voz alta.

—¿Que soy tu padre? —Lo dice y hasta yo puedo ver cómo Alek tiene que contener un escalofrío—. No lo supe hasta hace unos días —le confiesa Kenan—. Si lo hubiera sabido…

—Nivi… —Alek se vuelve hacia mí y me mira como si me rogase que le sacara todas las dudas y preguntas que se acumulan en su cabeza, pero, por mucho que me gustaría hacerlo y abrazarlo, lo único que sale de mí cuando intento hablar es un sollozo al que le siguen muchos más.

—Lo siento —gimoteo enterrando la cara en las manos y notándolas cada vez más húmedas por las lágrimas—. Quise contároslo a los dos, de verdad que sí, pero… —siento que me ahogo y me cuesta respirar— no sabía cómo hacerlo o qué deciros para que no me odiarais.

Ya no soy capaz de controlar el llanto ni los temblores. Apenas puedo ver a Alek a través de las lágrimas, pero creo intuir cierta pena en sus ojos.

—Nivi, tienes que calmarte —escucho la voz de Kenan a mi lado—. No podemos dejarle con todas las preguntas que debe de estar haciéndose. Tienes que calmarte —me repite y yo intento recuperar la respiración y asentar mis pulsaciones, pero no puedo. Es superior a mí y solo siento el corazón cada vez más acelerado y ese miedo se suma a todos los demás—. Nivi…

—Déjala —dice Alek con firmeza—. ¿No ves el ataque de ansiedad

que está teniendo? Apártate y dale espacio.

Me sorprendería lo maduro que suena Alek si no fuera porque siento el aire escaseando en mis pulmones. Ya no noto el roce de la pierna de Kenan, solo las manos de Alek acariciando las mías, unidas con tanta fuerza que probablemente tenga los nudillos blancos.

—Nivi —escucho su voz en un susurro—, respira hondo, ¿vale? Coge aire. Retenlo unos segundos y luego suéltalo.

Hago caso a sus indicaciones sin apartar los ojos de él. Parece tranquilo, o quizás solo quiera transmitirme eso por el estado en que me encuentro. Repetimos el ejercicio varias veces y al final noto mi corazón asentarse poco a poco. Sonrío con los ojos y las mejillas todavía húmedos y, con la mano temblorosa, le acaricio la cara.

No sé cómo lo hace, pero siempre resulta ser mi mayor apoyo, mi ancla. Cuando he perdido de vista la orilla, es él quien ondea una bandera para que pueda regresar.

—Gracias —le susurro, y, aunque él piense que solo ha sido por esto, en realidad se trata de mucho más.

Alek me sonríe con intención de tranquilizarme, a pesar de que todavía veo las dudas flotando sobre su cabeza. Creo que puedo resolverle unas cuantas, así que me giro para buscar a Kenan y que me ayude en lo que yo no pueda, pero no lo veo.

—¿Kenan? —lo llamo, pero no responde.

También lo intenta Alek y el resultado es el mismo.

No está.

Capítulo 28
Alek

Hace rato que Nivi se ha acostado y se ha quedado dormida. Lo sé porque puedo escuchar su respiración pesada cuando paso por delante de su habitación. No he encendido ninguna luz para no molestarla a ella ni a los enanos. Recorro el pasillo hasta las escaleras y desciendo sin hacer ruido. Cojo lo chaqueta y, tras ponérmela, salgo de casa.

Sé que es más de medianoche y que ya le había dicho a Ivana que no iría a verla porque habían pasado muchas cosas, pero necesito salir de aquí, dejar de escuchar las voces de los dos en bucle en mi cabeza, y solo lo voy a conseguir yendo a verla y quedándome con ella. Su madre no está este fin de semana, así que no habrá problema.

Le he dejado una nota a Nivi en la cocina para que sepa dónde estoy y que estaré bien, lo cual ya es más de lo que hizo él cuando se largó. Se me tensa la espalda mientras camino solo de pensarlo. Lo peor es que lo ha vuelto a hacer; parece que lo único que sabe hacer es huir cuando la cosa se pone fea. No sé qué pasó entre él y mi madre cuando se marchó la primera vez, pero no tuvo reparo en coger la puerta y dejarla sola. Igual que a Nivi.

Acelero el paso porque el frío aprieta y llego a casa de Ivana. Llamo a la puerta con el puño cerrado porque se me ha olvidado coger los guantes y tengo los nudillos congelados. Ella no tarda en abrir y mirarme. Primero, con esa ilusión que regresó a sus ojos para quedarse y que tanto me gusta ver en ella. Después, con la preocupación empañándolo todo.

—¿Qué ha pasado?

Intento resumirlo, pero son tantas cosas que me cuesta ordenarlas en mi cabeza. Ella se da cuenta y enseguida se lanza a abrazarme. Cierro los ojos y la rodeo con fuerza. Necesito que me devuelva la estabilidad, un punto de apoyo. Y no sé si lo consigue o no, pero rápidamente empiezo a llorar. Hundo la cara en su cuello y deja que me desahogue.

—Ven, vamos dentro.

Me dejo arrastrar por ella y me siento en su sofá. Ivana me ayuda a quitarme la chaqueta y no tarda en estar sentada a mi lado. Me limpio la cara como puedo e intento respirar con normalidad.

—Alek…

—Es mi padre —suelto sin más. Y siento que no había terminado de creérmelo hasta que lo he dicho. Respiro hondo y me vuelvo hacia Ivana con un nudo en el pecho que he querido contener hasta ahora

que estaba con ella, mi refugio—. Kenan… es mi padre.

La sorpresa en la cara de Ivana es difícil de disimular. Se ha quedado tan bloqueada como yo cuando Kenan ha pronunciado esa misma palabra delante de mí hace un rato. Aun así, intento contarle todo lo que ha ocurrido, aunque sea desordenado, pero necesito sacarlo de mi cabeza para entenderlo.

—Entonces —dice Ivana una vez que termino—, Nivi lo sabía. Sabía que era él.

—Sí, pero le daba miedo cómo pudiéramos tomárnoslo. Aunque eso no justifica que nos lo haya ocultado durante meses.

—No, claro que no, pero… —Ivana se muerde el labio—. No lo hizo con mala intención. Quería protegerte. Al menos, yo lo entiendo así.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo. Él ya se marchó una vez y los dejó a todos, ¿no? —Asiento con la cabeza—. Puede que Nivi tuviera miedo de que lo volviera a hacer y no diciéndotelo te protegía.

—Ya, vale, lo entiendo, pero no puede elegir por mí si tengo relación con mi… con él —me corrijo cuando no puedo decir esa palabra de nuevo en voz alta—. Es decisión mía.

—Lo sé y estoy de acuerdo. Solo intentaba que vieras que Nivi pensaba en ti y en cuánto te quiere. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que eres todo para ella.

Me quedo en silencio. Y ella lo es todo para mí. Ha sido mi madre, mi tía y mi amiga desde que tengo memoria. Aunque sé que antes estábamos los tres —ella, mi madre y yo—, mis recuerdos más antiguos son únicamente con Nivi. Era pequeño cuando murió y no me acuerdo de ella a menos que vea fotos; así que sé lo que quiere decir Ivana con que Nivi intentaba protegerme. Lo entiendo, pero sigue sin ser decisión suya si debía saber quién era mi padre o no.

—No estoy enfadado con ella —murmuro apoyando la frente en las manos y los codos en las rodillas—. Nivi tenía miedo de que la odiara, pero eso es imposible. Es una de las dos personas más importantes en mi vida y me resultaría muy difícil odiarla. Solo estoy confuso, porque no esperaba esto. No esperaba que él apareciera a estas alturas.

—¿Quieres que te dé un consejo?

No sé por qué esa pregunta me hace sonreír de medio lado, pero no puedo contenerlo cuando giro la cabeza hacia mi novia, invitándola a asesorarme. Ella sube las piernas al sofá, a su izquierda, y se inclina hacia mí al tiempo que me obliga a echar la espalda hacia atrás y apoyarme en el cojín.

—Quédate este finde conmigo, te despejas y piensas en frío, y el domingo por la noche vuelves a casa y hablas con Nivi. Yo llamaré a Becca para que vaya a verla por la mañana y que no esté sola. Y sobre Kenan… —Se lo piensa antes de continuar tras encogerse de

hombros—. Puede que sea una de las cosas que tengas que pensar con tranquilidad estos días, cómo hablar con él y qué quieres decirle.

Mi sonrisa se ensancha y, por instinto, le rodeo los hombros con un brazo para acercarla a mí. Sabía que era buena idea venir a su casa esta noche, al menos algo lógico que ha salido de mi cabeza después de que me bloqueara.

—Vale, te haré caso.

Ivana sonríe y entrelaza sus dedos con los míos antes de apoyar la mejilla sobre mi pecho y tratar de hacer que me relaje. Yo dejo caer la cabeza hacia atrás y, con la mirada clavada en el techo, intento respirar con calma, esa que solo ella me transmite.

***

El domingo por la noche vuelvo a casa, pero Nivi ya se ha acostado. Por lo que he visto en la cocina, estos días ha estado tomándose infusiones para dormir. Me habría gustado hablar con ella esta noche y que descansara sin necesidad de tomarse nada, pero no he llegado a tiempo. De modo que me meto en mi cuarto y, después de ponerme el pijama, también en la cama.

Estos dos días en casa de Ivana, además de pasar tiempo con ella y que la rubita se esforzara por distraerme todo lo posible, también me han servido para reflexionar. Sobre todo acerca de Nivi y por qué hizo lo que hizo. No la culpa, aunque admito que al principio me cabreó que ambos me abordaran con el tema de mis padres de la nada. Sin embargo, comprendí lo que Ivana quiso decir cuando me explicó que seguramente Nivi solo querría protegerme porque me quiere y no desea que lo pase tan mal como ellas cuando él se marchó.

Lo más importante que quería decirle al regresar hoy a casa era que lo entiendo y que no la odio. La otra noche dijo que tenía miedo de ello, pero yo no soy capaz de odiar a una persona que me ha dado tanto y que significa tanto para mí. Nivi es la única que ha estado cuidándome toda mi vida y me sentiría un desagradecido si cualquier cosa nos separara.

Sé que no ha estado sola estos días porque Ivana llamó a Becca y le pidió que fuera a ver a Nivi. No me ha dicho nada, pero estoy seguro de que ha hablado con su entrenadora para tenerla informada de cómo se encontraba Nivi y de cómo me encontraba yo. Es curioso. Tendemos a pensar que estamos solos y que no hay nadie a nuestro lado, pero ahora me doy cuenta de lo afortunado que soy al tener a Ivana y a Becca velando por Nivi y por mí.

Eso también es familia. Quizás no una convencional, pero sí una con miembros que se quieren y se apoyan sin importar las circunstancias. Quizás no haya tenido una madre y un padre durante mis diecisiete años de vida, pero esos roles los ha asumido una

persona que me ha dado más que cualquiera. Y no quiero perderla.

A la mañana siguiente, me levanto con la intención de hablar con Nivi antes de irme al instituto y de que ella se marche a trabajar, pero, de nuevo, no la cojo a tiempo. Cuando bajo a la cocina, ella ya se ha ido y me ha dejado una nota en la cocina.

Gracias por volver a casa.

Me llevo a los gemelos al cole, luego te escribo para ver qué tal estás, ¿vale?

Te quiero mucho. Aunque no nos lo digamos demasiado.

Nivi.

Yo también la quiero. Es cierto que no nos lo decimos tanto como deberíamos, pero los dos lo sabemos. Supongo que, aunque se sepa, siempre sienta bien escuchar esas palabras.

Me ducho y me visto para ir al instituto. Salgo en bici hacia casa de Ivana y, aunque nos hayamos visto hace menos de veinticuatro horas, consigue hacerme sonreír solo con entrar en mi campo de visión. Se acerca a mí para darme un beso en los labios que yo alargo varios segundos y después se acomoda detrás de mí. Llegamos al instituto al cabo de unos minutos y, tras encadenar la bici en el aparcamiento, nos despedimos.

Es el último año de instituto y, aunque Ivana no irá a la universidad porque va a centrarse en el patinaje, tiene asignaturas más avanzadas que yo; lo cual le sirve para burlarse de mí de vez en cuando. La jornada pasa rápida porque no hace tanto frío. Estamos en abril y empieza a hacer un poco de calor, así que no se hacen tan largas las horas en clase.

Cuando suena el timbre de salida, me reencuentro con Ivana junto a las bicis. Nos hemos visto a la hora de comer y en un par de clases en las que coincidimos, pero me encanta que se cuelgue de mí cada vez que me ve.

—¿Me llevas a entrenar? —me pregunta apoyándose en el sillín de mi bici.

—Tengo que mandarle un mensaje a Nivi primero.

Saco el móvil del bolsillo y tecleo rápido en el chat que compartimos.

Alek:
¿Necesitas que recoja a los gemelos del colegio?

Nivi:
No, puedo ir yo. ¿Te veo en casa después?

Alek:

Claro.

Aunque suene escueto, me alegro de que hablemos con normalidad. Guardo el móvil y me giro hacia Ivana para indicarle que suba a la bici. Hoy me vendrá bien verla patinar y trazar algunas líneas inspiradas en ella. Puede que encuentre un rato de paz en sus giros y piruetas. De modo que ponemos rumbo a la pista de patinaje, al entrenamiento de Ivana, y, aunque sé que es una sensación falsa porque en cualquier momento tendré que lidiar con ese tema, por ahora, me consuela ver que todo sigue como siempre.

Capítulo 29
Kenan

Definitivamente, huir es lo mejor que sé hacer. Siempre me ha resultado demasiado más fácil eludir y evitar cualquier conflicto que enfrentarme a ello. Por eso no pude evitar largarme cuando Nivi entraba en pánico y Alek solo intentaba calmarla. Puede que sea mi hijo y se parezca físicamente a mí, pero está claro que también es hijo de Kate, y Kate no abandonaba a quienes quería.

No he dejado de recibir mensajes y llamadas en todo el fin de semana. Sobre todo de Nivi, sí, pero también de Becca. He leído los mensajes y se me encoge el corazón al darme cuenta de que lo estoy haciendo de nuevo. Aunque no haya sido adrede, estoy abandonando a mi familia.

La diferencia es que la otra vez era un crío que la lio enamorándose de sus dos mejores amigas y, como no supo gestionarlo, decidió escaparse y desaparecer. Ahora, en cambio, soy un adulto que no encaja en ese núcleo. Ellos ya son una familia que se ha apoyado y querido en los buenos y malos momentos, que se conoce y sabe cómo encontrar la paz de los demás miembros.

Yo solo soy el intruso.

Puede que me haya estado engañando estos meses, creyendo que todo iría bien, que todo pasaría como tenía que pasar. Que Nivi y yo tendríamos nuestra historia. Que seríamos felices. Sin embargo, son demasiadas cicatrices las que nos hemos dejado el uno al otro. Todo eso no se puede borrar. Quizás esta vez sí que tenga un motivo para alejarme de ella, dejar que sea feliz sin mí.

Hace rato que he parado el coche frente a la puerta del colegio para recoger a Lucy, pero soy tan cobarde que estoy esperando a que Nivi recoja a los gemelos para no cruzarme con ella. Y en el caso de que viniera Alek… No lo sé, quizás encuentre el valor que no tuve en su momento para sincerarme con su madre sobre lo que sentía por la pelirroja y me atreva a hablar con él.

Pero no es así. Es Nivi y su trenza la que aparece corriendo y, tras intercambiar un par de palabras con Claire, se aleja del bullicio. Mira a ambos lados en toda la avenida, como si buscara a alguien. Sí, me busca a mí. Porque habrá visto que Lucy sigue ahí y se imaginará que estoy a punto de recogerla. Después de un par de minutos, se da por vencida y se lleva a los niños. Entonces salgo del coche y me acerco a recoger a Lucy.

Charlo con mi sobrina de camino a casa y trato de aparentar

normalidad delante de ella, aunque en realidad tengo un tornado de pensamientos intrusivos en la cabeza que me va a costar disipar. Por la tarde, después de hacer los deberes y descansar, Lucy me pide dar una vuelta y yo decido llevarla a la pista de patinaje. Desde que empezó a calzarse los patines y vi cuánto disfrutaba patinando, aprovecho cada ocasión para llevarla y que practique todo lo que quiera.

Llegamos al polideportivo y alquilamos dos pares de patines. Cuando estamos sentados en las gradas, calzándonos, ayudo a Lucy a atarse los cordones y después nos ponemos de pie. Entramos en la pista, donde hay otros patinadores dando vueltas y entrenando y es cuando reconozco a una de ellas. Becca está de pie parada en el hielo mientras observa a Ivana dar vueltas en el aire y le corrige la postura y el aterrizaje.

—Hala, tío Ken, ¿has visto eso? —me dice Lucy impresionada por las piruetas de su ídolo—. ¿Crees que yo podré hacer eso algún día?

—Claro —sonrío—. Solo tienes que seguir esforzándote.

Continuamos observándolas un rato más hasta que, en uno de los círculos grandes que Ivana traza por la pista, Becca repara en nosotros. Su expresión muestra esa mezcla de sorpresa, alegría y confusión. Estoy seguro de que está al tanto de lo ocurrido este fin de semana y no va a tratar de disimularlo. Me saluda con la mano y le indica a Ivana que pare. Entonces, Becca se acerca a nosotros.

—Hola —me saluda—. ¿Cómo estás?

—Podría estar mejor, no te voy a mentir —contesto.

Me llama la atención que Ivana no se haya acercado para saludar a Lucy; las veces que se han visto parecían llevarse bien. La observo detrás de Becca y me doy cuenta de que no nos está mirando a nosotros, sino a las gradas. Sigo la trayectoria de sus ojos y entonces le veo.

Alek está sentado en la primera fila, con las piernas en alto y la cabeza agachada sobre un cuaderno. Joder, es como si la viera a ella. A Kate también le encantaba dibujarnos cuando patinábamos. ¿Debería acercarme? No lo sé. Quizás le moleste, pero no estaría de más que intentara hablar con él y explicarle algunas cosas.

—Ve —me susurra Becca.

La miro un momento y casi le agradezco que me dé ánimos. Los voy a necesitar.

Dejo a Lucy a su cargo y el de Ivana y salgo de la pista. Me pongo las botas de nuevo y camino con pies pesados y el pulso acelerado hacia donde él está. No se percata de mi presencia, al menos, no hasta que me siento a su lado. Levanta la cabeza, desconcertado, pero su expresión cambia a una más dura y seria cuando me reconoce.

No dice nada, aunque por su cara entiendo que no tiene intención

de hacerlo, así que trago saliva e intento destensar el ambiente.

—A tu madre también le gustaba dibujar —digo señalando su cuaderno—. ¿Lo sabías?

Alek mira el dibujo que estaba haciendo de Ivana.

—Sí, Nivi me dio sus cuadernos.

—Era muy buena —continúo. Creo que he escogido un buen tema para empezar— y veo que tú sigues sus mismos pasos.

No contesta. Ojalá supiera cómo hablar con él, cómo explicarle y que me crea cuando le digo que jamás le habría dejado si hubiera sabido que estaba en camino.

—Lamento lo de la otra noche —susurro. Creo que lo mínimo que puedo hacer es disculparme con él por cómo sucedió todo.

—¿El qué exactamente? —me espeta con dureza—. ¿Soltarme de la nada que eres mi padre? ¿No tener un mínimo de empatía cuando Nivi estaba llorando? ¿O te refieres a largarte? Otra vez.

Esa última acusación duele más que las demás, aunque todas sean ciertas, porque es lo que hago siempre y lo que hace sufrir a todo el que me rodea.

—Alek… —No se me ocurre nada con lo que justificarme, porque no tengo justificación—. No sé qué más decirte aparte de que lo siento. Lo siento por todo. Y no solo lo de la otra noche. También por Nivi, por tu madre…

—¿Sabes? Yo no la recuerdo. Tenía tres años cuando murió y nos quedamos Nivi y yo solos. Sí, estaba Becca de vez en cuando, pero éramos solo nosotros dos. Es la única que ha estado ahí toda mi vida. Al principio me enfadé por ocultarme la verdad, pero luego me di cuenta de que lo hacía para protegerme. Porque tú ya te fuiste una vez y las dejaste destrozadas y no quería que me hicieras lo mismo a mí.

Cada palabra es como un cuchillo, pero tiene razón en todo.

—Lo entiendo —contesto con el tono más calmado que puedo—. No soy confiable en ese aspecto y no la culpo, pero si hubiera sabido de ti, no me habría ido nunca. Necesito que me creas en eso al menos.

Alek me mira con fijeza, analizándome. Joder. Cuanto más lo miro, más me veo a mí con su edad. Si también es tan cabezota y terco como yo, puede que mi esfuerzo no esté sirviendo de nada.

—¿Por qué te largaste?

Su pregunta me deja impactado. No sé si él y Nivi han hablado estos días, pero puede que quiera escuchar mi versión después de todo. Agacho la cabeza y respiro hondo antes de contestar con toda sinceridad.

—Porque estaba enamorado de las dos.

—¿Qué?

—Kate y Nivi no eran solo amigas entre sí, también lo eran mías. Mis mejores amigas, de hecho. Kate y yo nos criamos juntos y, cuando

empezamos a salir, no tardé en enamorarme de ella. El problema era que, desde que Nivi había llegado a nuestras vidas, me sentía más en sintonía con ella que con nadie más. Compartíamos muchas cosas y era la persona en la que más confiaba y con la que más podía ser yo mismo. No pude evitar sentir lo mismo de ella.

Alek me mira en silencio durante unos segundos que se me hacen eternos. Hasta que cierra su cuaderno y se gira hacia mí.

—Así que querías a Nivi y querías a mi madre, pero, en lugar de escoger a una de las dos o no escoger, elegiste huir.

—No quise escoger. Esa fue mi elección.

—Quizás, pero la ejecutaste de la peor manera posible.

—Eso no te lo discuto.

Nos miramos durante un rato más sin que ninguno diga nada. Hasta que él suspira y me pregunta directamente:

—¿Qué es lo que quieres?

Trago saliva y me dispongo a sincerarme del todo.

—Cuando regresé, no pensaba que fuera a encontrarme en esta tesitura y estoy seguro de que tú tampoco creíste que tendrías que lidiar con un padre a estas alturas.

—No, lo cierto es que no.

—No pretendo adjudicarme ese papel porque ya no me corresponde. Eres prácticamente adulto y has crecido sin necesitarme. Ojalá hubiera estado antes en tu vida y ojalá hubiera podido verte crecer. Tal vez es mucho pedir, pero… me gustaría formar parte de tu vida ahora. Quizás no como padre, pero sí como… un pariente cercano o incluso un amigo.

Alek no dice nada. Solo agacha la mirada hacia su cuaderno y después la dirige a la pista. No me hace falta mirar hacia allí para saber que tanto Ivana como Becca están pendientes de nosotros, aunque no puedan escucharnos desde el interior de la pista. Su expresión se suaviza y yo siento que puedo respirar mejor. Después, Alek me mira y, aunque parece dudar, termina por decir:

—Puede que con el tiempo.

Es mucho más de lo que habría esperado. Sé que probablemente nunca tengamos una relación normal entre padre e hijo, pero al menos puedo estar feliz porque no voy a desaparecer de su vida. Ya no. Nunca más.

—Claro —contesto con una sonrisa aliviada—. Poco a poco. Lo entiendo. Gracias.

Él amaga una sonrisa y yo me levanto después de dejarle apuntado mi número de teléfono y decirle que puede llamarme cuando quiera. Sé que llevará un tiempo que lo haga, pero mantengo la esperanza.

Vuelvo a la entrada de la pista tras colocarme los patines y me deslizo hacia Lucy con un ánimo renovado. Hasta Becca se da cuenta,

a juzgar por la afabilidad de su sonrisa. Patino un rato con Lucy y dejo que ella imite a Ivana en varias piruetas sencillas que la patinadora intenta enseñarle.

Yo, mientras tanto, no puedo evitar mirar de vez en cuando hacia donde él se encuentra. Mi reflejo de hace veinte años. Sigue dibujando en su cuaderno. Le observo y me siento aliviado por haber tenido ese acercamiento con él. Aunque lo cierto es que no puedo evitar pensar que todo podría haber sido de otra manera si hubiera sabido de su existencia la última vez que estuve en Kenai.

Julio de 2006

Kenai, Alaska

Habían sido horas largas y agotadoras para aquellos que se despedían de un ser querido. Nivi entró en la casa que había compartido con Kate durante años y la sintió más vacía que nunca. No era la primera vez que no había nadie cuando ella llegaba, pero esa vez sabía que no volvería a verla aparecer sonriendo por el umbral de la cocina ni trotando escaleras abajo con Alek pisándole los talones mientras ambos reían y competían por ver quién llegaba antes hasta la recién llegada.

Alek…

La cara dulce de aquel niño cruzó su mente y le encogió el corazón. ¿Cómo iba a contarle que su madre ya no regresaría a casa y que a partir de entonces ella cuidaría de él? ¿Cómo iba a afrontar Nivi la responsabilidad total de una persona tan pequeña? Tendría que hablarle de él, de quien permanecía de pie a su lado, del padre que no había tenido ocasión de conocerlo hasta ese momento.

Apretó los dientes para contener el llanto. Había derramado muchas lágrimas en los últimos días y sentía que desfallecería si volvía a caer en esa espiral. Sintió un brazo que la rodeaba y la atraía hacia un pecho que la acogió con calidez. Era la primera vez que Kenan pisaba esa casa desde que se había marchado hacía tres años, pero Nivi no podía pensar en otra cosa que no fuera calmar el dolor de la pérdida, la agonía que apretaba su corazón.

Sabía que tendría que confesarle a Kenan todo lo que había ocurrido en su vida y en la de Kate desde que no estaba, pero, por el momento, su cabeza y su corazón le pedían tranquilidad y descanso. Una tregua antes de encarar la verdad.

—Deberías comer y tratar de dormir un poco —le susurró Kenan sin soltarla. Él también tenía la sensación de que, en cuanto dejara de sostenerla, se derrumbaría contra el suelo—. Te prepararé algo.

—No —murmuró Nivi separando su cara del pecho de él—, no tengo hambre.

Ciertamente hacía días que se alimentaba con lo justo —alguna galleta, una pieza de fruta y café—; su estómago no admitía más alimentos.

—No te he visto comer desde que he llegado al tanatorio —insistió Kenan con suavidad. Subió una mano para acariciarle la mejilla, más pálida de lo normal, y la miró preocupado—. Necesitas tener algo en el cuerpo aparte de café y agua.

—Mejor luego, ¿vale? —negoció por el momento—. Ahora lo único que quiero es tumbarme y dormir.

Kenan no batalló más. Sabía que necesitaba descansar, así que la acompañó a la planta de arriba y entró en el cuarto de Nivi, el que anteriormente había pertenecido a sus padres de acogida. No lo dijo en voz alta, pero le sorprendió la nueva distribución de las habitaciones.

Durante el funeral, se había enterado de que Becca y Kyle ya no vivían allí; hacía unos meses que se habían mudado a un piso más cerca de la pista de patinaje. Robert y Marianne llevaban años viajando por el mundo y tampoco pasaban por allí tan a menudo. De modo que las únicas que seguían viviendo allí eran Nivi y Kate, y ahora, solo la primera. Se le encogió el corazón al pensar que la pelirroja corría el riesgo de caer en su viejo hábito de soledad.

—Nivi —susurró su nombre cuando ella volvió del cuarto de baño con un pijama de pantalón blanco y camiseta azul. En el instante en que la miró, lo supo. Ella se sentiría sola de nuevo si él se marchaba. Por mucho que los demás estuvieran cerca y pudiera recurrir a ellos en cualquier momento, aquella casa tan grande y vacía se le echaría encima. Los años no habían cambiado cuánto la conocía—. ¿Crees que… podría quedarme una temporada?

La expresión de Nivi mostró varias emociones, entre ellas, la sorpresa, sí, pero Kenan también distinguió un pequeño brillo tras sus ojos castaños. Algo parecido a la esperanza. Nivi sintió que el nudo de su pecho se aflojaba muy lentamente pero sin detenerse y eso le dibujó una pequeña sonrisa en los labios.

—Suena genial.

Kenan dejó caer los hombros, que había tensado sin darse cuenta, y sintió cierto alivio al escucharla. La observó mientras ella abría la cama y se sentaba en el borde antes de acomodarse bajo la sábana. Él hizo el amago de salir por la puerta murmurando un «Estaré abajo si me necesitas», pero Nivi lo detuvo.

—Ken, quédate conmigo, por favor. No quiero estar sola.

Él lo pensó durante unos segundos, todavía en medio del umbral de la puerta, sin embargo, escuchar su voz cansada y suplicante lo convenció de retroceder sobre sus pasos y acercarse al borde de la cama. Se descalzó y se quitó la camisa que cubría una camiseta blanca antes de imitar a la muchacha y tumbarse a su lado.

Ambos quedaron de frente y se miraron durante un largo rato. Nivi sabía que necesitaba dormir, pero se resistía a cerrar los ojos por miedo a que él no fuera más que una ilusión creada por su subconsciente ante la inminente sensación de soledad que le había dejado la muerte de Kate.

—Tienes que descansar —susurró Kenan y a Nivi se le erizó la piel solo de percibir su aliento tan cerca—. Venga, pelirroja. —Kenan subió una mano y apartó los mechones que habían caído sobre la cara de Nivi en lugar de la almohada—. ¿Necesitas que te prepare una taza de leche con miel? —bromeó con una sonrisa ladeada que a ella le suavizó el rostro.

—Todavía está ahí la taza que me regalaste.

—¿No te has deshecho de ella?

—No pude. Ni tampoco del llavero. Son demasiado especiales para mí.

Kenan se quedó callado. No sabía qué decir ante aquella confesión. Después de tres años sin tener noticias el uno del otro, le sobrevino una ola de alivio ver que no se había olvidado de él. Que todavía ocupaba un hueco, por pequeño que fuera, en su corazón. Y quizás fue esa sensación, la de no haber sido expulsado, la que le movió a acercar su cara hasta la de ella, cerrar los ojos y unir sus labios con los suyos.

Fue un beso suave, ligero, solo una caricia. Kenan no sabía cómo reaccionaría Nivi a su contacto, pero la incertidumbre quedó sepultada cuando ella separó los labios, temblorosos, y suspiró a modo de invitación. Kenan torció ligeramente la cabeza para encajar mejor sus bocas y ambos se dejaron llevar. Se respiraron el uno al otro como hacía tiempo que no ocurría y como no recordaban haber añorado.

Kenan rodeó la cintura de Nivi con un brazo y la atrajo hacia sí sin estar seguro de si el ardor que sentía provenía de su propia piel o de la de ella. Nivi sostuvo su cara con ambas manos y lo besó con necesidad, dejando salir todas las emociones que llevaba años conteniendo. Y no fue hasta que abrió los ojos, cuando los labios de Kenan se habían desplazado a su cuello, que se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y de lo que suponía para ella y para Kate.

—No… No está bien —murmuró colocando sus brazos entre ambos para separar a Kenan de ella. Cuando él la miró con incomprensión, volvió a decir—: Esto no está bien.

Él se pasó la lengua por los labios y tragó saliva antes de hablar, esforzándose por recuperar la calma.

—Niv, sé que seguramente no sea el mejor momento para decirte esto, ni para hacer esto, pero… no te he olvidado. Eso de que el tiempo y la distancia lo curan todo no se ha cumplido para mí. No he dejado de pensar en ti ni un solo día.

—Ken… —El pecho de Nivi volvía a estar maniatado, esta vez con tanta fuerza que ahogaba.

—Lo siento, porque no era así como quería confesarte todo esto, pero es como ha surgido y ya no puedo frenarlo. Todavía te quiero.

Nivi dejó de respirar durante unos segundos. No paraba de mirar a Kenan esperando haberle oído mal o que retirase lo que acababa de decir. Le llevó varios segundos y mucha fuerza de voluntad alejarse de él e incorporarse en la cama, de espaldas a sus ojos azules, que la desconcentraban.

—Kate acaba de morir —y no supo a cuál de los dos se lo estaba recordando en realidad.

—Lo sé —Kenan se deslizó por la cama y quedó justo detrás de ella, acariciándole el brazo con suavidad— y sé que, precisamente por eso, esto

te parece mal. No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo ahora, pero te conozco lo suficiente para saber que crees que sintiendo lo que sentimos la estamos traicionando.

—Entonces es mejor que paremos —dijo con autoridad sin volverse hacia él.

—Niv, no la estás traicionando —insistió casi con desesperación—. Y tampoco yo. Ya no. Ella ya no está y…

Quizás fuera esa combinación de palabras o la confusión por todo lo que había sentido en los últimos días —en las últimas horas incluso—, pero Nivi se sintió la peor persona del mundo y deseó con todas sus fuerzas deshacerse de esa emoción. Arrancársela a como diera lugar.

Se giró de golpe hacia él y lo miró incrédula y horrorizada.

—Oh, por Dios, para. ¿Por qué parece que el hecho de que no esté sea como una especie de carta blanca para que nosotros…?

—No he dicho eso —la interrumpió Kenan con ferocidad. Le dolió que pensara así de él.

—Pues lo parecía. Y si es por lo que has vuelto…

—Nivi… —quiso detenerla, pero no lo consiguió.

—Si solo has vuelto porque, ahora que Kate ha muerto, no tenemos que escondernos, como si ya no importara lo que le hicimos, como si no lo estuviéramos haciendo otra vez, preferiría que te fueras.

Kenan no supo qué decir. Aquello no era lo que había insinuado ni pretendido en ningún momento. Le dolía la muerte de Kate tanto como a cualquiera que tuvo la suerte de tenerla en su vida y que Nivi lo acusara de querer sacar provecho de su partida lo cabreó. Se suponía que lo conocía, que sabía cuánto las había querido a las dos; jamás habría pensado lo que Nivi prácticamente le escupió a la cara.

Rodó por la cama hacia el otro lado, recogió su camisa de mala gana, se calzó sus botas y salió por la puerta dando un portazo que hizo temblar a Nivi. Ninguno de los dos se había vuelto para mirar al otro antes de que esa pared los separara.

Nivi permaneció ahí sentada, en el borde de la cama, mientras escuchaba el motor del coche de Kenan. Encogió las piernas y hundió la cara entre sus brazos cuando se puso en marcha y se alejó de la casa. Fue entonces cuando las lágrimas regresaron a sus ojos y no las retuvo durante un tiempo que se le hizo tan inmenso como la soledad que empezaba a envolver su alma de nuevo.

***

Fuera, en la calle, Kenan apretaba los dientes y las manos alrededor del volante. Le habían dolido sus palabras, sí, pero sabía que solo se trataba de un malentendido. Ambos —sobre todo Nivi— estaban atravesando un luto que parecía infinito y ese beso había sucedido en el peor momento. Él no se había explicado bien y las emociones a flor de piel de ambos habían hecho

estallar esa bomba.

Cuando hubiera pasado un rato y creyera que los dos estarían calmados, volvería y lo arreglaría. Solo tenía que dar la vuelta y exponer lo que sentía como realmente era.

Sin embargo, no lo hizo. No giró en el siguiente cruce, no tomó la salida que indicaba el cambio de sentido, no hizo la rotonda por completo para volver por donde había venido. Siguió conduciendo y conduciendo, alejándose del vecindario, del pueblo y de la comarca.

Creando esa distancia que su mente le pedía para curar y olvidar, pero lo único que consiguió fue ensanchar el abismo que los separaba.

Capítulo 30
Nivi

Hace rato que he dejado el móvil encima de la mesa, bocabajo, y debería haberme centrado en la carpeta que tengo abierta en este momento sobre el escritorio, pero no puedo. Hace días que no sé nada de Kenan, desde que se marchó de casa, y no responde a mis mensajes ni llamadas. Sé que ha hablado con Becca e incluso con Alek; este último me contó toda la conversación que tuvieron y lo cierto es que me sentí aliviada al ver que más o menos habían quedado en buenos términos.

También yo tuve una conversación con él sobre todo esto. Para explicarle muchas cosas y hacerle entender por qué hice todo como lo he hecho, aunque haya terminado en desastre.

—Sé que solo querías protegerme —terminó por decir Alek cuando le conté mis motivos y todo lo que ocurrió entre Kate, Kenan y yo desde el principio. No fue fácil revivirlo y exponérselo con claridad, pero ya me he dado cuenta de que ocultar por proteger no acaba bien—. ¿Me habría gustado saber quién era mucho antes? Claro. Pero bueno, lo sé ahora, que no es tarde, y tal vez todavía pueda… conocerle, ¿no? Y que él me conozca a mí un poco.

No parecía muy seguro de sus palabras, pero he asumido que se debía a cómo ha tenido que enfrentarse de repente al hecho de tener un padre. Un padre que, por lo que me ha contado, quiere estar en su vida de la forma en que él le deje. Seguro que si se lo hubiera contado en su momento, cuando Alek aún era un niño, se habría implicado así también. Ahí la que metió la pata fui yo.

Suspiro y caigo en la tentación de coger el móvil de nuevo. Sé que no voy a tener ninguna notificación suya, porque necesita tiempo para asimilarlo todo. Entiendo que haya sido demasiado para él, que no se imaginara tener que lidiar con esto cuando decidió regresar al pueblo tras cómo nos habíamos despedido la última vez, pero no puedo evitar preocuparme, comerme la cabeza e imaginarme mil escenarios diferentes. Aunque en la gran mayoría se repite un mismo patrón.

Se vuelva a ir.

Es la historia de nuestra vida. La que se repite una y otra y otra vez. Aunque el miedo y el rechazo inicial intentan prevenirme para no salir herida de nuevo, yo sola termino resguardándome en esa bola de nieve en la que no escucho a nadie, ni siquiera a mí misma, y vuelvo a caer. Vuelvo a enamorarme de él, a creer en nosotros y en que quizás esa vez es la buena, la nuestra. Entonces ocurre algo, lo que sea, y la

bola explota sin que lo hubiera visto venir. Se rompe y todo por haberla apretado de más. Tanto necesitaba que fuera real que no me daba cuenta de lo frágil que era hasta que veo todos los pedazos rotos a mi alrededor. Solo entonces abro los ojos, por obligación.

Me tiemblan las piernas del miedo solo de pensar en mi corazón roto por tercera vez y en Alek con las ligeras esperanzas que sé que tiene —porque lo he visto en sus ojos— hechas pedazos. Ya no soy una cría de dieciséis años ni una muchacha de veinte que acaba de perder a su mejor amiga. En ambas situaciones sufrí lo que no le desearía a nadie cuando se marchó, pero ahora, a pesar de ser adulta y madura, seguiría doliéndome perderlo.

Todas y cada una de las veces que nuestros caminos se han separado ha sido a causa de lo mismo: nuestros sentimientos. Y no me refiero a la forma en que nos hemos querido durante veinte años a pesar de no haber sabido nada del otro. No, eso era lo que pensaba con quince y veinte años, que lo que sentía por él, por mi mejor amigo y el novio de mi mejor amiga, estaba mal, que no debería existir esa clase de emociones y traiciones.

Sin embargo, la realidad es que querernos no está mal; lo que ocurre es que no sabemos estar cerca sin sentirnos mal por ello. Especialmente yo. Siempre me he sentido culpable por enamorarme de él. Por atreverme a quererlo de una forma distinta a un amigo o un hermano, que es lo que siempre he considerado a Becca y a Kate, y a Kyle en su momento. Siempre he renegado y me he castigado por lo que él me hacía —y todavía me hace— sentir. Sin pararme a analizarlo o verlo desde fuera.

Es lo que me ha dicho Becca hace un rato cuando hemos hablado por teléfono. La pobre lleva días hablando conmigo de este tema en un bucle sin salida, diciéndome prácticamente lo mismo todos los días y yo sabiendo que tiene razón. Sin embargo, aceptarlo no es tan sencillo cuando llevas más de media vida convenciéndote de que estás haciendo las cosas mal.

—No es que lo hayas hecho mal —me ha repetido por enésima vez—, pero entiende que necesite tiempo para pensar.

—Lo entiendo, de verdad, pero es una agonía no saber qué está pensando.

—Por desgracia para todos, todavía no podemos leer las mentes ajenas.

—Qué gracias eres… —me he burlado de ella—. Si tan solo hablara conmigo…

—Primero tiene que hablar consigo mismo sobre lo que está sintiendo. No es fácil digerir que tienes un hijo y que podrías haber estado en su vida casi desde el principio.

—Solo me gustaría explicarle que no se lo oculté a conciencia. Iba a

contárselo, pero…

—Lo sé, y él también. Solo dale tiempo, ¿vale?

Al final, no me queda otra que aceptarlo y ser paciente, aunque me quede sin uñas por el camino. Le he escrito mensajes todos los días, varias veces, pidiéndole hablar con calma, explicarle todo y abrirnos de verdad. Podría haberle escrito un texto larguísimo, pero no me ha parecido correcto; hay cosas que es mejor decir en persona.

Lo que ocurre es que no tengo la oportunidad y no sé cuándo voy a tenerla. Y el hecho de estar encerrada en mi despacho, sola con mis pensamientos, no ayuda en nada. De modo que cierro la carpeta de mala gana y me pongo de pie. Camino hacia el perchero, me pongo la chaqueta y me cuelgo el bolso antes de dirigirme a la puerta.

El frío de la calle me golpea la cara y me espabila en un momento. No sé muy bien adónde dirigirme, porque esta salida no ha sido más que un impulso, así que comienzo a caminar por el pueblo con calma, mirando los escaparates en busca de alguna distracción. Después de una media hora a paso lento, llego a mi cafetería de confianza y decido que será buena idea tomarme un chocolate caliente —porque no necesito un café que me ponga más nerviosa aún— para entrar en calor.

Entro al local y me acerco a la barra. Sonrío a la señora Norris y le pido mi chocolate, a lo que responde con una expresión casi de orgullo al ver que no le pido un café. Mientras lo prepara, echo un vistazo a las mesas, en busca de alguna libre.

Sin embargo, lo que me encuentro es otra cosa que me encoge el corazón y me acelera el pulso. Junto a la ventana, Kenan ocupa una mesa sin reparar en nada a su alrededor, solo con la mirada clavada en la calle. No sé si habrá reparado en mi presencia, pero la ansiosa que llevo dentro me dice que puede que este sea el momento de hablar. En un lugar donde ambos nos sentimos cómodos, como al principio.

Cojo la taza de chocolate después de darle las gracias a la señora Norris y me armo de valor para caminar hacia esa mesa. Apenas serán cinco pasos, pero me resulta una distancia abismal. Me quedo de pie junto a él y pasan unos instantes hasta que se da cuenta de que tiene alguien al lado y se vuelve hacia mí. Su expresión cambia de curiosa a blanquecina en cuestión de segundos.

—Hola —le saludo con voz temblorosa.

—Hola —me devuelve él con un amago de sonrisa que no llega.

—¿Puedo sentarme?

Kenan mira el asiento frente a él y termina por asentir con la cabeza. Yo no me demoro en tomar asiento y tenerlo por fin cara a cara. El problema ahora es que todo lo que llevo días queriendo decirle ha desaparecido de mi mente. El silencio es cada vez más

denso y la tensión en mi espalda se acentúa por momentos, hasta que él mismo la rompe.

—¿Cómo has estado?

Levanto la cabeza para mirarlo y puedo ver claramente esa mezcla de vergüenza por no haber hablado conmigo, confusión por lo que ha ocurrido en los últimos días y preocupación por mí.

—Bien —intento sonreír—. Un poco preocupada, a decir verdad. —Decir «un poco» es un eufemismo y él lo sabe. No he podido pensar en otra cosa—. Lo siento —consigo decir por fin—. Siento haber sido tan insistente y haberme comportado como una cobarde.

Kenan frunce el ceño, extrañado.

—¿Cobarde tú? No eres quien se largó y lo jodió todo.

—No, pero sí debí contártelo antes, y no me refiero a hace dos meses, sino al funeral de Kate. —Clavo la mirada en la taza que sostengo con ambas manos en busca de un punto de apoyo que me evite distracciones o atragantarme—. Debí hablarte de Alek entonces y permitirte ser parte de su vida. No sabes cuánto lamento haberos robado eso. No lo hice adrede, iba a contártelo en aquella ocasión, pero… No me sentía con fuerzas después de su entierro. —Noto un escozor en la nariz que me obligo a retener. No sería justo que me viera llorar cuando intento disculparme con él—. Sé que no os lo voy a poder devolver nunca, pero me alegro de que hayas podido hablar con él y acercaros. Ojalá puedas conocerlo bien, porque es muy especial. —Se me escapa una sonrisa al pensar en mi niño bonito—. Ha sacado lo mejor de vosotros dos.

Me gustaría decirle muchas cosas, abrirle mi corazón como debí hacer hace tiempo y dejar de esconderme, pero me contengo porque no se trata de mí. Se trata de ellos y de que tengan la oportunidad de vivir lo que yo, en un intento de hacer lo correcto, les quité.

—Admito que me he sentido bastante idiota y engañado, no te voy a mentir —contesta con voz queda, haciendo que yo levante la cabeza y lo mire—, pero, después de pensarlo en frío, entiendo por qué me lo ocultaste. Aunque no me gusta que me mintieras.

—Lo siento —repito con un nudo en la garganta.

—Estás demasiado acostumbrada a pedir perdón por las cosas que haces por los demás, ¿sabes? Y a sentirte culpable por proteger a los que quieres. Lo hacías cuando nos enamoramos de críos y lo sigues haciendo ahora con Alek. Tú y tu maldito complejo de superheroína… —dice con una sonrisa torcida llena de nostalgia que se me contagia al recordar esa expresión—. Ya te has disculpado y lo acepto.

Contengo un suspiro de alivio y espero a que continúe.

—En realidad no estoy enfadado. Estoy dolido y decepcionado, pero no solo contigo, también conmigo. Porque, si yo no me hubiera largado ninguna de esas veces, tú no habrías sentido ese miedo ni esa

necesidad de proteger a Alek de mí. Entiendo que lo has hecho porque le quieres como a un hijo y yo también le habría querido así, puede que todavía tenga tiempo de hacerlo.

Me tiemblan las manos y tengo el corazón tan acelerado que podría salírseme del pecho en cualquier momento. No estoy segura de si esa última parte estaba dirigida a mí o así mismo, pero me hace tener una ligera esperanza de que todo pueda salir bien.

—Tengo la sensación de que siempre estamos encerrados en este bucle —continúa—. Tú y yo. Un tira y afloja en el que parece que todo va a ir bien y entonces algo explota. Como si estuviéramos destinados a encontrarnos una y otra vez, pero siempre hay algo que nos impide mantenernos estables. Quizás lo mejor sea que cada uno tome su camino y no mezclarlos porque siempre acaba saliendo alguien herido. Y odio que seas tú.

Mi punto de estabilidad, esa taza cuyo contenido debe de haberse enfriado a estas alturas, no va a tardar mucho en romperse. Hace rato que he empezado a apretarla con demasiada fuerza como para que resista todo lo que me gustaría desahogarme ahora mismo después de escuchar a Kenan. Ni siquiera despego las manos de la taza para apartar las lágrimas que recorren mis mejillas a borbotones. Era lo que esperaba en realidad. Un punto final para nosotros y esa historia que apenas había tenido un mísero prólogo, porque nunca llegó a suceder de verdad.

No sé qué decirle, qué contestarle, porque en el fondo creo que tiene razón. Cada vez que nos encontramos creemos que es la definitiva, nos creamos ilusiones, pero siempre sucede algo que nos aleja, nos separa, y suelen ser los secretos, las mentiras y las traiciones, tanto del presente como del pasado. Llevan veinte años persiguiéndonos y lo peor es que somos nosotros mismos quienes permitimos que nos arruinen la vida y lo que sentimos.

—Nivi…

Parpadeo, regresando a la realidad, y más lágrimas desbordan mis ojos. Kenan me mira con una pena infinita que me parte todavía más el alma. Aprieto los labios y trago saliva mientras me limpio las lágrimas apresurada.

—Si crees que es lo correcto… —respondo con la voz entrecortada y el corazón hecho añicos.

Alarga su mano hacia las mías y yo dejo de tocar la taza. La calidez de su piel me reconforta como no debería, porque, aunque nunca hayamos llegado a estar juntos de verdad, esto se siente como una ruptura.

—Ojalá —susurra con dolor— hubiera sido de otra forma.

Agacho la cabeza de nuevo y me trago los sollozos que se agolpan en mi garganta. La mano de Kenan suelta la mía y un frío gélido me

envuelve casi al instante. Lo escucho suspirar entrecortado y oigo su silla rechinar contra el suelo cuando se levanta. No me muevo y él no dice nada. Sus pasos se alejan de mí y ya no los oigo cuando atraviesa la puerta. Es solo entonces cuando me permito taparme la cara y buscar una serenidad que creo que no podré encontrar nunca.

¿De verdad hemos pasado todos estos años separados para no tener nuestro final feliz? Sé que nos portamos mal cuando éramos críos, aunque no fuera nuestra intención y solo fuéramos dos muchachos enamorados en el momento equivocado. Pero ¿de verdad hemos pasado todo esto para nada? Solo para hacernos más daño y terminar separados.

Quizás sea el miedo, la cabezonería o la pena por lo que pudo haber sido tantas veces y al final nunca llegó a nacer, pero una parte de mí me pide —exige— que no lo deje así. Que esto no puede ser para lo que hemos sufrido tanto tiempo.

Quiero a Kenan. Llevo queriéndolo desde que tenía quince años y no era más que ese amigo con el que me tomaba una taza de leche con miel por las noches. Le quiero desde que me acogió en su familia, aun a riesgo de que la destrozara. Le quiero desde la primera vez que me demostró que podía confiar en él. Y le he querido toda mi vida, incluso cuando creí que no volvería a verlo.

No, este no puede ser el final. No es para lo que hemos estado separados casi veinte años. No es lo que nos merecemos. Por muy culpable que me haya sentido por sentir esto por él. Si algo nos hace sentir tan bien, no puede ser malo, ¿no? Si algo me hace tan feliz como cuando lo veo a él, aunque la distancia y los años nos hayan separado, no puede ser malo, ¿verdad?

En un arrebato, me pongo de pie y me giro hacia la puerta con tanta vehemencia que casi tiro la silla al suelo. No sé qué esperaba encontrar, porque hace rato que se ha ido, pero no podía dejarlo marchar sin más. Salgo corriendo a la calle y miro a ambos lados en su busca, pero no está. Tengo el corazón tan acelerado que en cualquier momento podría salírseme del pecho.

Tengo que encontrarle. Tengo que hablar con él. Decirle que le quiero y que esta vez sí que puede ser la definitiva, puede ser la de verdad. Que no habrá más secretos, que no hay nada más que nos separe. Solo nosotros y no podemos ser nuestro propio obstáculo. Tengo que decírselo todo.

¿Qué es lo que ha estado ahí toda nuestra vida y ha marcado toda nuestra relación? No ha sido él, no ha sido Kate. Siempre han sido nuestros sentimientos. Concretamente, los míos. Y no me refiero a cuánto lo quería o a cuánto lo quiero ahora. Sino al miedo. Mi miedo. Ese terror que siempre ha estado dentro de mí, reteniéndome y repitiéndome que un paso en falso haría que todo se viniera abajo.

Me enamoré de Kenan y reprimí mis sentimientos hasta el punto de que él decidió huir. Regresó y, de nuevo, no dejé que el amor que le tenía saliera a la luz por temor a traicionar a mi mejor amiga, la que se habría alegrado de vernos felices. Y ahora vuelve y yo le oculto algo tan importante como su hijo por miedo al dolor y ha sido ese miedo el mismo que me ha traído adonde estoy ahora.

De modo que… lo que tengo que hacer y lo que debí hacer hace tiempo es dejar de tener miedo. O quizás no dejar de tenerlo, sino no permitirle que me frene y me robe lo que quiero. Ser cobarde y tener miedo no siempre van de la mano. Hasta ahora en mi vida ha sido así, pero ya no. No. Tendré miedo, sí, pero voy a dejar de ser cobarde.

Cojo el móvil con premura y abro su chat con dedos temblorosos no sé si a causa de la adrenalina, pero ya me da igual. Es lo que tengo que hacer y no voy a frenarme más.

Capítulo 31
Kenan

No esperaba encontrarme a Nivi en la cafetería, aunque ha sido un pensamiento bastante ingenuo por mi parte, ya que es el lugar que ella suele frecuentar para tomarse un café. Tampoco había planeado que esa conversación que llevaba días rondándome la cabeza fuera a desarrollarse así, que ambos acabaríamos con el corazón hecho trizas después de todo lo que hemos sufrido.

Estos días le he dado muchas vueltas a por qué siempre nos ocurre lo mismo, por qué siempre que parece que estamos avanzando y que es nuestro momento, terminamos yendo más hacia atrás que hacia delante. Y sé que no es solo porque Nivi no me contara todo lo relacionado con Alek desde un principio; ella no habría tenido que ocultarme nada si yo hubiera estado aquí para ellos como debería haber hecho.

Embarcadero. En el lago helado. Dentro de dos horas.

Releo su mensaje y se me forma un nudo en el pecho. No sé si vernos es lo más adecuado después de la conversación tan intensa y dolorosa que acabamos de tener. No le contesto, pero sabe que lo he leído por la palomita azul que debe de salir en su móvil. No importa. Llevo todos estos días leyendo sus mensajes y no dándole respuesta porque no sabía cómo contarle todo lo que me rondaba la mente.

Es una diferencia a cuando tenía diecisiete años. Entonces no me atreví a sincerarme con ella y con Kate sobre lo que sentía; ahora, en cambio, no he podido apartarme sin darle una explicación. Aunque nos destrozara a los dos.

No es solo culpa suya; de hecho, tengo yo más culpa en origen por todo lo que está ocurriendo. Y me encantaría que se me ocurriera otra forma de arreglarlo que no fuera alejándome de ella y dejando que viva su vida sin que yo se la complique.

Y aun así… Nivi siempre ha sido y siempre será mi puta debilidad. Por eso aparezco en el muelle a la hora que me ha pedido, pero allí no hay nadie. Camino por las tablas de madera y me guardo las manos en los bolsillos de la chaqueta mientras espero en silencio. Lo único que resuena a mi alrededor es el rodaje de los coches y alguna que otra bicicleta o el rumor de los árboles mecidos al viento al otro lado del lago.

Levanto la cabeza para dirigir la mirada hacia la montaña con la

intención de rebajar mis pulsaciones. Y lo consigo. Joder. Bajan hasta ser casi negativas cuando mis ojos se topan con una de las imágenes que menos esperaba ver y que más me aterran.

Ahí, en medio del lago helado, ese que ya en nuestra época adolescente estaba vetado por riesgo de rotura del hielo, la veo. Joder, Nivi… Está de pie sobre el hielo, parada del todo, con las piernas ligeramente flexionadas y los brazos abiertos. No es que esté demasiado cerca, pero puedo ver cómo su pecho sube y baja mientras le tiembla el labio inferior. Está aterrada.

¿Qué cojones hace ahí?

Estoy tan asustado que me cuesta reaccionar, moverme o hablar para llamar su atención. Ella levanta la cabeza y entonces me ve. Su expresión se suaviza y sonríe, aunque es evidente que sigue muerta de miedo. No creo que haya nadie que la conozca que no sepa de su pánico al hielo. Cuando éramos unos chavales, casi teníamos que cogerla en volandas para entrar en la pista de patinaje, que es superficial. Y ahora está ahí, sobre un hielo de verdad calificado como peligroso. ¿Es que se ha vuelto loca?

—Has venido —la escucho decir con voz temblorosa.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto empezando a aterrarme tanto como ella. Si da un paso en falso, el hielo se romperá bajo sus pies y… no quiero ni imaginármelo.

—Estoy… —Se pasa la lengua por los labios y respira hondo antes de volver a mirarme con decisión—. Estoy intentando ser valiente.

—¿De qué hablas? Nivi, por favor, ven aquí y hablamos. Esto es peligroso.

—Me parecía buena idea cuando venía hasta aquí, pero ahora… Puede que no lo haya pensado bien del todo.

La veo mirar hacia el hielo, a sus pies, y hasta yo me doy cuenta de todo lo que está cruzando su cabeza, lo que podría ocurrir en el peor de los escenarios. No se mueve, no sé si paralizada por el pánico o por qué. Si fuera hacia donde está, sería peor porque el hielo tendría que soportar también mi peso y eso aumentaría las posibilidades de que se abriera una brecha. Joder.

—Nivi, ven hacia aquí, por favor.

—Quería demostrarte algo —continúa—. Bueno, y también a mí misma. Me he dado cuenta de que siempre nos ocurre lo mismo, ¿sabes? Es el miedo y la cobardía los que no nos dejan avanzar. Y, aunque digas que me haces daño, en realidad todo lo provoco yo.

—Eso no es verdad…

—Sí que lo es. Intento hacer lo correcto y siempre me paraliza el miedo. Pero ¿ves? —Abre los brazos y sonríe—. Esta vez no lo ha hecho. No he dejado que el terror me impidiera hacer algo que llevo toda la vida queriendo hacer y no quiero que el miedo me haga

perderte a ti también… otra vez.

Tengo emociones encontradas. Me encantaría seguir escuchándola, pero no puedo dejar de pensar que está en una posición peligrosa y que debería obligarla de alguna forma a pisar tierra firme.

—Tengo miedo, Ken, muchísimo. Del hielo, de lo que siento por ti. Pero no voy a dejar que ese miedo me impida ser feliz. Llevo casi veinte años aterrada de pisar el hielo y estoy cansada de huir y mentirme a mí misma diciendo que puedo vivir sin conocer esa sensación.

»Ken… Tú eres el hielo, tú y lo que me haces sentir…, lo que llevo veinte años sintiendo por ti es lo que más miedo me da, pero no por eso voy a dejarte ir. Tú volviste, varias veces, por mí y me habría encantado ser tan valiente como tú para luchar por lo que quería cuando todavía no era tan complicado. Pero lo estoy haciendo ahora. Aún no es tarde, ¿verdad?

—No se trata de eso, Nivi —respondo después de tragar saliva, alternando la mirada entre sus ojos y sus pies—. Cada vez que nuestros caminos se unen, es como si tuviéramos que sentirnos mal por sentir lo que sentimos. Por motivos diferentes. En su momento, fue por Kate; ahora, por Alek. Siempre hay algo, algún secreto…

—No más mentiras, no más secretos —me interrumpe—. Te lo prometo. Te lo he contado todo. Bueno, solo hay una cosa que no he dicho en voz alta todavía. —Dejo de mirar sus pies y clavo la mirada en la suya, brillante y determinada, que me sonríe con sinceridad antes de decirlo—: Aún estoy enamorada de ti.

Se me para el mundo y solo la veo a ella. Ella abriéndome su corazón cerrado con miles de cerraduras. Ella y su trenza pelirroja mecida por el viento. Ella y su mirada temerosa pero valiente, esperando a que le corresponda. Solo a ella.

—Nivi…

Planeo decirle que yo también sigo loco por ella, que no he dejado de quererla ni un solo día, pero me interrumpe.

—Kenan, te quiero. —Un escalofrío me recorre entero y sé que se da cuenta porque su sonrisa se ensancha y puedo ver sus ojos vidriosos—. Te quiero como no he querido a nadie nunca. Y si casi veinte años separados no han conseguido que este sentimiento desaparezca, ten por seguro que no lo hará durante el resto de mi vida.

Joder. Si la tuviera delante, la besaría hasta que me doliera la boca y le repetiría esas dos palabras tantas veces que me las apropiaría.

—Ojalá pudiera demostrarte que yo siento lo mismo con algo más que palabras. Necesito que te acerques y no solo porque me esté ahogando verte ahí de pie, sino porque ahora mismo lo único que quiero es besarte y abrazarte hasta que nos quedemos sin *tequieros* que

decirnos.

Me mira unos segundos hasta que su sonrisa temblorosa se convierte en pequeñas carcajadas y las lágrimas que contenían sus ojos se derraman por sus mejillas. Es la segunda vez que la veo llorar hoy y la sensación que me provoca esta ocasión no tiene nada en común con la anterior. No lo niego, también a mí me entran ganas de llorar. Me paso la mano por la nariz y no sé si ha sido por lo que ha dicho ella o lo que he dicho yo, pero siento un peso mucho más ligero sobre mis hombros.

—Por favor, ven hacia aquí de una vez —le pido— antes de que me dé un ataque al corazón.

Ella se ríe un poco más, asiente con la cabeza y respira hondo antes de estirar los brazos de nuevo y comenzar a dar pasos muy calculados sobre el hielo. Tanto ella como yo clavamos la mirada en sus pies. No está demasiado lejos, pero los cincuenta pasos no se los quita nadie. La observo mientras camina despacio y le voy indicando dónde creo que puede pisar para acercarse poco a poco. No sé cuántos minutos pasamos así, pero prefiero alargar esto lo que haga falta y que llegue sana y salva.

El problema está en que a Nivi le tiemblan tanto las piernas que, sin pretenderlo, planta el pie demasiado fuerte sobre el hielo y el crujido que se oye debajo, cuando todavía le quedan unos veinte metros para alcanzarme, nos tensa a ambos. Aguardamos en silencio cerca de un minuto, pero por suerte nada cambia. Le hago un gesto con la mano para que siga avanzando cuando creo estar seguro de que no va a ocurrir nada.

Con su siguiente paso, el suelo vuelve a crujir con más fuerza y hasta yo veo la raja que se ha formado en el hielo bajo su pie. La respiración de Nivi se acelera y su mirada se dirige a mí en busca de ayuda. Intento mantener una expresión calmada, aunque por dentro estoy aterrado de que su siguiente paso pueda hacer que su pierna se hunda. Vuelvo a indicarle que avance, pero no llega a hacerlo. Porque el suelo cruje de nuevo bajo sus pies, deteniéndome el corazón, y entonces… ya no la veo.

Capítulo 32
Nivi

Agua. Agua tan fría que me corta la cara y me agrieta las manos hasta el punto de querer gritar. Pero no puedo. Aquí no se oye nada. Tampoco puedo ver nada, solo el vacío. La capa dura que tengo justo encima no me deja coger aire. No puedo respirar.

Mis brazos y mis piernas se agitan fuera de control. Busco una salida, palpo la superficie helada que me cubre, pero no hallo nada. El pánico se apodera de mí y el corazón me late tan deprisa que temo perderlo en esta oscuridad. Se me pega el cuerpo al hielo e intento golpearlo para romperlo y salir a la superficie, pero no funciona. Nada funciona.

«Voy a morir», no deja de repetir mi cabeza. «Voy a morir aquí abajo y no va a encontrarme nadie nunca».

Quiero llorar. No sé si ya lo estoy haciendo, si las lágrimas salen de mis ojos o el frío del agua las congela al instante. Solo distingo una sombra sobre el hielo unos instantes después de desistir en mi intento de quebrarlo. Ha llegado corriendo y ha empezado a palpar el hielo, como si quisiera quitar algo de encima.

«Es Kenan. Está buscándome».

Intento gritar su nombre y no sé si llega a oírme, pero enseguida su mano pasa por donde golpeé antes. Y veo su cara. Creo que también me ha visto. Oigo su voz asustada, pero no la entiendo. No sé qué está diciendo. Entonces se aleja y se pone de pie. Lo veo levantar la pierna y entonces lo comprendo.

Me aparto como puedo sin alejarme de esa zona por temor a desaparecer en este lago gigantesco y escucho cómo estrella su pie contra el hielo varias veces con urgencia. Empiezo a quedarme sin aire y el frío es tan agudo que apenas puedo abrir los ojos. Mover los brazos y las piernas me duele demasiado, así que por instinto paro de hacerlo. Apenas los siento.

Me quedo flotando no sé cuánto tiempo. Creo que incluso dejo de escuchar los golpes de Kenan contra el hielo. No siento ni oigo nada. Tengo los ojos cerrados y todo el cuerpo entumecido. No puedo moverme. Lo único que noto es un tirón por la espalda. Algo que tira del cuello de mi abrigo y a los pocos segundos dejo de sentir el agua cortante envolviéndome. Abro los ojos en una fina línea cuando noto algo rodearme, algo cálido, y escucho una voz muy cerca de mi oído.

—Nivi, vamos. Nivi, mírame.

Es su voz. Kenan me está abrazando por encima de su abrigo, el que

ha dejado sobre mis hombros. Intento mover el cuello y mirarlo, pero me cuesta demasiado. Todo mi cuerpo tiembla y cuando encuentro una de mis manos, la veo casi azul.

—Por favor, una ambulancia —le grita a alguien. Suena asustado, aterrado. Después, vuelve a envolverme con brazos y piernas, ambos tirados en el suelo, y me frota todo el cuerpo para que entre en calor—. Vas a estar bien. Vas a estar bien —repite tantas veces que pierdo la cuenta.

Yo no me muevo y me aferro como puedo a ese calor que me transmite su cuerpo. Me pesan tanto los párpados que termino por cerrarlos y, en algún momento, dejo de escuchar su voz diciéndome que todo va a ir bien.

***

—Pero ¿qué hacía ahí? —oigo una voz lejana que me resulta familiar. Creo que es Alek y suena entre enfadado y preocupado—. Sabe de sobra que ese lago es peligroso. Si ella misma ha regañado a Ivana cuando la ha visto patinando ahí.

—Ya estaba prohibido cuando éramos jóvenes. —También Kenan está aquí—. Ha sido una imprudencia por su parte, sí, pero intenta no regañarla cuando despierte. No seas duro con ella, ¿vale?

Todavía no he abierto los ojos, pero me hace gracia oírlos hablar con esa confianza y que Kenan hable a Alek como haría un padre.

—No, ya, es que… No sé en qué demonios estaba pensando para meterse ahí.

Kenan no dice nada después de que Alek suspire.

No sé dónde estoy, solo sé que estoy tumbada en una cama que no es la mía porque mi colchón no es tan incómodo. Separo los párpados como puedo y trato de enfocar la vista. No, definitivamente no es mi habitación. Parece la de un hospital. Las paredes son blancas y apenas hay un armario del mismo color en una esquina, una televisión colgada de la pared y una puerta a cada lado de la cama.

Alek está sentado en un sillón azulón que parece bastante viejo y Kenan está apoyado en el alfeizar de la ventana con una expresión agotada y pensativa. Los miro y casi sonrío al pensar que son el reflejo del otro.

—Hola —susurro con la poca voz que me sale, pero es suficiente para que ambos vuelvan sus ojos azules hacia mí con rapidez y Alek se incorpore para acercarse.

—Nivi, ¿cómo te encuentras?

—Me duele todo. ¿Estamos en el hospital?

Él asiente con la cabeza y se vuelve hacia Kenan.

—¿Te acuerdas de algo? —me pregunta él.

—El hielo se rompió, ¿no? Me acuerdo del agua cortante y… el

pánico por no poder salir. ¿Abriste un agujero? —Kenan mueve la cabeza en gesto afirmativo—. Y me sacaste de ahí.

—Después te desmayaste —rodea la cama y se coloca al otro lado—. Me diste un susto de muerte. Pensaba que te perdía.

Muevo la mano derecha como puedo sobre las sábanas y él enseguida va a su encuentro y la envuelve con suavidad. Su tacto es tan cálido que me recorre todo el cuerpo.

—¿Esta es la mano con la que golpeabas el hielo? —me pregunta mientras la acaricia—. La tenías morada cuando llegó la ambulancia. Un poco más y habrían tenido que cortarte algún dedo.

—Menos mal que no ha sido así.

—Nivi… —Kenan se sienta en la cama a mi lado sin soltarme y me mira entre la preocupación y el enfado—. No vuelvas a hacer algo así. Ha sido muy irresponsable.

—Lo sé. Lo siento. Me dejé llevar por la adrenalina y… Perdón —repito mirando a Alek, que me observa con una expresión resignada y termina suspirando de nuevo.

—Bueno, al menos ahora Ivana dejará de ir a ese sitio cuando no le apetezca ir a las clases de ballet.

Una sonrisa se dibuja en mi cara cuando lo escucho hablar con diversión. Subo la mano izquierda y le acaricio la cara. Él también estaba preocupado.

—Os dejo solos, ¿vale? Tienes que descansar.

Mi sonrisa se ensancha y sé que Kenan también le dedica una a modo de agradecimiento antes de que Alek salga de la habitación y solo quedemos nosotros dos. Kenan me mira con un brillo en los ojos que, si bien no es la primera vez que lo veo, consigue embobarme y recordar todo lo que nos hemos dicho en el lago. Como si volviera a tener quince años, se me encienden las mejillas, pero no aparto la mirada de él ni contengo la sonrisa bobalicona que se dibuja en mis labios.

Kenan alarga el brazo y me acaricia el pelo, apartándome algunos mechones de la cara. Suspira por la nariz y hunde los hombros sin romper el enlace de nuestras miradas.

—Eres una inconsciente —dice muy cerca de mi cara.

—Sí —susurro en respuesta.

—Y una temeraria.

—Sí. —Se me escapa una pequeña carcajada.

El arco de sus labios se hace más grande y el fulgor de sus ojos, más intenso justo antes de decir:

—Y te quiero.

Se me acelera el corazón y, por primera vez, me permito disfrutar de ello. De la forma en que me mira, en que me sonríe, en que pronuncia esas dos palabras que llevamos callando más de media vida.

Subo mi mano hasta su cara y la dejo sobre su mejilla.

—Y yo te quiero a ti.

Apenas es un susurro porque no hace falta más. Sus labios tardan menos de un segundo en estar sobre los míos y besarme con todo lo que llevamos este tiempo conteniendo. Cuando nos separamos, nuestras frentes siguen unidas y nuestros ojos se buscan. Sonrío y me muerdo el labio inferior para no dejar salir las carcajadas infantiles de felicidad que me atascan la garganta. En su lugar, me atrevo a decirle lo que me habría gustado en el muelle y no he tenido tiempo.

—Tendremos que hablar de muchas cosas. —Él asiente con la cabeza y eso me da más fuerzas para continuar—. Hay mucho que contarnos y sobre lo que sincerarnos. Y aunque me dé miedo abrirme, contigo eso no me impide ser valiente.

El azul de sus ojos brilla con más intensidad que nunca y consigue que me sienta todavía más segura de mis palabras y de las suyas.

—No voy a desaparecer, Nivi. No voy a huir más. Sé que las palabras no tienen tanto peso como las acciones, pero voy a demostrártelo. Voy a esforzarme. Porque si yo soy el hielo para ti, quiero ser lo bastante estable como para que no tengas que sentir miedo al estar conmigo. Y, aunque tenga que escarbar en la nieve más profunda, no voy a dejarte ir. Por muy frágil que sea el hielo, nosotros siempre nos encontraremos.

Epílogo
Nivi

Diciembre de 2021

Estoy nerviosa, ansiosa y muchas cosas que terminan en *-osa*. Estamos en el aeropuerto y, mientras Kenan les da una charla a Lucy y Jacob sobre no pelearse por cosas tan nimias como quién va a saludar primero a Alek cuando aterrice, yo no paro de moverme, inquieta, frente al panel de información de los vuelos entrantes.

Alek ha terminado su primer semestre en el Instituto de Artes de California y hoy vuelve a casa para pasar dos semanas con nosotros, su familia, por Navidad. Ha sido la primera vez que hemos estado separados tanto tiempo y a tanta distancia. Hemos hablado casi todos los días por teléfono y una vez por semana, por videollamada, pero verlo en una pantalla no es lo mismo que tenerlo en casa y abrazarlo cuanto y cuando quiera.

Por lo que sé, su relación con Ivana sigue tan bien como antes de que se fuese. Acordaron que una vez al mes, cuando la patinadora se encontrara en el país, uno de los dos viajaría adonde estuviera el otro para pasar al menos unas horas juntos. Ahora que ambos estarán en casa durante varios días aprovecharán para redimirse de estos meses.

Los gemelos también lo echan de menos; Alek es como su hermano mayor y añoran jugar con él y pasar tiempo los tres juntos. Lucy no se queda atrás, claro. Desde que Kenan le explicó que Alek era en realidad su primo, le tiene en un pedestal; no sabría decir a cuál de los dos quiere más, si a Ivana o a Alek.

En cuanto a Kenan, sé que tienen sus conversaciones por WhatsApp, que incluso hablan por teléfono más allá de las veces que yo le llamo y que han hecho planes para estas semanas con la intención de pasar tiempo juntos como ir a pescar o ver algún partido de baloncesto. Durante los meses de verano, Kenan logró un acercamiento con Alek y yo me alegro mucho de que cada vez congenien mejor.

—Ya está en tierra —les informo emocionada y me vuelvo hacia ellos después de leer por qué puerta va a salir—. Venga —les apremio cogiendo la mano de Ethan y empezando a caminar a buen ritmo.

Llegamos frente a la puerta de cristal y nos arrimamos a la barra de metal que hay justo delante. Siento el corazón más acelerado por momentos. Le he echado de menos, lo admito, ya sabía que me ocurriría, pero la necesidad de verlo y abrazarlo cada vez es mayor. Siempre que paso por delante de su habitación me aborda la nostalgia.

Hace tres meses que Kenan y Lucy dejaron el piso que habían

alquilado y se mudaron con nosotros. Pensamos que sería un buen paso para nuestra relación y estoy segura, aunque no lo haya dicho, de que él también pensó que me sentiría más arropada si le tenía cerca después de que Alek se fuera de casa. Acertó.

El cuarto de Alek sigue intacto, los gemelos continúan compartiendo habitación (cuando crezcan ya veremos cómo lo redistribuimos), Lucy se quedó con la que era la habitación de Kate y Kenan se acomodó en la mía. Para la pequeña no fue tan fácil acostumbrarse a compartir baño con «su peor enemigo», como se refiere a Jacob, pero al final optamos por una política basada en «si no os caéis bien, ignoraos». En cierto aspecto, me recuerdan mucho a Alek e Ivana a su edad.

—Eh —dice una voz suave y una mano se posa en mi hombro. Cuando me vuelvo, Kenan me dedica una sonrisa tranquilizadora—, ya está en casa, ¿vale? Es cuestión de minutos que lo tengas delante.

Asiento con la cabeza y trato de respirar con normalidad. Su mano no se despega de mi hombro y yo lo agradezco. Estos meses me he dado cuenta de cuánta paz me transmite Kenan con un simple roce, una sonrisa o un guiño. He aprendido que puedo contar con él en cualquier momento y para cualquier situación, y es algo que me hace sentir más segura. Como él se propuso, me lo ha demostrado.

Las puertas correderas se abren y empiezan a salir personas con maletas gigantes. Todos alargamos el cuello para intentar ver el interior, pero pronto vuelven a cerrarse. Lo único que se distinguía era un montón de gente esperando junto a las cintas de equipaje.

—¿Por qué tarda tanto?

—Traía dos maletas —contesta Kenan a la pregunta impaciente de Jacob—. Normalmente ya hay que esperar un rato para una, pero para dos…

—Si me dejaran entrar, seguro que yo la sacaba rápido —digo sin dejar de mirar las puertas.

—Típica frase de madre —se burla Kenan de mí, lo que le gana un manotazo en el brazo por mi parte.

—¡Ya le he visto! —grita Ethan justo antes de salir corriendo por debajo la barra hacia Alek. Al final, es él el primero en abrazarlo—. ¡Alek!

El recién llegado deja las maletas, lo acoge en sus brazos y lo levanta con una sonrisa enorme que consigue calmar el ritmo acelerado de mi corazón. Nos acercamos hasta allí y Lucy y Jacob no se cortan para abrazarlo por la cintura. El amor por Alek es lo único que les une y hace que dejen de pelear.

—Venga, chicos, dejadlo respirar un poco —les pide Kenan descolgando a cada niño uno por uno con cuidado.

Alek se coloca la mochila que lleva a la espalda y, con una sonrisa

sincera, le choca la mano a Kenan antes de abrazarlo. No se sueltan en cerca de un minuto y creo que se murmuran algo, pero no alcanzo a oírlo; probablemente que se alegran de verse y que se han echado de menos. Se separan y Kenan le da una palmadita en la cara a modo cariñoso.

Es entonces cuando mi niño bonito se vuelve hacia mí. Y yo sonrío, pero no puedo evitar que se me encharquen los ojos cuando me rodea con los brazos por el cuello y yo le rodeo la cintura.

—Estoy en casa, tía Nivi —me susurra y a mí se me escapa un sollozo.

Hacía años que no me llamaba así y las dos únicas veces que lo ha hecho de mayor han sido hoy y el día que lo despedí en este mismo aeropuerto.

—Estás en casa —repito apretándolo con fuerza, para asegurarme de que es real.

Alek se separa de mí después de un buen rato y, mientras yo intento serenarme, se vuelve hacia los pequeños que lo miran y sonríen alegres y felices de tenerlo de vuelta. Kenan aparece a mi lado y me rodea el hombro con un brazo antes de atraerme hacia él y dejar un beso en mi sien.

—Ya estamos todos, ya puedes descansar, pelirroja —susurra contra mi pelo y yo relajo la cabeza sobre su hombro.

Es verdad, estamos todos por fin. Y no solo porque Alek acabe de regresar a casa. También Kate, que, aunque ya no viva, siempre permanecerá con nosotros, quienes la quisimos de una forma u otra y a quienes ella quiso con todo su corazón. Ella era —y es— mi familia y, a pesar de que no pueda abrazarla como me gustaría, puedo aferrarme a ella desde el fondo de mi alma y mis recuerdos.

—¿Nos vamos a casa? —pregunta Kenan a mi lado, siendo mi ancla, mi hielo estable, y todos los demás se vuelven hacia nosotros esperando una respuesta por mi parte.

—Sí —respondo decidida con una sonrisa amplia en la cara y me permito respirar en paz por primera vez en mucho tiempo al darme cuenta de que, por fin, me siento completa—, nos vamos a casa.

Fin

Agradecimientos

En los agradecimientos de *Tan frágil mi hielo…* dije que probablemente esos serían los más difíciles que había tenido que escribir. Pues me equivoqué. Son estos y explico por qué. *…como una bola de nieve* ha pasado por muchas fases, pero en lo que a escritura se refiere, tuvo un comienzo atropellado, porque me daba miedo no saber contar bien lo que quedaba de la historia de Nivi. Después, en dos semanas escribí más de la mitad del manuscrito (unas 50.000 palabras); una barbaridad. Y, por último, debe de ser que mi cerebro se resistía a dejar ir a Nivi y tardé bastante en darle un final.

También ha sido la novela que más he modificado una vez terminado el primer borrador, porque nada me parecía lo suficientemente bueno para Nivi, para lo que ella merecía. Espero haber sabido contar su historia.

Así que quiero empezar dándoos las gracias a todos los que, de una forma u otra, habéis llegado hasta aquí, por acompañar a Nivi en su historia, quererla y comprenderla. Por abrazarla y arroparla. No hay nadie en el mundo que se lo merezca más que ella. Así que gracias, de corazón.

Después, como siempre y como uno de los temas centrales de esta novela, gracias a mi familia. A mis padres, que siempre me apoyan a seguir creando, aprendiendo y avanzando. A mi pareja, Alex, sonará repetitivo, pero gracias por aguantarme y escucharme cuando te hablo de mis locuras y acompañarme en todas mis peripecias.

Gracias a Lorena Pacheco, una vez más, por las increíbles ilustraciones de Nivi tanto en el primer libro como en este; no puedo estar más enamorada de ellas. Gracias a Maru por ayudarme a dejar la historia de Nivi lo más perfecta posible, por sus consejos, su amistad y sus ánimos cuando me venía abajo; qué suerte tengo de tenerte, amiga. Gracias a Roma por su trabajo con la maqueta y la composición de la portada; ya van cuatro libros trabajando juntas, ojalá muchos más.

Gracias a esos amigos que siempre están ahí a pesar de la distancia pero que se siente como si estuvieran aquí. Isa, Carlos G., Carlos M., Juliana, Fransy, Arianne, Silvia, Julia, Helena, Bea, Raquel, Nani, Nieves, Noe, Cristy, Vicky, Toñi, Gemma… Y seguro que estoy pecando de dejarme algún nombre, pero vosotros sabéis quiénes sois. Millones de gracias por estar, siempre.

Y gracias a ti en particular, por llegar hasta aquí, por darle la oportunidad a Nivi de mostrarte su historia, de compartir sus miedos,

risas y lágrimas, de acompañarla en ese camino que tanto nos cuesta a veces recorrer y que nos pone tantos obstáculos. La vida.

Nos leemos pronto. Prometo que esta no será la última historia de Kenai.

Sobre la autora

¡Hola! Gracias por llegar hasta aquí y por interesarte un poquito más por mí y otras de mis historias.

Soy madrileña desde el 1 de mayo de 1994, cuando decidí que el mejor regalo que podía hacerle a mi madre era nacer en su día. Crecí en el distrito de Villaverde, aunque, al empezar el instituto, nos trasladamos a Valdemoro, al sur de la comunidad. Actualmente resido en un pueblo de Toledo muy cerca de mi ciudad natal. Después de dar algunos tumbos, trasteando con la informática, me di cuenta de que lo que yo quería estudiar era filología inglesa y enseñar inglés, así que también soy profesora.

Soy una ávida lectora desde que tengo memoria y llevo escribiendo desde muy pequeña —cuentos en los que unos ositos se conocían en el bosque y tenían su primera cita en el parque de atracciones—. Entre mis géneros favoritos para escribir están la romántica y la fantasía, aunque de este último género todavía no me he atrevido a mostrar nada (dadme tiempo; todo llega).

He publicado varias novelas románticas, juveniles y contemporáneas, en los últimos años tanto con editorial como autopublicando. Además de los otros títulos de la serie *Hielo y nieve* (*Ojos de hielo y piel de nieve, El color del hielo y el sabor de la nieve* y *Tan frágil mi hielo…*), podéis encontrar todos mis libros en Amazon tanto en papel como digital. Entre tus manos tienes mi cuarta novela autopublicada y cuarta parte de la serie *Hielo y nieve*, la cual también da fin a la Bilogía Nivi.

Si quieres saber más sobre mí y mis proyectos actuales y futuros, te recomiendo seguirme en mis redes sociales:

Twitter: @Irene_Romo
Instagram: @Irene_Romo